



MAESTRÍA EN CIENCIAS SOCIALES
Acreditación de la Coneau (Resolución 224/11)

Tesis para obtener el grado de
Magíster en Ciencias Sociales

Los Chicos de La Cañada. Llegar, vivir y salir de la calle
Formas de integración y producción de sentido de un grupo de
niños y adolescentes en situación de calle en el conurbano
bonaerense

Rodolfo García Silva
Directora: Marta Panaia

Diciembre 2011



FORMULARIO "E" TESIS DE POSGRADO

Este formulario debe figurar con todos los datos completos a continuación de la portada del trabajo de Tesis. El ejemplar en papel que se entregue a la UByD debe estar firmado por las autoridades UNGS correspondientes.

Niveles de acceso al documento autorizados por el autor

El autor de la tesis puede elegir entre las siguientes posibilidades para autorizar a la UNGS a difundir el contenido de la tesis:

- a) Liberar el contenido de la tesis para acceso público.
- b) Liberar el contenido de la tesis solamente a la comunidad universitaria de la UNGS:
- c) **Retener el contenido de la tesis por motivos de patentes, publicación y/o derechos de autor por un lapso de cinco años.**

- a. Título completo del trabajo de Tesis:

"Los chicos de La Cañada. Llegar, vivir y salir de la calle. Formas de integración y producción de sentido de un grupo de niños y adolescentes en situación de calle en el conurbano bonaerense"

- b. Presentado por:

García Silva, Rodolfo

- c. E-mail:

rodolfogarciasilva@yahoo.com

- d. Estudiante del Posgrado:

Maestría en Ciencias Sociales

- e. Institución o Instituciones que dictaron el Posgrado:

**Universidad Nacional de General Sarmiento
Instituto de Desarrollo Económico y Social**

- f. Para recibir el título de:

- a) Grado académico que se obtiene:

Magíster

b) Nombre del grado académico:

Ciencias Sociales

g. Fecha de la defensa: / /
 día mes año

h. Director de la Tesis:

Panaia, Marta

i. Tutor de la Tesis (Apellidos y Nombres):

j. Colaboradores con el trabajo de Tesis:

k. Descripción física del trabajo de Tesis (cantidad total de páginas, imágenes, planos, videos, archivos digitales, etc.):

154 páginas

l. Alcance geográfico y/o temporal de la Tesis:

El trabajo de campo se desarrolló durante los años 2008 y 2009 en la zona oeste del conurbano bonaerense.

m. Temas tratados en la Tesis (palabras claves):

Niños en situación de calle; Integración; Marginalidad; Sentido; Riesgo; Políticas Sociales

n. Resumen en español (hasta 1000 caracteres):

Esta tesis busca comprender las experiencias y puntos de vista de los niños que viven en la calle, indagando en las circunstancias y razones que los conducen a ella y en las maneras en que allí desarrollan su existencia.

El material que analiza es el producto de una investigación etnográfica realizada con un grupo de niños en situación de calle en una ciudad del conurbano bonaerense.

En primer lugar, analiza sus condiciones sociales de origen, las características de sus familias y sus perspectivas personales sobre los recorridos que los llevaron a la calle. En segundo lugar, explora sus maneras de ser y estar en la calle: las relaciones que establecen

con su grupo de pares, las cosas que hacen, dicen, sienten y piensan. Por último, examina las relaciones que mantienen con los programas y los trabajadores sociales que intervienen sobre su situación.

Sus resultados permiten conocer las condiciones sociales de existencia de los niños, las maneras en que ellos las elaboran y construyen en ellas sus maneras de ser. Permiten reflexionar sobre la relaciones que se establecen entre sus condiciones de integración social y sus formas de producción de sentido, entre sus condiciones de pertenencia y sus maneras de afirmar su identidad, entre las condiciones de inestabilidad y desprotección en las que viven y los riesgos que asumen. Finalmente, permiten también dar cuenta de las funciones que desempeñan y los desafíos que enfrentan las políticas sociales destinadas a asistirlos.

o. Resumen en portugués (hasta 1000 caracteres):

Nesta tese procura-se compreender as experiências e pontos de vista dos meninos que vivem na rua, indagando nas circunstâncias e razões que os conduzem a ela e nas maneiras em que ali desenvolvem sua existência.

O material que se analisa é o produto de uma investigação etnográfica realizada com um grupo de meninos que vive nas ruas de uma cidade do Gran Buenos Aires.

Em primeiro lugar, analisam-se suas condições sociais de origem, as características predominantes de suas famílias e suas perspectivas pessoais sobre os percursos que os levaram à rua.

Em segundo lugar, exploram-se suas maneiras de ser e estar na rua: as relações que estabelecem com seu grupo de pares, as coisas que fazem, dizem, sentem e pensam.

Por último, examinam-se as relações que mantêm com os programas e os trabalhadores sociais que intervêm sobre sua situação.

Os resultados permitem conhecer as condições sociais de existência dos meninos, as maneiras em que eles as elaboram e constroem nelas suas maneiras de ser. Permitem reflexionar sobre a relações que se estabelecem entre suas condições de integração social e suas formas de produção de sentido, entre suas condições de pertence e suas maneiras de afirmar sua identidade e dignidade pessoal, entre as condições de instabilidade e desprotección nas que vivem e os riscos que assumem. Finalmente, permitem também dar conta das funções que desempenham e os desafios que enfrentam as políticas sociais destinadas aos assistir.

p. Resumen en inglés (hasta 1000 caracteres):

This dissertation seeks to understand the experiences and points of view of the children who live on the streets, focusing on the circumstances and reasons that lead them to the streets and the ways in which they live.

The material analyzed in it is the product of an ethnographic research carried out with a group of children who live on the streets of a city of the Great Buenos Aires.

First, the dissertation analyzes their social backgrounds, the characteristics of their families and their personal interpretations about the reasons for ending up on the streets.

Second, it explores their ways of being and living on the street: their peer relationships, the things they do, say, feel and think.

Finally, it examines their relationships with the state programs and social workers that intervene in their situation.

The results enable to know the children's social conditions of existence and the ways in which they participate in the elaboration of those conditions. In particular, they permit to reflect on three relations: between their social integration and their ways of meaning production, between their social memberships and the

ways in which they build their identity and personal dignity, between the unstable and unprotected conditions in which they live and the risks they have to assume. Finally, they enable to give an account of the functions and challenges faced by the social policies focused on them.

q. Aprobado por (Apellidos y Nombres del Jurado):

Firma y aclaración de la firma del Presidente del Jurado:

Firma del autor de la tesis:

*A la memoria de papá y mamá
y a los chicos de La Cañada*

RESUMEN EN CASTELLANO

En esta tesis se busca comprender las formas de vida, las experiencias y los puntos de vista de los niños que viven en la calle, indagando en las circunstancias y razones que los conducen a ella y en las maneras en que allí desarrollan su existencia.

El material que se analiza es el producto de una investigación etnográfica realizada con un grupo de niños que vive en las calles de una importante ciudad del Gran Buenos Aires.

En primer lugar, se analizan sus condiciones sociales de origen, las características predominantes de sus familias y sus perspectivas personales sobre los recorridos que los llevaron a la calle.

En segundo lugar, se exploran sus maneras de ser y estar en la calle: las relaciones que establecen con su grupo de pares, las cosas que hacen, dicen, sienten y piensan.

Por último, se examinan las relaciones que mantienen con los programas y los trabajadores sociales que intervienen sobre su situación.

Los resultados permiten conocer las condiciones sociales de existencia de los niños, las maneras en que ellos las elaboran y construyen en ellas sus maneras de ser. Permiten reflexionar sobre la relaciones que se establecen entre sus condiciones de integración social y sus formas de producción de sentido, entre sus condiciones de pertenencia y sus maneras de afirmar su identidad y dignidad personal, entre las condiciones de inestabilidad y desprotección en las que viven y los riesgos que asumen. Finalmente, permiten también dar cuenta de las funciones que desempeñan y los desafíos que enfrentan las políticas sociales destinadas a asistirlos.

Palabras clave: Niños; Calle; Integración; Sentido; Riesgo

RESUMEN EN INGLÉS

This dissertation seeks to understand the ways of life, experiences and points of view of the children who live on the streets, focusing on the circumstances and reasons that lead them to the streets and the ways in which they live.

The material analyzed in it is the product of an ethnographic research carried out with a group of children who live on the streets of an important city of the Great Buenos Aires.

First, the dissertation analyzes their social backgrounds, the characteristics of their families and their personal interpretations about the reasons for ending up on the streets.

Second, it explores their ways of being and living on the street: their peer relationships, the things they do, say, feel and think.

Finally, it examines their relationships with the state programs and social workers that intervene in their situation.

The results enable to know the children's social conditions of existence and the ways in which they participate in the elaboration of those conditions. In particular, they permit to reflect on three relations: between their social integration and their ways of meaning production, between their social memberships and the ways in which they build their identity and personal dignity, between the unstable and unprotected conditions in which they live and the risks they have to assume. Finally, they enable to give an account of the functions and challenges faced by the social policies focused on them.

Keywords: Children; Street; Integration; Meaning, Risk.

AGRADECIMIENTOS

Esta tesis marca para mí el fin de un importante recorrido. Un recorrido que no ha sido fácil y que no hubiera sido posible sin la presencia y el apoyo de todos los que me acompañaron, a quienes quiero expresar mi más sincera gratitud.

De manera muy especial, a Marta Panaia, porque ella me invitó a transitar este camino, me abrió puertas y me guió. Estuvo siempre disponible, fue atenta y cariñosa conmigo. Pero, sobre todo, quiero agradecerle, porque, con su ejemplo, me mostró el valor de ejercer el trabajo académico sin vanidades, con una gran responsabilidad y dedicación.

A todos los “chicos de La Cañada”. A ellos debo el mayor de mis agradecimientos. Porque son sus experiencias y sus voces las que le dan sentido a este trabajo; porque me permitieron que me entrometiera en sus vidas, me brindaron su confianza y me trataron con consideración. Quisiera poder nombrarlos a todos, a algunos de manera muy especial. Quiero que sepan que cambié sus nombres para cuidarlos, pero que no los olvidaré.

A los trabajadores de “El Programa”, porque sin su colaboración incondicional, sin su amistad, no podría haber realizado esta tesis. Me permitieron formar parte de su espacio de trabajo, me facilitaron todos los recursos que estuvieron a su alcance para mi investigación. Sus apariciones circunstanciales en estas páginas no son un justo reflejo de todo el aporte que me hicieron al compartir conmigo su tiempo, sus conocimientos y su información. Comparto con Amalia, Martín, Beto, Malena, Matías, Mario, Karina, Nora y, muy especialmente, con Luisa y Alejo, el mérito por los resultados alcanzados.

A todas las instituciones que me brindaron su apoyo para llevar adelante esta tarea. Al Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) por otorgarme la beca que sirvió para financiar mis estudios y esta investigación. Al Instituto de Investigaciones Gino Germani (IIGG) por alojarme en su sede y poner sus recursos institucionales a mi disposición. A la Universidad Nacional de General Sarmiento (UNGS) y al Instituto de Desarrollo Económico y Social (IDES). A todos los profesores del programa de maestría que contribuyeron con mi formación, a los que cumplieron responsablemente sus funciones de tutoría y me ayudaron con observaciones y consejos, pese a mi testarudez: a Ramiro Segura y Carla Gras. También a Florencia Gentile, por los fructíferos intercambios y su colaboración. A la Universidad de Buenos Aires (UBA) y a la profesora Paula Cabrera, porque leyó y comentó parte de este trabajo con una desacostumbrada generosidad.

A todos mis compañeros del equipo del Germani, porque siguieron mis avances, me alentaron pero, fundamentalmente, porque con su presencia sostuvieron un espacio de encuentro regular, lo que en una actividad como la nuestra –tan solitaria– tiene una importancia muy vital. Principalmente, a Juan Pablo Hudson y Laura Tottino, por su calidez.

A mis queridos amigos y colegas porque estuvieron presentes durante todo este recorrido – y algo más–, brindándome su afecto y compañía, compartiendo momentos gratos, inquietudes, enriqueciéndome con cada discusión. A Pedro Blois, Federico Escher, Mariana Gené, Ana King, Ignacio Mazzolla, Gabriel Obradovich y Pamela Sosa. Una mención particular para Mariana Heredia y Pablo Bonaldi porque, además de ser amigos, fueron profesores generosos que siempre colaboraron con nosotros y nos transmitieron sus saberes y experiencia con vocación y sensibilidad.

A los compañeros que conocí cursando la maestría y que hicieron mucho más amena esta experiencia. A Macarena Fernández Hofmann, Alenka Mereňuk, Verónica Millenaar, Alina Donoso Oyarzún, Gabriel Paz, Carolina Dursi, Cecilia Laskowsky y Delia Ramírez, que tanto me ayudó sobre el final. A ellos, porque además de contribuir al proceso de elaboración de este trabajo, son una muestra de que el lugar en el que vivimos y estudiamos está lleno de gente buena y solidaria que te ofrece su amistad.

A mis amigos de toda la vida, porque no necesitan entender qué es lo que hago ni por qué lo hago, ellos siempre están acompañando y animándome. A Adrián, Juano, Gonza, Ale, Nacho, Pablo, Fernando, Fede y Hernán, con la esperanza de que lean esta tesis y que les permita comprender y comprenderme un poco más.

Y para terminar, quiero agradecer a las personas más importantes para mí. A mis hermanos, Federico, Guillermina, Celina y Leandro, que siempre están cerca. A mi tía Chiquita, que todo el tiempo me está esperando. A mi compañera, Laura, a quien tengo que agradecerle por el amor, el impulso, la paciencia, la infinidad de lecturas y correcciones, su permanente ayuda y orientación.

A todos, gracias.

Índice

Agradecimientos	5
Introducción	9
Marco teórico y estado de la cuestión	10
<i>Una perspectiva socio-estructural</i>	10
<i>Una perspectiva socio-institucional</i>	12
<i>Una perspectiva socio-cultural</i>	14
<i>Hacia la perspectiva de esta investigación</i>	16
Problema y método.....	18
<i>Los estudios de caso</i>	18
<i>El caso</i>	19
<i>La Cañada</i>	21
<i>El enfoque etnográfico</i>	22
<i>El trabajo de campo</i>	24
<i>Los chicos de La Cañada</i>	25
<i>Los datos</i>	26
Capítulo I. Llegar a la calle	29
Los hogares y las familias de origen.....	31
<i>Familias conyugales</i>	31
<i>Familias numerosas</i>	33
<i>Familias en condiciones de pobreza</i>	34
<i>Familias en condiciones de inestabilidad</i>	36
Las vivencias personales.....	38
<i>La pobreza</i>	40
<i>La violencia familiar</i>	42
<i>La percepción de indiferencia o desamor</i>	44
<i>El “aburrimiento” y el “gusto” por la calle</i>	51
La salida a la calle como necesidad y búsqueda de sentido.....	53
Capítulo II. Vivir en la calle	58
Las aventuras, entretenimientos y afectos.....	59
<i>Orgullo y fama</i>	64
<i>Amistad</i>	66
Las peleas.....	71

Los robos.....	78
<i>Aprietes.....</i>	78
<i>Arrebatos.....</i>	81
<i>Escruches.....</i>	82
<i>Trabajo y delito.....</i>	86
Las drogas.....	90
El desafío de rescatarse.....	96
Integración, dignidad y riesgo.....	100
Capítulo III: ¿Salir de la calle? La intervención social.....	104
El contexto institucional.....	104
<i>El nuevo paradigma de derechos del niño.....</i>	105
<i>Las organizaciones gubernamentales.....</i>	106
<i>Las organizaciones no gubernamentales.....</i>	107
<i>La articulación.....</i>	109
Las características y los desafíos de la intervención.....	110
<i>La creación de vínculos.....</i>	112
<i>La regulación de la interacción.....</i>	118
<i>La revinculación comunitaria.....</i>	124
<i>El “fortalecimiento” individual.....</i>	126
Las capacidades y los recursos institucionales.....	129
<i>Una mirada en perspectiva.....</i>	131
Conclusiones.....	133
Epílogo.....	144

INTRODUCCIÓN

Difícilmente alguien pueda permanecer indiferente ante la realidad de los niños que habitan en las calles. Pocos son los fenómenos sociales persistentes que impresionan e interpelan como éste, que generan reacciones sociales tan ambiguas, sentimientos tan contradictorios. Según cómo se los mire, según cómo se los nombre, los “chicos de la calle” se perciben como víctimas o como amenazas. Según las circunstancias, despiertan la compasión, la caridad, la solidaridad o provocan el desprecio, la molestia o el miedo. Como sea, el fenómeno nos angustia e incomoda, pone en cuestión nuestros valores más profundos. Por ello, las preguntas acerca de su origen (¿Cómo y por qué llegan los niños a la calle?), acerca de sus características (¿Cómo viven y cómo son los “niños de la calle?”), acerca de las posibilidades de intervención (¿Qué se hace? ¿Qué se puede hacer por ellos?), insisten y nos reclaman una respuesta.

En las últimas décadas, el fenómeno de los “chicos de la calle” se convirtió en un tema privilegiado del discurso jurídico, político, mediático y en objeto de diversas formas de intervención social. Sin embargo, en el campo de las ciencias sociales todavía permanece poco explorado. La complejidad que encierra y la sensibilidad que despierta no han favorecido que se constituya en un problema de investigación científica. Los “chicos de la calle” no son un grupo fácil de estudiar: son una población heterogénea, de contornos difusos, en permanente movimiento y refractaria a las indagaciones. Tampoco fácil de abordar conservando la distancia analítica que el trabajo de investigación requiere: por su doble condición de niños y marginados, son uno de los grupos sociales en situación más crítica y vulnerable y se torna un verdadero desafío aproximarse a ellos dejando a un lado posicionamientos morales o eludiendo perspectivas normativas.

Es necesario contribuir al recorte y a la investigación de este problema. Con ese fin, yo he llevado a cabo esta investigación que se dirige a indagar cómo llega a la calle y cómo vive en la calle un grupo de niños que habitan en forma relativamente estable en las inmediaciones de una estación del conurbano bonaerense.

Desde un enfoque socio-antropológico, me propuse describir e interpretar sus experiencias de vida –sus condiciones y sus circunstancias, sus maneras de actuar, pensar y sentir–, tender un puente para su comprensión, con la certeza de que ello colabora al conocimiento de problemáticas sociales profundas y estructurales así como también de otras formas de vida de las que podemos aprender.

En las experiencias de estos niños no sólo es posible contemplar las más graves consecuencias de los procesos de desintegración e inestabilidad social que afectan a nuestras sociedades, sino también reconocer algunas de las actitudes y los valores, algunas de las maneras en que organizan y dan sentido a sus vidas quienes se encuentran más expuestos ante esas circunstancias.

MARCO TEÓRICO Y ESTADO DE LA CUESTIÓN

Naturalmente, el fenómeno de los “chicos de la calle” es susceptible de ser abordado, analizado e interpretado desde diversas perspectivas. Toda perspectiva se encuentra ligada a condiciones histórico-sociales y a posiciones teórico-metodológicas determinadas. Inevitablemente, al echar luz sobre algunos aspectos de la realidad se deja en las sombras otros. Aquí intentaré hacer una breve síntesis de las perspectivas predominantes que, a mi juicio, han organizado la mirada sobre el fenómeno desde que en nuestro país adquiere visibilidad como problema social en los años ‘80.

Una perspectiva socio-estructural

Hasta principios de los años ‘80, el problema de la niñez en situación de calle no tiene en nuestro país la extensión ni la gravedad que reviste actualmente. La Argentina es todavía una sociedad salarial. Con casi un tercio de su población activa incluida en relaciones salariales protegidas, garantiza niveles de integración, equidad y bienestar social superiores a los de nuestros días.

Este modelo, sin embargo, comienza a erosionarse unos pocos años antes. Las políticas neoliberales implementadas durante la última dictadura dan inicio a lo que serán casi 30 años de un proceso progresivo de desintegración social caracterizado por el repliegue del Estado y el deterioro de la estructura salarial. El aumento de la cantidad de niños en situación de calle es uno de los efectos visibles en el espacio urbano del crecimiento acelerado del desempleo, la informalidad, la desprotección y la pobreza.

Ante el avance de estos fenómenos, que hacia mediados de los ‘90 comienza a generalizarse de manera inusitada, las ciencias sociales ponen el eje en las graves consecuencias generadas por la desestructuración de los marcos colectivos creados durante la sociedad salarial para asegurar la integración. Las teorías francesas sobre la nueva cuestión social (Rosanvallon,

1995; y sobre todo Castel, 1997) dan un marco privilegiado para abordar estas profundas transformaciones.

Categorías analíticas como las de *exclusión*, *desafiliación*, *vulnerabilidad*, con mayores o menores precisiones, permiten dar cuenta de los déficits de integración, protección y las múltiples carencias que afectan a desocupados, informales, pobres, marginales y al conjunto cada vez más diversificado de las clases populares de nuestro país. La figura del individualismo negativo que Castel (1995) traduce como carencia —de consideración, de seguridad, de bienes asegurados y lazos estables— aparece entre las favoritas para ilustrar las consecuencias de esta crisis.

Esta orientación teórica sigue la mayoría de los análisis que originalmente abordan el problema de la niñez en la calle. La pareja *desintegración* y *carencia* no puede expresar mejor la situación de esa población creciente de niños que ante las sucesivas crisis socioeconómicas se lanzan a las calles y hacen de ellas su hábitat y/o su medio de subsistencia.

Uno de los primeros y tal vez más difundidos trabajos sobre el tema en su título revela lo esencial en forma de interrogante: “¿Chicos de la calle o trabajo chico?” (Grima y Le Fur, 1999). El fenómeno es descrito como el efecto de la pérdida del trabajo adulto y la consecuente desvinculación de las familias de las “antiguas” estructuras normativas y protectoras:

Las familias que generan niños en situación de calle fueron expulsadas del seno de la sociedad formal. Esta exclusión, más que la familia, produce al niño en situación de calle (...). La desafiliación de la estructura laboral por parte de los mayores constituye el factor desencadenante de la desestructuración familiar, junto a la interacción de muchos otros factores, como el aislamiento relacional. De esta manera se desmembra la familia que constituye el primer anillo protector del niño (p.89).

Aquí, al igual que en otras regiones, el problema es abordado desde la óptica de la carencia. Como resume Gentile (2006), se trata de analizar y de describir

...la carencia de un orden familiar conforme a los parámetros de lo que se considera el modelo vigente, la carencia de recursos en el hogar que obliga al grupo familiar a propiciar el ingreso temprano de todos sus miembros al mercado laboral, la consecuente imposibilidad de los chicos de participar en los espacios destinados a la infancia como la escuela, la carencia de protección y, por lo tanto, la alta exposición a riesgos a la que están sometidos los chicos en la calle...

Sin marcos institucionales, sin soportes sociales ni protecciones, la población de niños en situación de calle encarna como ninguna otra la figura del individualismo negativo. El mismo Castel (1997) así nos lo sugiere cuando identifica la figura del “joven toxicómano de los suburbios”, una figura de lo más cercana a la del “chico de la calle”, con el ideal típico del individualismo negativo.

Está completamente individualizado y expuesto por la falta de vínculos y de soportes relacionados con el trabajo, la transmisión familiar, la posibilidad de construir un futuro... Su cuerpo es su único bien y su único vínculo, que él trabaja, hace gozar y destruye en una explosión de individualismo absoluto (p. 473).

Una perspectiva socio-institucional

A fines de la década del '80 un hecho marca un punto de inflexión en la historia jurídica de la infancia. La Asamblea General de las Naciones Unidas aprueba la Convención Internacional de los Derechos del Niño (CDN) inaugurando así un nuevo paradigma de derechos conocido como la Doctrina de la Protección Integral. El tan mentado “cambio de paradigma”, que suele sintetizarse como el desplazamiento de la figura del “menor como objeto de la compasión-represión” por la de “niñas, niños y adolescentes como sujetos plenos de derechos” (García Méndez, 2004) se sostiene en algunas premisas fundamentales como el reconocimiento de todas las garantías y derechos (civiles, políticos y sociales) a las personas menores de 18 años más un “plus” de derechos particulares por ser personas en desarrollo; la separación del tratamiento de los asuntos sociales de los penales, antes indiferenciados en los procesos y expedientes tutelares; el reconocimiento de la centralidad de la familia y la comunidad para el desarrollo de las personas, que confiere carácter de excepcional a la institucionalización, en tanto medida de *última ratio*; el abandono de la noción estática de “incapacidad plena” en función de la edad, por la de “autonomía progresiva” y el consecuente reconocimiento del derecho a participar activamente en todo proceso judicial o administrativo de manera directa y a que la voz del niño sea tenida en cuenta por cualquier autoridad que deba tomar una decisión que lo involucre.

La transformación tiene un gran impacto político y cultural. Desde la aprobación de la CDN, la cuestión de la infancia adquiere un renovado y gran interés que contribuye notablemente a la modificación de la percepción global sobre esta categoría social. La movilización social para la introducción y la difusión de la nueva doctrina es muy activa en

todo el mundo y, según García Méndez (2004), un reconocido especialista en la materia, en ninguna otra región tan intensa como en el caso de América Latina. Rápidamente su influencia se extiende entre movimientos sociales, organismos gubernamentales y no gubernamentales y sectores académicos preocupados por el tema de la infancia.

La Argentina no es la excepción. En todas las áreas, los trabajos sobre la infancia y la adolescencia incorporan el discurso de los derechos como una referencia insoslayable. Como aquí el proceso de reconocimiento jurídico de niñas, niños y adolescentes como ciudadanos de pleno derecho se desarrolla en paralelo al proceso de desintegración social al que hicimos referencia, se generaliza la necesidad de poner de manifiesto la profunda brecha abierta entre la condición jurídica y la condición material/real de las niñas, niños y adolescentes.

A medida que las leyes locales se van adecuando a los lineamientos de la CDN¹ y los dispositivos institucionales comienzan a ajustarse a la nueva normativa, se multiplican los análisis críticos dirigidos a mostrar las inconsistencias y las deficiencias de este proceso². La mirada se posa especialmente sobre las “instituciones de la minoridad”, encargadas de la intervención social sobre esa población de niños vinculados frágilmente a las instituciones dominantes del cuidado para la infancia (la familia, la escuela) y por ello objeto de la tutela estatal bajo la ley de Patronato. Siendo los niños en situación de calle una representación paradigmática de dicha población, los pocos estudios que se han ocupado de ellos son especialmente sensibles a este impulso. Muchos investigadores abordan el problema privilegiando el análisis socio-institucional desde un enfoque de derechos.

Entre los trabajos más destacados se encuentran los de Valeria Llobet (2006, 2010). En ellos se analiza el proceso de institucionalización e interpretación del discurso de los derechos en las instituciones que intervienen sobre los niños en situación de calle de la

¹ La CDN se ratifica en el año 1990 y es incorporada a la Constitución Nacional en 1994. Sin embargo el proceso de adecuación de la normativa nacional y las leyes provinciales al nuevo paradigma se demora por varios años. La ley nacional (26.061) que finalmente deroga la antigua ley de Patronato, rectora del horizonte jurídico de la infancia, se sanciona recién en el año 2005. La ley de la provincia de Buenos Aires (13.298) es sancionada en 2004 y entra en plena vigencia en el año 2007. Las legislaciones de otras provincias también van modificándose cada una a su turno (Mendoza -ley 6.354/1995-, Chubut -4.347/1997-, Río Negro -3.097/1997-, Ciudad Autónoma de Buenos Aires -114/1998-, Salta -1999- Misiones, Neuquén -2.302-, Tierra del Fuego -101/2000-, Córdoba -9.053/2002- y todavía algunas esperan ser modificadas.

² Una primera línea de trabajos analiza la vulneración de los derechos, la presencia y persistencia de las prácticas tutelares en las instituciones tradicionales, especialmente en las instituciones de encierro y control social (Rossi, 2000; Daroqui y Guemureman, 2001; Guemureman, 2002; Beloff y Palmieri, 2003). Una segunda línea aborda las contradicciones, tensiones o dificultades presentes en los dispositivos institucionales creados a partir de la nueva normativa (Machain, Ávila Testa, Vénere, 2007; Lescano y Domenech, 2008; Barma y Magistris, 2010; Anzorena y García Silva, 2010).

Ciudad de Buenos Aires, intentando identificar los procesos de subjetivación que ellas producen y su capacidad de ampliar o no la ciudadanía de los niños. En la misma dirección se dirige la tesis de maestría de Cecilia Litichever (2009), en la cual, con un encuadre y motivaciones similares, se analizan las condiciones de construcción de ciudadanía de los niños en situación de calle de la Ciudad de Buenos Aires, indagando en sus trayectorias institucionales.

Una perspectiva socio-cultural

A medida que el desempleo, la informalidad y la pobreza comienzan a vislumbrarse como realidades persistentes y el fenómeno de los “chicos de la calle”, a la par, se consolida, las perspectivas socio-estructurales y socio-institucionales van cediendo espacio a perspectivas más atentas a la experiencia socio-cultural de los actores. Según creo, en nuestro medio, varias influencias operan en esa dirección.

Yendo de lo general a lo particular, podemos identificar, en primer lugar, todo un trabajo de revisión teórica que comienza a advertir que los enfoques que ponen un excesivo énfasis en los procesos de desintegración social pueden estar obturando la posibilidad de comprender la singularidad de las formas de sociabilidad vigentes. En esta línea, se destaca un trabajo de Murmis y Feldman (2002) en el que se recomienda la realización de estudios circunstanciados para complementar los análisis estructurales, basados en posiciones, con los análisis relacionales y permitir, de este modo, deslindar los efectos de la ausencia de vínculos de los efectos de la presencia de éstos. Los análisis de Merklen (2005) sobre las clases populares son también característicos de esta nueva orientación. En ellos se sugiere la importancia de dar cuenta de las formas de inscripción social que emergen en el contexto más amplio de la desintegración para no perder de vista la positividad y especificidad de las formas de sociabilidad que en esos espacios se despliegan³.

En segundo término, en lo que refiere al campo de estudios locales sobre la infancia y la juventud, merecen ser mencionados aquellos trabajos que comienzan a analizar la particularidad de las relaciones y experiencias de socialización de los niños y jóvenes de los sectores populares para comprender sus propias prácticas y sus representaciones. Es muy influyente una investigación de Duschatsky y Corea (2004) sobre las experiencias subjetivas

³ Es interesante mencionar que en un pasaje de su trabajo Merklen señala a *Los Capitanes de la Arena*, un grupo de niños de la calle de Salvador de Bahía, protagonistas de una novela de Jorge Amado, como un ejemplo paradigmático de asociación en la desafiliación.

de niños asistentes a escuelas de barrios periféricos y las de Kessler (2002, 2004), Míguez (2002, 2004, 2008) o Tonkonoff (2001, 2003) sobre las nuevas manifestaciones del delito juvenil. A ellas podríamos agregar también las investigaciones sobre las hinchadas de fútbol (Alabarces, 2004; Garriga, 2005) que, como aquéllas, dan cuenta de novedosas configuraciones relacionales, culturales e identitarias y constituyen un aporte para la comprensión de las problemáticas infanto-juveniles contemporáneas.

En lo que respecta al fenómeno específico de los “chicos de la calle”, ha tenido una amplia recepción la posición de algunos investigadores y activistas que reaccionan ante las miradas centradas en la negatividad y la carencia. Según sus críticas, éstas visualizan a los niños exclusivamente como víctimas impidiendo su reconocimiento como agentes sociales y velando la especificidad de su propia perspectiva. Un gran influjo tiene en esta dirección una pionera investigación etnográfica, realizada primero en Río de Janeiro y luego en Montevideo y México D.F., en la que se pone énfasis en que “la definición del niño de la calle únicamente en términos de víctima (...) conduce a una visión reduccionista de una realidad mucho más compleja” (Lucchini, 1999, p. 319). De otro lado, se encuentran los trabajos de Kurt Shaw (2002), quien, llevando más allá las consecuencias del nuevo paradigma de derechos, milita activamente en favor del reconocimiento de la autonomía de los niños y de su capacidad de decisión. Shaw sostiene que las investigaciones sobre niños de la calle se dirigen a la descripción de las causas sociales del callejerismo, el *por qué* los niños llegan a la calle, pero no prestan atención al *para qué*, qué buscan allí. No dan cuenta de su voz, de sus deseos ni de sus significados.

En este marco, los trabajos locales comienzan a incorporar las acciones y el punto de vista de los niños como un elemento central de sus análisis. El trabajo de investigación de Florencia Gentile, realizado en el marco de una institución de asistencia para niños en situación de calle de la Ciudad de Buenos Aires (Centro de Atención Integral a la Niñez y Adolescencia –CAINA–), representa un buen ejemplo: en lugar de analizar lo que la institución hace con los niños, procura descubrir lo que los niños hacen con la institución. Según la autora, su trabajo busca contribuir al debate de las políticas públicas pero “con un análisis que permita dejar de verlos como meros sujetos pasivos de las acciones institucionales y dar cuenta de su propia voz y de su capacidad de agencia en las negociaciones con aquellos encargados de asistirlos” (2007, p. 1). Finalmente, es posible advertir de manera cada vez más clara las intenciones de integrar en un mismo análisis esas distintas perspectivas que llamé socio-estructurales, institucionales y culturales. Una buena muestra de ello es el trabajo reciente de Pojomovsky, Gentile y Cillis (2008) quienes, con

un enfoque integral, analizan numerosas dimensiones de la vida de los niños que asistieron al CAINA durante poco más de una década (la situación familiar, la salida a la calle, las actividades de subsistencia, la escolaridad, la salud, las relaciones de género) consiguiendo de este modo, como señala Kessler en su prólogo, traspasar la victimización y restituir sujetos, “mostrando las miserias y leves encantos de la experiencia de la calle” (p. 16).

Hacia la perspectiva de esta investigación

Mi trabajo de investigación ha sido subsidiario de las perspectivas que aquí describo. Yo entré en contacto con la realidad de los “niños de la calle” hace poco más de 7 años cuando realicé una investigación sobre su situación de salud en el marco de un programa de asistencia sanitaria de la Ciudad de Buenos Aires.

En aquella experiencia mi trabajo de campo se extendió durante 8 meses. Dos veces por semana, tres horas cada día, concurrí a un consultorio médico ambulante que se detenía un día en el barrio de Once y otro en el de Constitución para atender la salud de los niños que deambulaban por la zona. Recabé material cuantitativo, realicé observaciones y entrevistas con los niños y con el personal que los asistía. Descubrí una realidad dramática y muy penosa. Para mis propios parámetros, las condiciones materiales de vida y de salud de los niños no podían ser más adversas. Yo nunca había visto a nadie con sarna y aquel invierno no había un solo niño que no la padeciera. Su acceso a los servicios públicos era a todas luces deficiente. La nueva ley no había conseguido transformar las antiguas prácticas: mientras pudieran evitarlo, los niños no iban al hospital por temor a terminar presos. En la conclusión de aquel trabajo no dudé en poner sobre relieve los determinantes socio-estructurales de su situación y el conjunto de carencias que los retenían en la calle:

...como consecuencia de una creciente desigualdad social y partir de extendidos procesos de pauperización y exclusión, un gran número de niños y adolescentes han sido lanzados a sobrevivir en las calles, plazas y estaciones de nuestro país (...). Socializados en un entorno de carencias materiales, carencias afectivas y violencia cotidiana, no logran encontrar alternativas a la marginalidad (García Silva, 2008, p. 140).

Tampoco quise pasar por alto la situación tan evidente de vulneración de sus derechos. Referí entonces que “todos sus derechos se encuentran vulnerados. Su vida se desarrolla en un medio hostil y peligroso que es fuente de un sin fin de riesgos que afectan severamente su salud física y mental” (p. 140).

Sin embargo, a partir de esa primera experiencia y lo que llegó después (nuevos aportes, lecturas y discusiones) tuve la necesidad de reorientar mi mirada, hacerme nuevas preguntas y reformular mis métodos.

Poco a poco arribé a la conclusión de que poner el acento en los factores estructurales nos permite ver a los “niños de la calle” como el efecto del grave deterioro de las condiciones sociales pero no nos habilita a comprender el modo en que ellos procesan sus vivencias de tránsito hacia la calle. Poner el énfasis en el debilitamiento de los lazos nos permite dar cuenta de la distancia que los separa de las formas de integración tradicionales, la falta de marcos, soportes y protecciones institucionales y, por ende, la situación de vulnerabilidad e incertidumbre extrema en que desarrollan su existencia, pero no necesariamente nos permite comprender las relaciones que los niños tejen, por su cuenta, en su contexto. Centrar la mirada en los parámetros de justicia y bienestar nos permite revelar la distancia entre lo fáctico y lo prescrito, entre lo real y lo deseable; demostrar carencias y vulneraciones de derechos, advertir lo que a los niños les falta y lo que no son, pero este modo de ver las cosas no nos facilita reconocer lo que ellos tienen, lo que ellos son y creen que son.

Es necesario no perder de vista cuál es el riesgo de descuidar las miradas estructurales, políticas o institucionales. Si olvidáramos la fuerza de las determinaciones sociales fundamentales, estaríamos abandonando los grandes problemas del análisis sociológico (el conflicto, la dominación, la integración, etc.); si dejáramos a un lado las preocupaciones por la desigualdad y la injusticia, estaríamos esquilmando su potencia crítica. Pero al mismo tiempo es importante no olvidar que el hombre, por determinado, no deja de ser un sujeto “existencialmente complejo que siente, piensa, reflexiona, que da y busca sentido” (Ortner, 2005. p. 28), aun en las condiciones materiales y sociales más adversas.

PROBLEMA Y MÉTODO

Dos preguntas guiaron la investigación que ahora presento: ¿cómo y por qué llegan los niños a la calle? y ¿cómo es la vida de los niños en la calle?

Para intentar responderlas, realicé un estudio de caso único con un enfoque etnográfico. Por un lado, indagué en las características de los lugares de origen de los niños, en sus experiencias familiares y sus vivencias personales de tránsito a la calle y, por otro lado, en el modo en que organizan y perciben su experiencia de vida en la calle, en su trama de relaciones, prácticas y sentidos (¿Qué hacen? ¿Qué piensan? ¿Qué sienten? ¿Con quiénes y cómo se vinculan?), deteniéndome especialmente sobre sus experiencias con el grupo de pares y los programas de asistencia.

Los estudios de caso

La teoría sostiene que “los estudios de caso constituyen la estrategia preferida ante el planteamiento de interrogantes sobre “cómo” y “por qué”; cuando el investigador tiene escaso control sobre los acontecimientos o cuando el enfoque es un fenómeno contemporáneo dentro del contexto de la vida real” (Yin, 1994, p. 1). Todas estas circunstancias se ajustan a mi situación. Me interesa conocer cómo y por qué los niños llegan a la calle, cómo viven en la calle, fenómenos observables en la vida real y sobre los cuales tengo escaso control. Además, los estudios de caso “permiten que una investigación retenga las características holísticas y significativas de los acontecimientos de la vida real” (Yin, p. 3) y si algo pretendí de esta investigación es que pudiera retener y describir con suficiente profundidad las características del contexto real en que se van tramando las relaciones, prácticas y sentidos que configuran la experiencia particular de vida de los “chicos de la calle”.

Si centré la atención sobre un caso único fue porque, sin contar con la colaboración de otros investigadores y con tiempos restringidos, de otro modo no hubiese podido realizar un análisis en profundidad como el que yo deseaba.

El caso

El caso que elegí fue un grupo de niños que, con cierta regularidad, pasan sus días y sus noches en las inmediaciones de la estación de una populosa ciudad del conurbano bonaerense a la que, por resguardar la identidad de los sujetos involucrados, he llamado La Cañada.

La elección se basó en razones prácticas y teóricas. Entre las primeras, pesó mi familiaridad con la zona. Vivir cerca del campo y conocerlo bien me facilitó su acceso, me permitió transitar por él con desenvoltura pero, sobre todo, mantener una relación frecuente y sostenida con los sujetos de la investigación. Por supuesto, estas razones hubiesen sido vanas si el caso no tuviera alguna relevancia teórica. En este sentido, es preciso señalar que La Cañada constituye uno de los más importantes centros poblacionales de la zona oeste, una de las principales zonas de procedencia de los niños en situación de calle de la región metropolitana, y su estación, por ser uno de los centros de circulación más concurridos de esta región, congrega en forma privilegiada la presencia de los chicos que deambulan por las calles.

No es posible saber a ciencia cuántos chicos hay en la calle ni dónde se ubican. Por su movilidad constante y su actitud renuente a brindar información, son una población difícil de medir. Existen pocos estudios cuantitativos; casi todos ellos se realizaron en la Ciudad de Buenos Aires (Lezcano, 2002; GCABA, 2007, 2008; Pojomovsky et al., 2008)⁴ y no es posible compararlos porque aplicaron muy distintas metodologías.

No obstante, sabemos que las áreas de gran circulación de personas, los centros comerciales y administrativos, los lugares donde se emplazan importantes estaciones de tren, colectivos, subtes y plazas son los espacios preferidos por los “chicos de la calle” para instalarse, porque en ellos encuentran los recursos, materiales y simbólicos, necesarios para su supervivencia. Así lo sugieren estos estudios y las acciones de intervención focalizadas en estas áreas, todo lo cual se corrobora en mi propia experiencia de trabajo. Por ello, y a falta de datos más precisos, me parece que un buen indicador de los lugares en torno a los cuales se congregan los “chicos de la calle” son los principales “centros de trasbordo” que

⁴ En lo que refiere al resto de las ciudades de nuestro país, sólo he tenido conocimiento de un estudio realizado por Roze (1999) en Resistencia, Chaco.

la Secretaría de Transporte de la Nación define como las “áreas que concentran las mayores cantidades de ascensos de viajes a algún modo de transporte público”⁵.

Los estudios cuantitativos de la Ciudad de Buenos Aires muestran importantes diferencias en varios de sus resultados, pero todos comparten que alrededor del 80% de los chicos proviene del conurbano bonaerense. Se observan discrepancias en los datos relativos a la proporción que proviene de cada zona –de modo que esto sigue siendo un interrogante–, sin embargo los trabajos de mayor autoridad académica (Lezcano, 2002; Pojomovsky et al., 2008) coinciden en que la mayoría lo hace desde la zona oeste y después de haber recorrido y vivido alrededor de las estaciones de mayor importancia que se ubican más próximas a sus lugares de origen. Con todo, todavía carecemos de estudios realizados en estas zonas.

Los alrededores de la estación de trenes y colectivos de La Cañada constituyen un buen lugar para realizar esta tarea pendiente. Esta estación no sólo es uno de los más

⁵ Según esta Secretaría, en la región metropolitana existen 19 “centros de trasbordo extraordinarios” (más de 75.000 ascensos en período de relevamiento), 14 en la Ciudad de Buenos Aires y 5 en el conurbano bonaerense. Si, haciendo un ejercicio estimativo, cruzamos los datos sobre los “centros de trasbordo” de la Ciudad de Buenos Aires con los de la distribución de chicos de la calle por zonas relevados por el Gobierno de la misma ciudad, encontramos que casi el 90% de los niños en situación de calle en la Ciudad de Buenos Aires se ubica alrededor de 9 de los 14 Centros de Traslado Extraordinarios de la Ciudad.

Centro de trasbordo por orden de importancia (CABA)	Pasajeros por día	Distribución de "chicos de la calle" por zona (CABA)
Constitución	392.454	29% (Constitución*)
Once	286.770	3% (Once*)
Retiro	233.852	18% (Retiro*)
Obelisco	144.926	13% (Microcentro*)
Belgrano (Cabildo)	162.280	4% (Belgrano*)
Caballito	154.535	3% (Caballito*)
Plaza Italia	116.595	8% (Palermo*)
Facultad de Medicina	103.747	2% (Barrio Norte*)
Pompeya	105.637	8% (Pompeya*)
Total:	1.700.797	88%
* Forma en que se consigna la categoría en el estudio original		

importantes centros de trasbordo de la región metropolitana, ubicándose en el séptimo lugar, después de la zona obelisco, sino que también es el principal de la zona oeste.

Según las definiciones de Stake (2007), sería posible encontrar en este caso tanto un valor instrumental como un valor intrínseco. Un valor instrumental en la medida en que, dadas las condiciones señaladas, es probable que condense las principales características del fenómeno que nos interesa conocer y un valor intrínseco en tanto que tiene un interés *per se*: Pese a la relevancia que el conurbano bonaerense y la zona oeste tienen actualmente en el marco del problema de los “chicos de la calle”, aún no ha sido objeto de una investigación de estas características. Además, existe un fuerte componente territorial en la experiencia de los “niños de la calle” y cada zona tiene sus rasgos específicos. Es importante tener en cuenta que su historia, sus condiciones y circuitos económicos, sus políticas sociales y de seguridad, sus redes institucionales y relaciones comunitarias imprimen su singularidad a cada caso e inciden en la experiencia particular de los niños que allí se localizan.

La Cañada

La Cañada comenzó a poblarse hace más de cuatro siglos con el reparto de tierras posterior a la fundación de Buenos Aires. En sus orígenes, la actividad agropecuaria dio sustento y organización a las formas de vida de sus pocos habitantes. Con la llegada del ferrocarril a mediados del siglo XIX, de los inmigrantes extranjeros, que por entonces ya habían conformado un tercio de su población y con el desarrollo industrial que desde principios del siglo XX, pero con fuerte impulso a partir de los años '40, atrajo a contingentes de hombres y mujeres en búsqueda de trabajo y un destino, la ciudad fue urbanizándose y poblándose masivamente.

Hoy, por su gran concentración poblacional, sus recursos económicos, su ubicación geográfica y sus vías de comunicación con toda el área metropolitana, es uno de los principales centros urbanos del país. Es el polo industrial, comercial y de servicios más importante de la zona oeste. Es sede de un gobierno reconocido por su signo político progresista y de una activa sociedad civil, a la par que tiene los mayores niveles de desarrollo social del contexto regional: cuenta con una amplia red de atención sanitaria, numerosos establecimientos educativos y una importante cantidad de espacios culturales y recreativos.

Según el índice de bienestar social construido por Velásquez (2008) para reflejar la mejor o peor situación relativa entre las ciudades según sus condiciones de salud, educación, habitabilidad y ambientales registradas en el censo de 2001, La Cañada se ubica en el puesto número 90 de un ranking de 511 ciudades del país. Si nos circunscribimos al contexto de los 24 partidos del conurbano bonaerense, se ubica en el 3° lugar, sólo por debajo de Vicente López y San Isidro. Los partidos de la zona oeste que se ubican detrás de ella muestran una gran heterogeneidad. Tres se ubican en posiciones relativamente próximas, con el 4°, el 6° y el 9° puesto, y otros tres en posiciones muy distantes, con el 17°, 20° y 23° puesto.

El enfoque etnográfico

Por el tipo de preguntas y las características de la población de las que se ocupa esta investigación, un enfoque etnográfico constituye la mejor estrategia. Captar tramas de relaciones, prácticas y sentidos para reconstruirlas y analizarlas con el objetivo de conocer con cierta profundidad cómo es la experiencia de un grupo de “chicos de la calle” requiere de la presencia del investigador en el contexto de su vida real, donde esas relaciones, prácticas y sentidos se articulan y cobran su verdadero significado.

Conservar las características holísticas del contexto, comprender las experiencias de los sujetos dentro de sus propios marcos de referencia y en sus propios términos me parece una cuestión central. Ello requiere de un trabajo densamente descriptivo e interpretativo que encuentra en la etnografía la más útil de sus herramientas. Comparto la concepción de Geertz (2005), quien, en línea con la tradición teórica weberiana, sostiene que el hombre es un animal inserto en tramas de significación que él mismo ha tejido, que la cultura es esa urdimbre, y que el análisis de la cultura ha de ser una ciencia interpretativa en busca de significaciones. Adhiero a su definición de la etnografía como una vía privilegiada para llevar adelante esa tarea, porque ella nos abre un acceso al mundo de vida de “los otros” (al fluir de sus conductas, a sus discursos y prácticas sociales, al escenario donde las configuraciones sociales y los estados internos de los sujetos encuentran su articulación, al terreno donde la subjetividad se modela y manifiesta) y nos ofrece la experiencia sensible que nos habilita a realizar –según los procedimientos y las reglas pertinentes– los análisis y las conjeturas necesarias para producir conclusiones explicativas capaces de ser sometidas a posteriores exámenes.

En cuanto a la población que se investiga, no podemos desconocer el hecho de que se encuentra en permanente tensión con las normas de la moral dominante y expuesta a la interpelación e intervención cotidiana de una diversidad de actores. Los niños en situación de calle a diario son inquiridos por quienes se cruzan con ellos en los lugares por donde transitan (vecinos, comerciantes, transeúntes), a menudo son interrogados por agentes de asistencia y control social (operadores sociales, policías, jueces) y en forma cada vez más frecuente los indagan periodistas a la búsqueda de noticias. Se encuentran habituados a reaccionar ante todo tipo de cuestionamientos, a lidiar con estereotipos y con estigmas. Ello hace que sean reacios a ofrecer información, que ejerzan un control reflexivo de sus interacciones, que estilicen sus relatos personales o los modifiquen según el modo en que se representen a sus interlocutores.

Los condicionamientos que imponen estas circunstancias y la distancia social y generacional (lo que es decir, distancia cultural, lingüística, moral) que separa al investigador de los sujetos que investiga son causa de serios obstáculos metodológicos. En primera medida, hay que reconocer que la interacción no resulta sencilla. Desconfianza, incomodidad, miedo, resistencia, condescendencia, malentendidos son algunos de los problemas que usualmente interfieren en ella. No son problemas que queden en el plano de lo anecdótico sino que inciden sobre el material que el investigador capta por intermedio de la interacción y sobre el que finalmente apoya sus resultados. Por su parte, el hecho de que la relación sea complicada y asimétrica no favorece que el investigador se deshaga de sus propias preconcepciones. Diálogos con preguntas que prefiguran las respuestas de los informantes o proyecciones de los sentidos del investigador en sus palabras son problemas relativamente habituales en este campo⁶.

El trabajo etnográfico, paciente y prolongado, sin dudas es la mejor defensa con la que se cuenta para lidiar con ese tipo de dificultades. A través de él el investigador puede familiarizarse con las características sociolingüísticas de la población, establecer lazos de confianza con sus informantes, negociar una y otra vez con ellos su rol en el campo y si

⁶ En *El evangelio según Marcos*, Borges refiere un diálogo entre Espinosa, un hombre de la ciudad, y los Gutres, hombres del campo, que bien puede resultar ilustrativo para comprender esta clase de dificultades: “El diálogo resultaba difícil; los Gutres, que sabían tantas cosas en materia de campo, no sabían explicarlas. Una noche, Espinosa les preguntó si la gente guardaba algún recuerdo de los malones, cuando la comandancia estaba en Junín. Le dijeron que sí, pero lo mismo hubieran contestado a una pregunta sobre la ejecución de Carlos Primero”.

todo ello no le permite superar esos obstáculos, por lo menos le facilita su reconocimiento, su control y la posibilidad de integrarlos a su análisis⁷.

El trabajo de campo

Comencé el trabajo de campo en marzo de 2008. Para evitar mediaciones en mi relación con los niños y los sesgos que pudiera introducir aparecer identificado a algún tipo de agencia de control social, al principio decidí prescindir de los contactos que podía establecer con organizaciones y programas de la zona. Durante dos meses, en distintos días y horarios, recorrí los alrededores de la estación de La Cañada. Primero tomé notas y luego fui acercándome a los niños. Al cabo de dos meses de trabajo había establecido intercambios superficiales con algunos de ellos, pero por la movilidad y la actitud de desconfianza que los define por mis propias particularidades personales, no me resultó posible relacionarme con ellos de la manera a la que yo aspiraba. Mis primeros esfuerzos resultaron infructuosos. Mi presencia solitaria e incómoda deambulando por la estación generaba más sospechas que condiciones de empatía, o al menos tal era el temor que yo tenía. No obstante, a partir de esa experiencia supe que los niños se reunían todos los días con un grupo de operadores sociales en el marco de un programa municipal (en adelante, El Programa). Allí recibían un desayuno, acompañamiento y apoyo para resolver sus necesidades cotidianas (desde las más triviales como el pago de un boleto de colectivo o la reparación de unas zapatillas, pasando por la intervención en asuntos familiares, escolares, policiales, sanitarios, hasta la elaboración de estrategias para hallar alternativas a su situación de calle) y una variada oferta de actividades recreativas (juegos, talleres, fútbol, paseos). Decidí entonces presentarme ante los trabajadores de El Programa, informarles sobre mi proyecto y solicitarles un espacio para realizar mis tareas de investigación. Me dieron una recepción muy buena. Me permitieron participar de su espacio de trabajo y, a medida que fui entrando en confianza con ellos, con amplios márgenes de libertad.

En el mes de julio comencé desde allí un sistemático trabajo de campo. Por lo general, concurría dos días a la semana, alrededor de seis horas cada día. El primer día que me presenté ante los niños quisieron saber quién era y qué hacía allí. Intentaron adivinarlo.

⁷ En relación con los problemas que abordamos en este apartado nos han sido de mucha utilidad las contribuciones que sobre el método etnográfico realiza Rosana Guber (1990; 2011). En otro trabajo abordamos algunas otras cuestiones vinculadas con los problemas específicos que implica el uso de entrevistas en la población de niños en situación de calle (García Silva, 2009).

Propusieron actividades vinculadas a lo artístico: sos actor, malabarista, pintor. ¿Cómo explicárselos? Con torpeza, les dije que estudiaba y escribía. Uno de los chicos presentes me respondió, “qué piola, yo también estudio y escribo, ¿qué estudias y qué escribís?”. Respondí que estudiaba una maestría en Ciencias Sociales y escribía sobre la vida y la historia de los chicos del oeste. Evidentemente, la frase fue demasiado confusa y ameritaba precisiones: ¿De los chicos de la calle?, preguntó una niña. ¿Los de La Cañada?, preguntó otro. No fue un momento sencillo. Me sentí bastante avergonzado. Sin embargo, comenzaba a descubrir algunas cosas. Los niños se identificaban con el lugar y se reconocían con la categoría “chicos de la calle”. Entonces yo quería evitar esa denominación tan cuestionada por naturalizar la condición de calle como una propiedad inalterable de los chicos. Desde ese punto de vista, desde luego, era justo y razonable utilizar otras categorías (“niños en situación de calle” o “con experiencia de vida en la calle” son las que últimamente se han impuesto, en nuestro campo, como legítimas). Pero, llegado el caso, que los niños se reconocieran a sí mismos con esa categoría, me inclinó a dejar, al menos por el momento, a un lado esas disquisiciones conceptuales y a nombrarlos de manera deliberada e indistinta como niños o chicos de/en la calle, en situación de calle, o simplemente como los chicos de La Cañada⁸.

Los chicos de La Cañada

Durante mi trabajo de campo conocí alrededor de 45 niños y jóvenes habituados a deambular por la calle. En este trabajo nombro a 26 de ellos, a algunos una sola vez y a otros muchas. Lo cierto es que me vinculé regularmente con un grupo de alrededor de 20 y establecí distintas relaciones con ellos. Es posible decir que conforman un grupo en la medida en que ellos se reconocen y son reconocidos como partícipes de un mismo universo social, el de los chicos de la calle o de La Cañada, en el que comparten con cierta estabilidad un mismo circuito de lugares y actividades con los que se identifican. Casi todos ellos pasan día y noche en La Cañada y, salvo algunas excepciones, regresan esporádicamente a sus hogares. Pese a su identificación con esta localidad, la gran mayoría procede de los partidos de la zona oeste, próximos y bien conectados con La Cañada, que antes destacamos como los de menor nivel de bienestar social del conurbano bonaerense.

⁸ Hecha esta aclaración, dejaré de utilizar estas expresiones entre comillas.

Naturalmente, ellos establecen distintos tipos de relaciones de acuerdo con sus edades y afinidades. A veces se distinguen a sí mismos entre los chiquitos (los que tienen aproximadamente entre 11 y 15 años) y los grandes (los que superan esas edades). Cierta tipo de prácticas se considera propio de unos o de los otros y, como veremos, algunos principios morales regulan estos límites. Sin embargo, su relevancia depende fuertemente del contexto y las circunstancias. Se trata de regulaciones flexibles si las comparamos con aquellas que caracterizan a las instituciones convencionales como escuelas, clubes y algunas familias, que separan y reúnen a los niños según sus edades. En la calle, grandes y chiquitos se reúnen y comparten buena parte de las prácticas que animan la vida del grupo. Una distinción adicional que podemos marcar es el límite que establecen los 18 años, ya que éste, por razones que luego abordaremos, tiene un poder simbólico de relativa relevancia. Entre los chicos que conocí, una minoría superaba los 18 años y el más grande tenía 24.

Por la modalidad de aproximación que finalmente tuve, un importante desafío fue delinear en forma autónoma mi papel según mis propósitos de investigación y evitar quedar atrapado en el rol de operador social. Los chicos se representan a los operadores como referentes adultos encargados de asistirlos y moralizarlos. Si yo quería que me contaran sus historias y experiencias con libertad, no podía aparecer ante sus ojos como un operador más. Hube de realizar reiteradas presentaciones y explicaciones, responder a suspicaces inquietudes y persuadirlos de mis buenas y singulares intenciones. Dentro de los límites de lo que podía aspirar, considero que obtuve una buena aceptación. Al cabo de un tiempo, nuestra relación se personalizó y trascendió los marcos de El Programa. La señal más clara y positiva me la dio Fede, uno de los grandes protagonistas de esta investigación, cuando después de haberme puesto a prueba durante meses, marcándome distancia, bromeando sobre la posibilidad de pelear conmigo e insistiendo sobre mi supuesto interés de querer hacerme famoso o ganar plata con los pibes de la calle, una tarde en la que caminábamos juntos por el centro de La Cañada, me dijo “Che, Rodolfo ¿cuándo me vas a hacer una entrevista?”⁹.

Los datos

Tras establecer relaciones singulares con los niños, participar de muchos de los espacios que frecuentan, conversar bastante con ellos y con una multiplicidad de actores con los que

⁹ Observación realizada el jueves 12-02-2009 en las calles del centro de La Cañada.

entran en relación, al cabo de un tiempo me familiaricé con sus historias personales, sus relaciones, sus prácticas cotidianas y sus puntos de vista.

Concluido mi trabajo de campo, mi caudal de datos quedó compuesto por el registro de alrededor de 80 jornadas compartidas con los chicos que constituyen mi principal fuente de información; 7 entrevistas en profundidad¹⁰ con ellos, 6 individuales y una grupal; 16 entrevistas en profundidad con actores con los que se vinculan¹¹ y 40 legajos con abundante información sobre cada niño atendido por El Programa en el transcurso de dos años (datos familiares, escolares, información sobre diversos pasajes institucionales, informes de salud, policiales, judiciales y otros documentos) y sobre las estrategias de intervención implementadas.

La organización de la tesis

Esta tesis se organiza en tres capítulos.

En el Capítulo I se aborda la cuestión de cómo y por qué llegan los niños a la calle. Se exploran las características preponderantes de sus hogares y familias de origen y se analizan las experiencias y relatos personales acerca de los procesos que los conducen a la calle. Finalmente, se exponen algunas consideraciones para contribuir a la comprensión del modo en que se integran los factores objetivos y subjetivos que intervienen en esos procesos.

En el Capítulo II se explora el modo en que organizan y significan su vida en la calle. Se describen un conjunto de prácticas (actividades recreativas, peleas, robos, trabajo, consumo de drogas) que animan la vida del grupo de pares y a través de las cuales es posible retratar una imagen bastante vívida de las experiencias, las maneras de ser y hacer, de los niños: sus relaciones más significativas, las acciones que realizan, los sentidos que les asignan.

¹⁰ Con ello me refiero, siguiendo a Alonso (1998: 228), a que fueron dirigidas y registradas por mí con el propósito de favorecer la producción de un discurso conversacional, continuo y con una cierta línea argumental sobre temas definidos en el marco de mi investigación.

¹¹ Realicé 5 entrevistas en profundidad con referentes de 5 organizaciones (2 gubernamentales y 3 no gubernamentales) que asisten a la misma población de niños en la zona; 2 con referentes de un centro de prevención de adicciones que atendió a los niños; 1 con un referente de un centro de salud de la zona al que concurren los niños; 1 con un referente del organismo público que coordina las políticas de infancia de la zona; 5 con comerciantes de la zona que se vinculan con los niños; 1 con un agente de seguridad de un importante comercio de La Cañada donde los chicos suelen reunirse y 1 con un trabajador de la empresa ferroviaria que se vincula con los niños en la estación.

En el capítulo III se analiza la manera en que intervienen sobre su situación las organizaciones sociales y los programas públicos destinados a asistirlos: su contexto jurídico-institucional, sus modalidades de trabajo, el modo en que los niños se relacionan con ellos y los perciben, los problemas y desafíos que enfrentan. Se refiere a distintas organizaciones pero se centra el análisis en El Programa, no sólo porque sobre este último se cuenta con mayor evidencia sino porque lo reviste de especial interés que sea la respuesta estatal al problema de los niños de la calle en ese lugar.

CAPÍTULO I

LLEGAR A LA CALLE

¿Cómo y por qué los niños se alejan de sus hogares, llegan a las calles y permanecen en ellas? Estas preguntas nos enfrentan a un problema complejo que, en tanto tal, no admite explicaciones simples. Las que hoy se esgrimen suelen reavivar las clásicas tensiones entre posiciones objetivistas y subjetivistas y suscitar polémicas al interior de nuestro campo de estudio: donde unos ven la fuerza de las estructuras expulsando a los niños de sus hogares, otros ven la fuerza de la agencia de quienes deciden irse; donde unos denuncian las secuelas de las carencias y las necesidades, otros ensalzan las virtudes de la voluntad y la resistencia.

Algunas explicaciones se centran en los factores objetivos que determinan la salida de los niños a la calle. Explican el fenómeno a partir de las condiciones materiales y sociales que los expulsan de sus hogares: la desintegración social, el desempleo, la pobreza, la desestructuración familiar y la violencia, esta última como un efecto que se deriva de todo lo anterior (Grima y Le Fur, 1999; Pratesi, 1999). Tienen el mérito de identificar los elementos que inciden, condicionan o elevan las probabilidades de que los niños lleguen a las calles y de descubrir las regularidades que subyacen a sus intenciones individuales ejerciendo una influencia más allá de sus conciencias, pero nos confrontan al riesgo de olvidar que entre los fenómenos sociales no hay relaciones de causalidad mecánica. Una causa hace probable un efecto pero no lo determina (no todos los niños con hogares pobres, familias desestructuradas o violentas se van a la calle). Las “explicaciones objetivistas” nada nos dicen sobre el modo en que las estructuras objetivas se relacionan con la iniciativa de los niños de abandonar sus casas. Ellas desatienden la dimensión simbólica de estas experiencias y, así, tienden a desconocer que existe un fuerte componente intencional en el modo en que los niños comprenden y emprenden la salida de sus hogares.

Otras explicaciones reivindican los factores subjetivos que acompañan la salida de los niños de sus hogares. Sostienen que sólo es posible comprender el fenómeno atendiendo a los deseos y las intenciones que guían las decisiones de los niños (Shaw, 2002). Estos enfoques tienen la virtud de reponer su protagonismo y su capacidad de agencia, recuperando los sentidos que atribuyen a sus acciones, pero, al contrario de los anteriores, si son llevados al

extremo, pueden hacernos perder de vista el peso de las circunstancias prevalecientes de las que son producto¹².

Por último, es posible identificar un conjunto de estudios cuantitativos que indagan en los motivos aducidos por los niños acerca del abandono de sus hogares pero cuyos resultados abonan las explicaciones objetivistas, señalando como motivos principales las carencias económicas y la violencia familiar¹³. Estos estudios nos brindan una imagen general del problema y nos ilustran las respuestas construidas por los niños pero no contienen elaboraciones teóricas o bien incurren en lo que Bourdieu, Chamboredon y Passeron (2002, p. 29) ha denominado “la ilusión de la transparencia”, es decir, la derivación, sin mediaciones, de la respuesta de los informantes a una explicación teórica. Ello con la particularidad de que los niños en situación de calle -habitados a vivir en tensión con la moral dominante y a ser objeto de interpelaciones cotidianas- suelen ofrecerle a los desconocidos respuestas estereotipadas, simples, acordes a sus expectativas, para no verse comprometidos¹⁴.

Según he podido comprobar, la mayor parte de los niños que encontramos en las calles proceden de hogares pobres y numerosos que sufren fuertes niveles de inestabilidad, desprotección y situaciones de violencia, pero no menos cierto es que, en su mayoría, no se sienten simplemente víctimas de sus condiciones sino protagonistas de sus decisiones y distintos de aquellos que, en condiciones similares a las suyas (lo que, por lo general, incluye a sus conocidos del barrio y a sus propios hermanos) no las toman. Normalmente, para que un niño parta de su casa hacia la calle se conjugan un conjunto de factores

¹² Como he sugerido las diferencias entres estos enfoques dependen de posiciones teórico-metodológicas pero también de las condiciones históricas en las que se inscriben. Los primeros, tienden a coincidir con la dramática expansión del fenómeno de los niños en la calle que se produjo en paralelo a la grave declinación socio-económica que se inicia, en nuestro país, en el último cuarto del siglo pasado; y los segundos con la experiencia de un fenómeno ya consolidado, con lógicas y características propias, y con el auge de un nuevo paradigma de derechos centrado en la necesidad de oír la palabra de los niños.

¹³ En el Censo dirigido por Lezcano (2002) se sostiene que las “probables causas que motivan a los niños a circular por las calles” son en un 36.8 (%) para ayudar a la familia, en un 16.8% porque un miembro adulto de su familia está desocupado, en 12.9 % para comprar comida y en un 6.4% para acompañar al grupo familiar. En el censo realizado por el gobierno de la Ciudad de Buenos Aires (2008) se indica que los motivos principales que los niños aducen para irse de sus casas se distribuyen del siguiente modo: conflictos familiares (32.8%), maltrato infantil (18.9%), situación económica (18,0%), abuso sexual (8,2%), ausencia repentina de madre y/o padre (7,4%).

¹⁴ El estudio de Pojomovsky et al. (2008), en algunos sentidos, representa una excepción: su toma de registro no tiene el carácter intrusivo de las técnicas censales y permite reconocer, además de los motivos económicos y los conflictos familiares que impulsan a los niños a dejar sus hogares y permanecer en las calles, algunos sentimientos, deseos y expectativas que motivan esas decisiones.

materiales e ideales, objetivos y subjetivos, sociales e individuales. Unos y otros conforman una unidad y no términos antinómicos.

El desafío es comprender el modo en que se relacionan los factores estructurales que condicionan la salida de los niños de sus hogares con los factores subjetivos que las acompañan para lo cual indagaré en las experiencias de mis informantes. Me detendré primero en una caracterización general de sus hogares y familias de origen y luego en el modo en que los niños procesan sus experiencias personales de tránsito a la calle para arribar al fin a mis propias conclusiones.

LOS HOGARES Y LAS FAMILIAS DE ORIGEN

¿De donde proceden los niños de la calle? ¿Cómo son sus hogares y sus familias de origen? ¿Tienes éstos propiedades comunes que podamos asociar a la salida de los niños a la calle? No son preguntas fáciles de responder. Cuento con la información que me ofrece un número restringido de niños que, de buenas a primeras, no suele dar datos precisos y cuyas realidades son lo suficientemente heterogéneas, complejas y cambiantes como para plantearle verdaderos desafíos a cualquier intento de clasificación. Nos obstante, ningún estudio ofrece suficientes evidencias sobre el tema, por lo que vale la pena, con los recaudos del caso, brindar un panorama general a partir de los datos que pude construir. Ello me permitirá cuestionar algunas preconociones, contrastar mi información con la de otros estudios, e identificar algunas características centrales que merecen atención.

Familias conyugales

Un primer hecho que salta a la vista es que, a diferencia de las apreciaciones del sentido común que sostienen que los niños en situación de calle son niños abandonados, sin padres o que han perdido el contacto con sus hogares, salvo alguna excepción, la gran mayoría procede de un hogar donde vivió junto a su familia y al cual, si todavía existe, regresa con mayor o menor frecuencia.

Pude reconstruir la información de la composición de los hogares y las familias de origen de 30 niños/as de La Cañada y organizarla a partir de una tipología que tomé prestada de

un estudio reciente (Pojomovsky et al., 2008) que me sirve como guía y me permite contrastar mis datos¹⁵.

Sobre un total de 30 casos, encontré que el 83,3% procede de un hogar conformado al menos por su madre y/o su padre o la pareja de alguno de ellos, lo que comprende una *familia conyugal*. El 63,3% de un hogar compuesto tanto por su madre como por su padre o su padrastro: una *familia conyugal completa*. El 26,6% de un hogar compuesto por su madre y su padre biológicos: una *familia conyugal completa sanguínea*. El 36,6% de un hogar compuesto por su madre y su padrastro: una *familia conyugal completa combinada*. El 20% de un hogar conformado por sólo uno de sus padres -salvo un sólo caso, en los restantes se trata de la madre-: una *familia conyugal incompleta o monoparental*. Y el 16,6% tiene un hogar de referencia compuesto por familiares no nucleares (tíos, abuelos, etc.).

Aunque, evidentemente, no es posible generalizar a partir de estos datos, vale la pena reparar en el hecho de que no difieren demasiado de los relevados por Pojomovsky et al.

	30 niños/as de La Cañada	1666 niño/as asistentes al Caina entre 1991 y 2003
<i>Familia conyugal</i>	83,3%	84,3%
<i>Familia conyugal completa</i>	63,3%	57,9%
<i>Familia conyugal completa sanguínea</i>	26,6%	29%
<i>Familia conyugal completa combinada</i>	36,6%	28,9%
<i>Familia conyugal monoparental</i>	20,0%	26,4%
<i>Hogar no conyugal</i>	16,6%	15,7%

La diferencias que se destacan son las relativas al modo en que se distribuyen las familias conyugales completas entre sanguíneas y combinadas (en el estudio de Pojomovsky et al. muestran una distribución pareja mientras que en mi caso observamos una mayor presencia de familias conyugales combinadas) y a una menor proporción en mi investigación de familias monoparentales.

¹⁵ La tipología de hogares de este estudio se basa en los criterios provistos por Torrado (2003) y se construye a partir de la información obtenida sobre un total de 1666 niños/as que transitaban por el CAINA entre los años 1991 y 2003.

Por otra parte, en aquel estudio las autoras comparan la conformación del total de hogares del país con la de los hogares de los niños en situación de calle y observa que mientras existen algunas diferencias (en los segundos es menor el peso de familias conyugales completas y mayor el de familias monoparentales y no conyugales) éstas dejan de ser notorias cuando se las compara con la conformación del total de hogares con necesidades básicas insatisfechas (NBI). Ello las lleva a la conclusión de que

...las diferencias halladas entre los hogares de donde provienen los chico/as que asisten al Caina y el resto de los hogares del país, no aluden a hogares raros o atípicos y por ende expulsores de niños hacia la calle, sino que se relacionan con la conformación de los hogares con pobreza extrema, y (...) sólo una pequeña proporción de niños/as procedentes de estos hogares se encuentran en situación de calle (Pojomovsky et al., 2008: 149-50).

Dada la correspondencia que en lo sustancial existe entre sus datos y los míos, podría hacerme eco de sus conclusiones. Sin embargo, existe una característica entre las familias de los niños en situación de calle que, por su recurrencia, no deberíamos subestimar: la mayoría son familias muy numerosas, hecho que las diferencia de las demás, aún de las familias pobres.

Familias numerosas

En mi investigación encontré que de un total de 35 niños de los que obtuve información el 17,1% tenía 2 o 3 hermanos; el 62,9% tenía entre 4 o 7; y el 20% restante entre 8 y 12. Nótese que el 80% tenía 4 hermanos o más. El promedio de hermanos era de 6 y el tamaño promedio de sus familias de 7,6 miembros¹⁶. En el estudio que anteriormente realicé en los barrios de Once y Constitución de la Ciudad de Buenos Aires encontré datos similares: de un total de 47 niños, el promedio de hermanos era de 6,8 (García Silva, 2008). Por su parte, Pojomovsky et al. muestran que el promedio de hermanos para el universo que analizan es de 5 y el tamaño medio de sus hogares de 6,9 miembros¹⁷. Así, el tamaño medio de los

¹⁶ Es necesario hacer dos aclaraciones: primero, tratándose de una muestra de pocos casos y existiendo dentro de ella hermanos de mismas y numerosas familias es posible que en el promedio esas familias se vieran sobre-representadas. Segundo, al calcular la cantidad de hermanos no se contempló el hecho de que cohabitaran de modo que, aunque los datos no dejan de ser ilustrativos, no podemos establecer con total precisión el tamaño de sus hogares.

¹⁷ En un censo de niños en situación de calle dirigido por Lezcano (2002) en la ciudad de Buenos Aires se encontró que el promedio de hermanos era de 5.3.

hogares de estos niños se muestra sensiblemente superior al del conjunto de hogares de la región metropolitana e incluso al de los hogares pobres que, según los datos de Siempro-Indec, en 2001 era de 3,4 y 4,3 miembros respectivamente. Esta dimensión común a una alta proporción de familias de niños en situación de calle demanda una interpretación, sin embargo, por el momento, disponemos de pocos elementos que nos ayuden a realizarla. En las investigaciones sobre niños de la calle, las características de sus hogares y sus familias todavía permanecen como un trasfondo oscuro de sus experiencias callejeras; su estudio es una tarea aún pendiente. Apenas podemos imaginar, valiéndonos de los aportes de la literatura especializada en temas de familia (Jelin, 1998; Wainerman, 2005; Sunkel, 2006), los problemas y las dificultades que estas familias deben enfrentar para desempeñar las funciones de cuidado y atención de un elevado número de miembros, en su mayoría niños, con condiciones materiales adversas y escasos recursos en un contexto de multiplicación de hogares monoparentales con jefatura femenina, de incremento de la tasa de participación de las mujeres en el mercado de trabajo -especialmente de las mujeres pobres- y de oferta insuficiente de servicios educativos y de cuidado para la infancia en los barrios pobres, origen predominante de los niños de calle.

Familias en condiciones de pobreza

Si se compara a los hogares de los niños de la calle con el total de los hogares con NBI es porque se da por supuesto que corresponden a esta clase de hogares. Según mis observaciones y registros, puede afirmarse que esto es cierto en la mayor parte de los casos. Los niños de La Cañada, en su mayoría, provienen de los barrios más empobrecidos del oeste del conurbano bonaerense, viven en viviendas precarias, sufren la carencia de servicios básicos y condiciones de hacinamiento. Además, los estudios demuestran que la gran mayoría de los padres o padrastros de los niños en situación de calle sufren graves problemas de inserción al mercado de trabajo: tienen bajas calificaciones, altos niveles de desempleo y dificultades de acceso al empleo formal¹⁸. Yo no abordé especialmente la cuestión, pero pude recoger información sobre la ocupación de 16 padres o padrastros de los niños de La Cañada y de 10 madres. La mayoría de los padres o padrastros (12/16), realizaban trabajos precarios; sólo tres tenían empleos estables, probablemente formales, y

¹⁸ Información sobre la situación laboral de los padres de los niños en situación de calle puede hallarse en Pojomovsky et al., 2008; Lezcano, 2002 y GCABA, 2008.

uno se dedicaba al delito¹⁹. Entre las madres, observé que una gran parte eran amas de casa (4/10) y las que trabajaban fuera del hogar lo hacían en ocupaciones marginales del sector informal (5/10). Una sola tenía un empleo formal de baja categoría en el municipio de La Cañada.

El impacto que genera la gravedad de la situación, sin embargo, suele hacernos pasar por alto que, aunque en franca minoría, también existen niños en la calle que no provienen de hogares con problemas graves de pobreza. Algunas familias de los niños de La Cañada vivían en casas de material, lo suficientemente amplias para albergar a todos sus miembros, con acceso a los servicios básicos, ubicadas en barrios céntricos de sus localidades. Recuerdo especialmente el caso dos hermanos, Alfredo y Nacho, de 14 y 11 años. Una vez el mayor fue detenido por un robo y en la comisaría, los operadores sociales y yo, nos encontramos con su madre. Nos sorprendimos por su apariencia. Su forma de vestir y de expresarse, distaba del perfil que esperábamos encontrar. De su cartera tomó una foto en la que podía verse a Alfredo y Nacho en una alegre escena familiar. Estaban sonrientes, junto a sus hermanos, frente a un chalet de tejas y enrejado en lo que parecía ser un barrio residencial. Vestían con jeans, camisas y zapatos. Costaba creer que se tratara de los mismos que a diario acudían a El Programa y recibían un especial seguimiento por su consumo de drogas y su compromiso con situaciones de riesgo. Según nos comentó su madre, era en la puerta de su casa, en ocasión del cumpleaños de uno de sus hijos. Luego, entre sollozos dijo no poder creer lo que ocurría, que a sus hijos no les faltaba nada, que fueron a colegios privados y tuvieron buena educación, que eran buenos alumnos y vivían en un buen barrio²⁰. Un análisis más profundo de la situación podría conducirnos a una reflexión sobre los recursos puestos en juego, y las representaciones sociales movilizadas, por esta madre en la presentación de su persona y su familia -por qué no sobre nuestros propios preconceptos- pero, por ahora, no viene al caso. Deseamos apenas mostrar que, aunque no tan comunes, estas realidades también existen. Si reparamos en ellas es porque

¹⁹ No es fácil discernir la relación que tienen estos padres o padrastros con el hogar de referencia de los niños. Es necesario advertir una vez más sobre la complejidad de sus experiencias familiares. Intentamos, en la lectura de nuestros datos, discriminar si se trataba de sus progenitores o sus padrastros y no llegamos a conclusiones precisas, intentamos ver si habitaban con las madres de los niños en un mismo hogar pero tampoco tuvimos éxito. No obstante, pudimos observar que quienes tienen ocupaciones formales son los progenitores de los niños y no conviven con sus madres en el mismo hogar.

²⁰ Observación realizada el lunes 26-01-2009 en la comisaría de La Cañada.

suelen quedar invisibilizadas y cuando menos, otros 2 niños más, entre los 45 que conocimos en La Cañada, procedían de hogares con características similares a estas.

Familias en condiciones de inestabilidad

Me interesa ahora poner sobre relieve un elemento que si bien es difícil de mensurar, según mi experiencia de trabajo en el campo, tiene una fuerte incidencia en los hogares de los niños de la calle: las condiciones de inestabilidad, social y familiar.

Por un lado nos encontramos con las situaciones de precariedad laboral y habitacional, las dificultades para asegurar bienes e ingresos, la carencia de redes de sociabilidad y protección social que los dejan en condiciones de gran vulnerabilidad e incertidumbre, por otro lado las sucesivas crisis y conflictos en sus estructuras familiares que van mellando sus relaciones.

Como ejemplo, vale la experiencia de Cela, una adolescente de 19 años, quien me contó que antes de instalarse en la calle en forma más estable vivió al menos en seis lugares diferentes y con distintas personas. Al principio en su casa, con su madre y sus hermanos, pero de allí fueron desalojados y debieron mudarse a la casa de su abuela. En ella vivieron durante un tiempo todos juntos, pero un conjunto de conflictos familiares la hicieron trasladarse un período a la casa de su vecina y más adelante a vivir, junto a un hermano mayor, en una pensión. La dificultad para cubrir los gastos fue motivo de peleas entre ellos y al cabo de un par de meses fueron expulsados por falta de pago. Cela empezó a frecuentar la calle, con excepción de algunos meses en los que residió en la casa de su padre y otros en la casa de su novia. Cuando yo la conocí llevaba dos años durmiendo en la calle en forma habitual, aunque solía retornar a veces a la casa de su abuela²¹.

Aunque en distintas formas y medidas, es normal que la trayectoria de vida de los niños en situación de calle se encuentre jalonada por fuertes cambios: migraciones, modificaciones en los núcleos familiares y convivientes, cambios de domicilio, o todo ello, lo que al sumarse a sus estadías en la calle, o a la intervención estatal definiendo sus pasajes por instituciones de albergue y de reclusión, desfavorece el afianzamiento de sus vínculos familiares.

²¹ Información obtenida a partir de registros institucionales, diversas observaciones y dos entrevistas en profundidad realizadas con Cela, una en la Plaza Principal de La Cañada (17-02-2009) y otra en la Plaza del Museo (13-03-2009).

En aquellos casos en los que las condiciones de inestabilidad no se vinculan de manera directa con las condiciones económicas, solemos encontrarlos -al menos como hecho detonante, porque en todos los casos es posible observar antecedentes de problemas familiares- con rupturas familiares traumáticas producidas a partir de la separación de los padres o la ausencia repentina de alguno de ellos. Tal es el caso de Alfredo y Nacho. Sus condiciones relativamente estables de vida entraron en crisis cuando su padre dejó el hogar. A partir de ello, su madre se deprimió, los abandonó durante un tiempo y luego mostró dificultades para contenerlos. O el caso de Gustavo, un niño de 18 años, que tras la muerte padre, experimentó el rechazo de su madre y sus hermanas adoptivas y cierto día dejó el departamento en el que vivía en un edificio céntrico de La Cañada para pasar a vivir en sus calles.

A modo de síntesis, podríamos señalar que en la mayoría de los hogares de los niños de la calle se conjuga la existencia de condiciones estructurales adversas con un número elevado de miembros, en su mayoría jóvenes, lo que aumenta las dificultades para satisfacer sus necesidades de subsistencia, cuidado y atención. Seguramente la combinación de fuertes cargas familiares con la insuficiencia de recursos eleva las probabilidades de que se produzcan tensiones y conflictos en el grupo familiar, de que algunos de sus miembros encuentren insatisfechas sus expectativas o decidan emprender “salidas” individuales. Sin embargo, también existen casos en los que las condiciones materiales desfavorables no son un factor determinante y otro tipo de conflictos familiares desencadenan el mismo efecto. Considerando el punto de vista de los niños sobre sus experiencias personales obtendremos una imagen más completa del problema.

Hasta cuándo se repetirá la historia

La inestabilidad social y la desestructuración familiar constituyen experiencias que se reiteran muchas veces generación tras generación. En algunos casos las trayectorias de vida de madres, padres, abuelos/as de los niños se caracterizan por una inserción marginal a las formas estables de participación institucional y por fuertes fluctuaciones familiares, a veces promovidas por traslados desde sus lugares de origen a núcleos urbanos en búsqueda de mejores condiciones de vida, otras por la disolución de sus lazos, por motivo de conflictos, separaciones, conformación de nuevos núcleos familiares, etc. En vinculación con ello, han ocupado un lugar importante en el relato ofrecido por algunas madres de los niños las experiencias de violencia doméstica y el abandono de sus parejas.

Resulta ilustrativa la experiencia de la madre de Martín, un niño de 11 años que frecuentaba la zona de La Cañada. Durante una conversación, en tono reflexivo, ella se preguntó “¿hasta cuando se repetirá la historia?”, como sintiéndose incapaz de conjurar un destino inexorable. Ella nació en el Chaco y a los 6 años su madre la dejó, quedando al cuidado de su padre durante un tiempo y luego a cargo de unos tíos que la golpeaban y la hacían trabajar. A los 16 años decidió viajar a Buenos Aires en busca de trabajo y formó pareja con quien sería el padre de Martín y de sus otros 5 hijos. Al cabo de algunos años, agobiada por los maltratos que su marido, un hombre alcohólico, le profería, dejó su hogar y a sus hijos y vivió un tiempo en situación de calle (entonces Martín tenía 2 años). Cuando pudo establecerse en un lugar fijo, intentó llevar a sus hijos a vivir con ella pero no lo aceptaron. Martín la visitó en algunas oportunidades y a los 6 años comenzó a escaparse de la casa de su padre para encontrarse con ella. Un día se perdió, lo encontró la policía y lo remitió a un juzgado que determinó ingresarlo en un “hogar”. Allí permaneció dos años. Recibía la visita de su padre los domingos y de su madre los días sábados. Egresó cuando ella consiguió su tenencia legal y la posibilidad convivir a solas con sus hijos en su antigua casa. Transcurrido un año, volvió a frecuentar la calle y, conforme fue pasando el tiempo, por períodos cada vez más prolongados²².

LAS VIVENCIAS PERSONALES

Salvo raras excepciones, no pregunté a los niños de manera directa por los motivos o las razones por las que dejaron sus casas o permanecieron en la calle. Es un problema lo suficientemente complejo y delicado como para tratarlo de ese modo. Un problema complejo, entre otras razones, porque la mayor parte de los niños no deciden irse de una vez y para siempre. Los estudios (Lucchini, 1999; Pojomovsky et al., 2008) muestran que se trata de un proceso compuesto de idas y vueltas, de sucesivas alternancias entre la casa y la calle. Por lo general, los períodos de permanencia en la calle aumentan su duración con el paso del tiempo si los niños van desarrollando relaciones, aptitudes y recursos para desenvolverse en el entorno callejero (a ello contribuye fundamentalmente la incorporación en grupos de pares, pero también puede colaborar la intervención estatal, ya sea por vía de

²² Información obtenida a partir de registros institucionales y diversas observaciones.

la asistencia o la represión, como consecuencia no deseada) y si ellos y sus familias naturalizan su situación o si se profundizan los conflictos que las suscitan. La pregunta de por qué se fueron de sus casas sigue ligada a una noción de la partida como un acontecimiento puntual y, de algún modo, niega el proceso en que se inscribe. Los niños, bien podrían lamentarse como el autor del tango: “Alguien dijo una vez que yo me fui de mi barrio/cuándo, pero cuándo si siempre estoy llegando...”²³ Aunque abandonen sus hogares y los vínculos familiares se distiendan por efecto de las distancias y las ausencias, éstos no dejan de tener centralidad en sus vidas ni de producir efectos²⁴. Por el contrario, siguen ejerciendo fuertes influencias y constituyen referencias siempre presentes a las que los niños vuelven la mirada para reconocerse, para forjar su identidad y dar sentido a su vida y sus acciones. Una vez tuvimos con Fede, de 16 años, una conversación curiosa: me dijo que le gustaría hacerse invisible para observar lo que en su ausencia pensaban y sentían por él. Le pregunté a dónde iría a observar y me respondió que pasaría unos 5 años en su casa (¿tal vez aquellos años que llevaba viviendo en la calle?) mirando cómo es todo cuando él no está²⁵. Evidentemente, en relación a su familia se encontraban sus mayores interrogantes. Otra vez, en vísperas navideñas, intercambiamos con el grupo de niños unas tarjetitas que ellos vendían para las fiestas, escribiendo en ellas deseos para el año próximo. Pedrito, de 14 años, escribió en la suya: “que mi familia no me olvide”. Sus pares parecieron comprender rápidamente su sentimiento; en forma inmediata y contenedora les respondieron entre palmadas: “¡no te van a olvidar Pedrito!”²⁶

Si exponerlos a la pregunta de por qué se fueron de sus casas es también un problema delicado es porque los pone de cara a experiencias dolorosas y traumáticas que los obligan a un espinoso trabajo reflexivo, cargado de sentidos ambiguos, en el que ponen en juego elementos muy significativos de sus historias e identidades familiares y personales.

Mi estrategia ha sido la de intentar captar, por vía de las observaciones y las entrevistas, todo lo que los niños pudieran referir acerca de los procesos de alternancia entre sus casas y la calle (y también todo lo que pudieran hacer en relación con ellos, dado que a la mayoría los he visto realizar estos recorridos en reiteradas oportunidades). Presté especial atención

²³ Versos del poema “Nocturno a mi barrio”, de Aníbal Troilo.

²⁴ En este sentido, no es sorprendente que algunos niños, aún cuando pasen largas temporadas sin regresar a sus casas, al referir a sus familias lo hagan en tiempo presente y en primera persona del plural: “nosotros somos...”, “nosotros hacemos...”, etc.

²⁵ Observación realizada el jueves 29-01-2009 en la oficina de El Programa.

²⁶ Observación realizada el martes 23-12-2008 en la Plaza Principal de La Cañada.

al modo en que reflexionaban sobre sus experiencias familiares y las ponían en relación con sus experiencias callejeras así como también a las razones que aducían para dar (y darse) cuenta de los motivos que los impulsaban a irse de sus casas o a no regresar a ellas²⁷. Intentaré ordenarlas a partir de las dimensiones principales que emergieron en el análisis del material.

La pobreza: “no teníamos nada”

Fede tiene 12 hermanos y se refiere del siguiente modo a su infancia en uno de los barrios más pobres de su localidad:

...nos íbamos a dormir y por ahí ni una taza de mate cocido nos tomábamos. Nos acostábamos a dormir sin comer, nos levantábamos no desayunábamos, nada. No teníamos nada, y después a medida de los años nosotros, bueno, empezamos a crecer más o menos, calculale que a los 6, 7 años y ya me empezaba a escapar de mi casa con mis hermanos. Empezábamos ahí, pedíamos en todos los locales del barrio, y al fin y al cabo después teníamos para comer a la tarde, a la noche, todo gracias a lo que pedíamos.

Le pregunté por su primer recuerdo y me respondió: “cuando apenas ponían el asfalto, no en la cuadra donde yo vivía, en la otra esquina. Para todos lados donde mires era todo calle de tierra”²⁸.

Pretendí dejar en claro la importancia de considerar las condiciones socioeconómicas como razones fundamentales para comprender la salida de los niños a la calle. La pobreza, las dificultades que encuentran sus padres para acceder a trabajos protegidos, la precariedad de sus viviendas, la falta de acceso a servicios básicos, el hacinamiento, la deficitaria oferta de instituciones educativas, recreativas y de cuidado para la infancia en sus lugares de origen son las experiencias comunes de muchos de los niños que terminan por integrar la calle a su mundo de vida. Pero ¿por qué la calle?

Probablemente se reduzcan las alternativas para niños de familias con pocos recursos, signadas por la inestabilidad, que viven en barrios donde la organización institucional es pobre y las redes comunitarias se encuentran debilitadas. En muchos de sus hogares la calle

²⁷ Una operadora social me sugería que la decisión de muchos niños no pasa por irse de sus casas sino más bien por no regresar a ellas.

²⁸ Entrevista en profundidad con Fede realizada el viernes 26-06-2009 en la Plaza Principal de La Cañada.

no es una experiencia extraña. Sus casas, lejos de constituir esos espacios imaginados por los ideales burgueses -lugares de certidumbre y de reposo, de intimidad y de vida privada-, no gozan de las seguridades y comodidades que invitan al repliegue en su interior. Muchos son los niños que frecuentan la calle desde muy pequeños y buena parte del día lo pasan en ella; solos, con hermanos o amigos jugando, descubriendo los confines del barrio, haciendo líos, recorriendo a pie o en bicicleta las distancias que se abren entre sus casas y sus escuelas o lugares recreativos. Como demuestra el relato de Fede, muchos se familiarizan con ella por la necesidad de realizar actividades económicas para contribuir al sustento familiar. Salen a la calle a hacer mandados, si es necesario a pedir o a trabajar a edad temprana²⁹. En tal sentido se ha señalado que los chicos no transitan de la casa a la calle sino más bien de la calle a la calle, de la calles de sus barrios a las calles de la gran ciudad (Shaw, 2002)³⁰. Este tipo de trayectorias, son comunes entre los chicos que conocimos. La familiaridad que tienen con la calle hace que muchos de ellos la avizoren como alternativa viable cuando la vida en sus casas no les resulta satisfactoria. Por último, no deberíamos subestimar el hecho de que muchos cuentan con la experiencia de otros, hermanos y amigos (según el estudio de Pojomovsky et al. el 37% de los niños tienen algún hermano en situación de calle), que pudieron mostrarles el camino, animarlos a emprenderlo, servirles como guía u orientación a la vez que como recurso para el sostenimiento de su propia experiencia callejera.

Ahora bien, en lo cotidiano, no suelen aludir a sus condiciones económicas para explicar las razones que los mantienen distanciados de sus hogares. Si bien las asocian a su propia condición de vida (porque comparten con la mayoría de sus pares la experiencia de

²⁹ Estas circunstancias tienen impactos diferenciales según los géneros. Como ha sido demostrado en varias investigaciones (Ver Gentile, 2008), es mayor la presencia de varones que de mujeres en las calles y ello se vincula con ciertas formas de socialización diferencial. Ellas suelen dedicarse más que los varones a las actividades domésticas y al cuidado de los hermanos, lo que las retiene en los límites del hogar, a la vez que cargan con exigencias morales que, por razones de reputación y de cuidado, restringen su salida a la calle (deben ser “chicas de su casa”); obligaciones que no tienen la misma presencia entre los varones, quienes suelen salir a la calle en mayor medida, ya sea por motivos de supervivencia o diversión.

³⁰ Una investigación reciente sobre la situación de la infancia y la adolescencia realizada por el Observatorio de la Deuda Social Argentina de la UCA (2010), aporta interesantes evidencias sobre la relevancia desigual de la socialización barrial y la escolar entre los niños de distintos estratos sociales. El estudio demuestra que los niños de los estratos socioeconómicos más bajos pasan más tiempo en la calle que los de los estratos socioeconómicos más altos y, a diferencia de éstos, establecen relaciones de sociabilidad más fuertes con los niños del barrio que con los de la escuela. Sus datos indican que el 18,5% de los niños entre 5 y 12 años del decil socioeconómico más desfavorecido juega “fuera de la casa (vereda, baldío)” contra el 6,3% del decil más favorecido. El 61% de ellos juega con amigos del barrio y el 17% con amigos de la escuela, mientras que en el decil más alto, la relación se invierte: el 22,5% juega con amigos del barrio y el 64,4% con amigos de la escuela. En los adolescentes de 13 a 17 estas diferencias se profundizan todavía más. El 40,4% del decil más bajo pasa su tiempo de ocio “fuera de la casa (vereda, baldío)” contra apenas el 4,7% del decil más alto. El 75,1% establece relaciones con amigos del barrio y el 13,1% con amigos de la escuela, mientras que en el decil más alto el 20,9% con amigos del barrio y el 62,3% con amigos de la escuela.

pobreza, porque no son ajenos al discurso dominante que la vincula a la condición de calle, porque reconocen haberse familiarizado con ella por la necesidad de desarrollar estrategias de supervivencia) no es común que reconozcan las relaciones o las mediaciones que existen entre estas condiciones y su propia decisión de irse de sus casas. En este sentido, es para ellos más evidente y significativa, la experiencia de sus conflictos familiares, entre ellos la violencia.

La violencia familiar: “yo ya quería crecer (...) que me dejen de pegar”

La violencia es un término polisémico que sólo puede definirse en relación al contexto cultural en el que adquiere su significado (Isla, 2007; Miguez, 2008). Si aquí lo circunscribo a uno de sus usos dominantes para referir al uso de la fuerza o a la amenaza de su uso produciendo un daño o una imposición sobre un tercero, puedo afirmar que es normal que en los hogares de los niños se experimenten situaciones de violencia. Cuando la violencia se emplaza en sus hogares, suele circular en diversas direcciones: entre los padres, entre padres e hijos, entre los hermanos. Muchos chicos de la Cañada nos informaron haber sido en forma variable víctimas, victimarios y/o testigos de situaciones violentas.

Fede me contó que deseaba crecer y tener autonomía para que su madre dejara de golpearlo:

Y yo veía, yo decía una cosa, por qué mierda no crecía rápido, yo ya quería crecer cosa de hacer lo mismo que mi hermano, que me dejen de pegar todo, porque yo era chiquito y ellos no cobraban, esa era la envidia que le teníamos a los más grandes que ellos no cobraban y nosotros sí. Bueno, y hoy día ya crecí y no sé, ya es diferente, porque ya mi vieja no es lo mismo, ya no me pega más como antes, antes me agarraba y me rompía todos los huesos. Ella me dejó de pegar cuando yo caí en un Instituto y me las arreglé solo³¹.

También dijo que su madre y su padrastro lo hacían pelear con su hermano, apostaban al ganador y los separaban antes de que se lastimaran demasiado³². Junto a este hermano, partió por primera vez a la calle:

Y por allá me voy con Emilio la primer noche a la calle y duré hasta como las 3 de la mañana más o menos calculale, y tenía miedo yo, tenía miedo de quedarme en la calle y ahí mi

³¹ Entrevista en profundidad con Fede realizada el viernes 26-06-2009 en la Plaza Principal de La Cañada.

³² Observación realizada el jueves 11-12-2008 en la oficina de El Programa y la Plaza Principal de La Cañada.

hermano no, lleváelo de vuelta pa casa. Y allá bueno, nos volvimos para mi casa y fue raro ese día, porque nos habíamos escapado y mi vieja no nos pegó, fue impresionante, llegamos a mi casa y no nos pegó. Agarró y le dijo a mi hermano el Juanca que nos haga una leche, nos dio un par de pan, que comamos y nos acostemos a dormir. Nosotros pensamos que nos iba a re cagar a palos³³.

Unas semanas después, su madre lo volvió a golpear. Entonces se “animó” a marcharse por varios días:

...después me animé más adelante, ya como mi vieja me empezó a pegar como a las 2 semanas más, por bardero*, allá yo le dije a mi hermano “bueno, vamos a escaparnos, no me importa nada”, y ahí pasamos las primeras noches en la calle³⁴.

Beto tenía 18 años cuando los conocí. Solía hacerle gracia llamar “mi familia” al grupo de niños y a los operadores de El Programa. Él también experimentó la violencia en su casa, entre sus padres y con sus hermanos. Una mañana, nos dijo recordando con angustia “sabés lo que es levantarte a las 3 de la mañana con los gritos y ver a tu viejo cagándola a palos a tu vieja, es muy feo...”³⁵, tras lo cual, cambió tajantemente de tema. Otra vez nos contó que no estaba en su casa porque tenía problemas con su vecino y con su hermano. Según nos dijo, un día consumió pastillas, peleó con este último y lo apuñaló³⁶.

Adrián, de 13 años, vio a su abuelo caer muerto por una bala de la policía en la puerta de su casa³⁷. En otra circunstancia, al regresar a su hogar tras pasar varios días en la calle, escuchó un griterío: su madre intentaba echar a su padrastro, según nos comentó, porque se encontraba drogado. Como se resistía, él tomó una cuchilla y lo amenazó de muerte: “te vas o te mato”, le advirtió, obligándolo a marcharse³⁸.

³³ Entrevista en profundidad con Fede realizada el viernes 26-06-2009 en la Plaza Principal de La Cañada.

* Se dice así de quien hace *bardo* o quien *bardea*. Quien altera el orden, arma problemas, líos, disturbios, comete excesos.

³⁴ Entrevista en profundidad con Fede realizada el viernes 26-06-2009 en la Plaza Principal de La Cañada.

³⁵ Observación realizada el martes 31-12-2008 en la Plaza Principal de La Cañada.

³⁶ Observación realizada el jueves 11-12-2008 en la oficina de El Programa y la Plaza Principal de La Cañada.

³⁷ Observación realizada el martes 04-11-2008 en el polideportivo de La Cañada.

³⁸ Registrado el día 10-11-08 en el legajo del niño.

Las experiencias de abuso sexual, aunque no suelen ser explicitadas por los niños, también son un tema de relevancia. A través de los agentes y registros institucionales supe de abusos efectuados contra los niños y de casos en los que niños abusados replicaban el abuso sobre sus hermanos u otros niños en instituciones de albergue o en la calle.

La violencia es un motivo importante para comprender por qué un niño no quiere permanecer en su casa. Los niños así lo entienden. Cela una vez me dijo “Como yo les digo a todos: loco, no los obliguen a ir a la casa porque por algo será que no quieren volver. Algo les tienen que hacer para que no quieran volver a su casa que es su lugar”³⁹.

Sin embargo, no debemos comprender el sufrimiento que les genera el acto violento como una experiencia exclusivamente física, algo así como una mera reacción mecánica a un estímulo exterior. En toda emoción existe una significación cultural.

La emoción no tiene realidad en sí, no abreva en una fisiología indiferente a las circunstancias culturales o sociales, y lo que habla en ella no es la naturaleza del hombre, sino sus condiciones sociales de existencia. Las emociones (...) son emanaciones sociales asociadas a circunstancias morales y a la sensibilidad particular del individuo (Le Breton, 2009, p. 111).

Los niños sufren cuando los golpean, cuando pelean con sus hermanos, porque los daños probablemente excedan sus capacidades de resistencia física pero también, como mostraré a continuación, porque no logran aceptar ni comprender por qué reciben violencia de quienes esperan protección, consideración, afecto. Atendiendo a sus relatos, noté que una dimensión central para comprender su sufrimiento y las respuestas que se traducen en sus partidas del hogar la constituye cierto sentimiento de rechazo, de indiferencia o desamor, dimensión, que, pese a su centralidad, suele permanecer ausente en los análisis sobre el tema.

La percepción de rechazo o indiferencia: “yo me corto desde que soy re chiquito y recién a los 15 años, a los 15 años, mi mamá me preguntó qué eran esas marcas”

El sentido de la vida, de la propia existencia y su valor, no se realiza en soledad sino en vinculación con los otros, especialmente con aquellos que constituyen las referencias más

³⁹ Entrevista en profundidad con Cela realizada el viernes 13-03-2009 en la Plaza del Museo de La Cañada.

cercanas y significativas. En este sentido, el grupo familiar, el entorno de la socialización primaria, constituye el espacio de relaciones sociales más importantes en la vida de una persona porque, como nos han enseñado Mead (1973) o Berger y Luckman (2006), es allí donde se sientan las bases para la formación de la identidad personal. La familia constituye el ámbito primario en el que se modela la subjetividad. Las relaciones que los niños establecen con sus padres y sus hermanos contienen una gran carga emocional y conforman un primer espejo donde reflejarse a sí mismos. Su existencia (sus pensamientos, sus acciones, sus sentimientos) adquiere progresivamente sentido en ese juego de proyecciones con sus seres más significativos en el plano de lo afectivo. El sostén y el reconocimiento que reciben de ellos resultan recursos centrales para hallar sentido y seguridad en el valor de su propia vida, pero si la imagen que les devuelven se distancia, poco a poco, de sus propias expectativas se produce un desajuste que experimentan con agudo malestar. En el seno de una cultura que asigna al espacio familiar, y muy especialmente a la función materna, los valores de la pureza y la incondicionalidad en el afecto y el cuidado, los niños que conocí experimentan fuertes discrepancias y conflictos entre las expectativas que elaboran y sus percepciones acerca del apoyo y la aceptación que reciben en sus hogares. Estas incongruencias amenazan la coherencia de sí mismos y los impulsan a tomar medidas al respecto. La partida a la calle es una de ellas. Los niños la experimentan como una suerte de evaluación y demanda de presencias afectivas, de límites, cuyos resultados, si no les satisfacen, los retienen en la calle y los conducen a inscribirse en nuevos círculos de pertenencia y reconocimiento que les permitan, de este modo, afirmar algún sentido de sí y de su propio valor acorde a sus expectativas culturales y a su sensibilidad individual.

Un fragmento de mis notas de campo servirá para sostener lo que afirmamos:

Vísperas navideñas. Los chicos, sentados en círculo, empezaron a picar una piedra de marihuana. Armaron un porro* y se pusieron a fumar. Fede me dijo si podía hacerme algunas preguntas. “Con todo gusto”, le respondí. Me preguntó desde que edad yo tenía recuerdos. Le dije que tenía algunos recuerdos a partir de los 3 o 4 años. Me preguntó por mi niñez y mi familia. Le respondí que fue feliz, que tengo 4 hermanos, que teníamos una familia buena en la que nos queríamos y estábamos bien. Sin mediar pregunta, él se lanzó a contar de sus 12 hermanos y los conflictos de su niñez. Contó con cierto resentimiento y padecer que su madre los golpeaba mucho. “Nos pegaba con un cinto”, “remojava un palo

* Cigarrillo de marihuana.

en un balde de 20 litros y nos daba con eso”. Dijo que su madre los mandaba a la escuela pero que a veces, como tenían marcas o moretones, preferían no ir para que no la denunciaran a la policía. Cela reflexionó en tono moralizante: “no se le puede pegar así a un hijo”, “no sé para qué tienen hijos, por tenerlos nomás”. Fede agregó “los tienen porque les gusta cojer”. Y así siguieron quejándose y reaccionando contra el maltrato que los padres daban a sus hijos. Fede dijo que su hermano una vez denunció a su mamá. Pedrito contó que su mamá también los cagaba a palos y su hermano también la denunció. Cela arremetió entonces contra su madre. Dijo que ella se preocupó solo por su hermano mayor con problema de adicciones y a ellos nos les brindó suficiente atención, que ahora él está bien y ellos mal. Dijo que este último año estuvo bardeando para que su madre la viera, para que viera lo que es estar en la calle, estar mal, y sin embargo no pudo llamar su atención ni obtener su cuidado. “Todos los días pasaba mi vieja por La Cañada, todos los días y nunca hizo nada”. “Cuando tuve bronquitis, nada, me traía ella los remedios, me veía ahí y no hacía nada”. Fede contribuyó contando la falta de atención y presencia de su madre. “Mi vieja no me llamaba nunca ni me venía a ver al instituto [de menores], un año y medio estuve yo y no se ocupó nada de mí. Yo la tenía que llamar para escucharle la voz”. Contó que cuando era más chico y salía a robar, su madre se hacía la desentendida, no reaccionaba, no le decía nada. Se miró el brazo, sus cicatrices, y dijo “yo me cortó desde que soy re chiquito y recién a los 15 años, a los 15 años, mi mamá me preguntó qué eran esas marcas”. Leandro se sumó a la reflexión: “es que a veces no se quieren dar cuenta, lo saben pero no lo quieren ver. Yo tengo mi casa ¿no? pero también la pasé, salir a robar, todo”. Cela dijo que a los 12 años ella fue a robar un coche con unos amigos más grandes y le pidió perdón al dueño del auto: “discúlpame, si algún día pudiera te lo devolvería pero lo tengo que hacer”. Le dieron un cachetazo: “dale, cállate, venimos a robar”. A todo esto Pedrito permaneció sentado al lado mío tomándose la cabeza con las manos y mirando el suelo. En un momento le palmeé la espalda como brindándole contención. Luego, Fede y Cela se quejaron de la responsabilidad que sus madres cargaban sobre sus amigos. “Las juntas, las malas juntas, te dicen... ¿qué malas juntas?” plantearon indignados y devolviendo la responsabilidad sobre sus padres. Entonces resaltaron el valor de su grupo de amigos: “Las malas juntas, sí la junta capaz que te arruina, es cierto, que te dan un porro, una bolsita, pero ¿quién no hace eso? Ahora, ¿cuando yo me corté, cuando Paola se fue, cuando estuve mal, quién estaba? Las juntas estaban. Mis amigos estaban”⁴⁰.

⁴⁰ Observación realizada el martes 23-12-2008 en la Plaza Principal de La Cañada.

Una vez que los niños han iniciado el proceso de alternancia entre sus casas y la calle, conformado otros núcleos de pertenencia y se han ido reafirmando desde otros espacios relacionales, no es extraño que sus vínculos familiares vayan progresivamente deteriorándose. En ello incide no sólo la aceptación creciente de los niños y sus familias de la situación, sino también el desencadenamiento de recriminaciones recíprocas que producen nuevos y sucesivos roces y tensiones entre ellos. Los niños, conforme van desarrollando su vida en la calle, suelen involucrarse en un conjunto de problemáticas que suelen impactar sobre sus familias. El ser demorados por la policía, el vincularse con programas sociales, el ser “encarcelados” o el sufrir diversos accidentes suele obligar a sus padres a responder por ellos y asumir responsabilidades ante la situación que, en circunstancias, genera malestar entre sus familiares. A su vez, la distancia que mantienen con sus hogares, la falta de contribución con las necesidades de la reproducción familiar, el malestar que generan con su ausencia, pueden ser motivos de enconos. Es normal que al principio del proceso de alternancias, sus padres y hermanos se preocupen por ellos, los busquen para que regresen a sus casas e intenten evitar que reiteren sus partidas o que ante experiencias de encierros en institutos los visiten y se encarguen de resolver los trámites correspondientes pero que con el paso del tiempo y la repetición de estas situaciones, su voluntad se desgaste y vayan implicándose cada vez menos. Según Mariana, la primera vez que “cayó presa” su padre la visitaba, pero la segunda dejó de hacerlo. Ella opinaba que era mejor así porque, de lo contrario, “le sacaba todo en cara” y ella también le reprochaba ser “un borrachín perdido”⁴¹. Otros niños expresaron situaciones y palabras similares: “volvés y te tratan re mal”, “te sacan todo en cara”, “para sacarles en cara a ellos yo tengo una lista que llega de Morón a Merlo y todavía más”, nos dijo Fede⁴². Coco, un adolescente de 18 años que pasó más de una década viviendo en La Cañada, me contó que al pasar las fiestas con su familia se dio cuenta que lo tenían “muy olvidado”. “Corte que no brindaban conmigo, mis hermanos brindaron todos con ellos, menos yo (...) me echaron aparte pero les dejé las cosas que yo traje para compartir, las sidras, los vinos, todo”⁴³.

En esta experiencia de diálogo permanente con sus familias, de oscilación entre sus casas y la calle, la relación con la madre constituye uno de los vínculos más fundamentales. Aún cuando les confieren responsabilidades por la situación que atraviesan o les reclaman su

⁴¹ Observación realizada el jueves 08-01-2009 en la oficina de El Programa.

⁴² Observación realizada el martes 31-12-2008 en la Plaza Principal de La Cañada.

⁴³ Entrevista en profundidad con Coco realizada el jueves 25-09-2008 en un bar de La Cañada.

falta de reconocimiento y atención, casi todos mantienen con ellas un vínculo afectivo muy intenso.

Coco, que pasó la mayor parte de su vida en la calle y a distancia de su madre, al enterarse que ella había enfermado me aseguró: “si me falta mi vieja yo me muero”⁴⁴. Cela, que expresaba tener infinidad de problemas con su madre, se mostró muy consternada cuando la internaron por una enfermedad. Entonces me dijo que temía por su vida, que se dispondría a juntar dinero y procuraría mantenerse su lado para ayudarla⁴⁵. Fede se encontraba siempre tensionado entre el amor y el resentimiento que sentía hacia su mamá. Cuando supo que ella debía someterse a una intervención quirúrgica estaba muy orgulloso de haberla llamado por teléfono y ser el primero, entre todos sus hermanos, que obtuvo esta información⁴⁶. Evidentemente, en ocasiones como estas, para muchos de ellos es importante poder dar cuenta de su intención de estar presentes y brindar su apoyo. Fede un día antes de la operación de su madre se tatuó su nombre en uno de sus brazos⁴⁷. Algunos meses después, me pidió si podía enviarle unos mensajes desde mi celular. Yo escribí lo que él me dictaba. Guardo registro de aquel diálogo que me ayudó a comprender un poco más de su relación con ella:

-Qué te pasa ma? Estas nerviosa?

-Quién sos?

-Kirchner. Te acordas de mí? Gran cuñado. Estas nerviosa?

-Si no decís quien sos no contesto más

-Fede. Mañana voy a casa.

-Ese celu de quien es?

-De un amigo

-Gato pasame una tarjeta xq tengo 3 \$ solo dale copate

-A la tarde te mando una. Ahora no tengo.

⁴⁴ Observación realizada el lunes 26-01-2009 en la en la Plaza Principal de La Cañada.

⁴⁵ Observación realizada el jueves 02-10-2008 en la oficina de El Programa.

⁴⁶ Observación realizada el jueves 05-02-2009 en la oficina de El Programa y la Plaza Principal de La Cañada.

⁴⁷ Muchos de los niños realizan en sus cuerpos tatuajes con los nombres de sus madres o simplemente con la palabra “madre”, siendo esto un buen indicador de la centralidad de esta figura en sus vidas.

-Bueno dale. [Fin de la conversación]⁴⁸

Coco, me contó que a él le hubiese gustado estar más cerca de su madre pero no podía. Me explicó que, por su bien, ella le sugería que volviera a la calle.

...no podía quedarme porque me llamaba la calle (...) Me enfermaba. Mi mamá me dice vos estás enfermo porque no estás yendo a la Cañada. Anda que te va a hacer bien. ¿Estás segura vos?, le digo. Y tenía razón, llegué a La Cañada y ya me sentía bien⁴⁹.

Como lo observó Lucchini (1999), los niños le otorgan sentidos ambiguos y contradictorios a la relación con sus madres, pese a lo cual intentan resguardar su imagen. Si, por un lado, la relación deficitaria que mantienen con ellas, les permite explicar las razones por las que no se encuentran en sus casas, por otro lado anhelan conservar su afecto y procuran preservar una imagen de ellas que se encuentre en consonancia con las normas y valores socialmente dominantes y que les sirva como referencia -si es necesario aún auto-culpabilizándose- para conformar su propia identidad y aumentar el valor de sí.

Por otra parte, las tensiones que mantienen con sus madres también suelen ponerse en juego y activarse en los problemas que sostienen con sus padrastros y sus hermanos. Los niños me informaron sobre la incomodidad que experimentan cuando sus madres no interceden entre ellos y sus padrastros en situaciones de conflicto. La impresión de que sus padrastros se interponen en su relación con ellas, a su vez, les permite explicar la dificultad de consolidar un vínculo satisfactorio. Por su parte, la sensación de que sus madres tratan diferencialmente a ellos y a sus hermanos, o les expresan menos cariño, los angustia y los conduce a situaciones de conflicto que no logran tolerar y los impulsan a dejar el hogar.

Me volví a mi casa, lo que pasa es que mi casa era un re quilombo ¿viste? Mi vieja, con mi hermano. Mi hermano fue el punto final que dije acá exploté y me voy loco, y no quiero volver más. Porque no lo aguantaba ya ¿entendés? porque siempre era problema y era mi hermano, problema y era mi hermano, problema, mi hermano. Y llega un momento en que

⁴⁸ Transcripción de conversación por mensajes de texto de Fede con su mamá realizada desde mi celular el viernes 26-06-2009 en la Plaza Principal de La Cañada.

⁴⁹ Entrevista en profundidad con Coco realizada el jueves 25-09-2008 en un bar de La Cañada.

vos decís loco, ya me cansé de los problemas y por la culpa de este yo también la pago: no, ¿por qué? Y yo me fui. Y yo me iba siempre de mi casa⁵⁰.

Con sus padres y sus hermanos tienen relaciones diversas. En muchos de los casos observé una presencia paterna débil: padres ausentes o padrastros que no desempeñan una función afectiva ni de autoridad de relevancia. Entre hermanos suelen tener relaciones más estrechas. Algunos chicos me describieron este lazo sanguíneo como una suerte de vinculación trascendente y duradera, sin embargo muchos mantienen antiguos rencores y conflictos o marcan sus rasgos distintivos por diferencia de ellos (“yo soy el triple de peor que ellos”, “ellos salieron derechos”, etc.).

Vale agregar que los niños que han tenido relaciones adversas con sus familias y un buen día se lanzaron a las calles, no son niños fáciles de contener. A menudo, sus madres y sus familiares sostienen que son rebeldes, caprichosos, inflexibles y se sienten incapaces de contenerlos, darles lo que necesitan e inhibir su decisión de reincidir en sus partidas. El padre y la abuela de Alfredo y Nacho, solían ir a buscarlos a la calle y los llevaban de regreso a sus hogares pero no lograban retenerlos. En la casa de Martín por las noches escondían las llaves o su hermana dormía abrazada a él para que no se fuera.

En algunas ocasiones la variación en el vínculo de los niños con sus madres o abuelas introduce modificaciones en la relación de los niños con la calle. Martín puede darnos un buen ejemplo. Por su carácter distante y su indisciplina, su madre solía llamarlo “el señor”. El señor de 11 años una noche robó a un vecino que lo delató. Su madre se mostró fuertemente preocupada y expresó ante los operadores su temor de que lo apresaran, lo dañara la policía o los vecinos. Decidió pedir permiso en su trabajo para pasar unos días con él y viajar al Chaco, a la casa de uno familiares. En vísperas del viaje la relación cambió notablemente. Ella lo llamaba cariñosamente por su nombre y se mostraban afectuosos. Por entonces, Martín llamó por teléfono a El Programa y pidió hablar conmigo. Estaba alegre y mucho más conversador. Me contó sus intenciones de permanecer en su casa y me invitó a conocerla. Me resultó extraño, comenté a los operadores que parecía otra persona. Poco después, al día siguiente del regreso de su viaje, retornó a la calle y ya no tenía intenciones de que habláramos sobre el tema⁵¹. Algo similar ocurrió entre Nacho y su

⁵⁰ Entrevista en profundidad con Cela realizada el viernes 13-03-2009 en la Plaza del Museo de La Cañada.

⁵¹ Observaciones realizadas en La Cañada durante los meses de septiembre y octubre de 2008.

abuela. Esta última, comenzó a ir a buscarlo a la calle cada viernes, su día de franco, y cuando no lo llevaba de regreso a su casa lo acompañaba a una terapia para la recuperación de adicciones. Todos coincidían en el notable cambio de su conducta cuando estaba con su abuela: abandonaba su habitual postura revoltosa e intransigente para asumir una actitud más dócil y cariñosa. Más adelante, su madre se involucró en este proceso y pudimos observar lo mismo, dejó por unos días la calle y luego fue internado en una clínica de recuperación. No obstante el resultado tampoco fue el esperado: al poco tiempo Nacho había regresado a la calle, a sus comportamientos desmandados y a resguardarse en su carácter elusivo y resistente al diálogo⁵².

Pues bien, lo dicho hasta aquí nos permite asociar la partida de los niños con la percepción que tienen sobre sus vínculos familiares y con lo que he llamado un sentimiento de rechazo, indiferencia o desamor. También nos sugiere que elementos más personales, como la posición distintiva de un niño en su entorno familiar, su personalidad, su carácter tienen incidencia en el proceso y sirven para entender por qué sólo algunos niños, entre un grupo de hermanos, optan por esta salida. En este marco, tal vez sea posible comprender otros elementos subjetivos que motivan la partida y los niños suelen expresar en términos del “aburrimiento” que sienten en sus casas o el “gusto” que sienten por la calle.

El “aburrimiento” y el “gusto” por la calle: “me iba porque me encantaba la calle”

Algunos niños muestran una disconformidad con la vida que llevan en sus hogares que suelen expresar como aburrimiento. Por lo general, quienes así la describen suelen vivir en barrios alejados de las zonas céntricas, los centros comerciales y de circulación, con una deficitaria oferta institucional y recreativa en los que no encuentran actividades vinculantes y en hogares en los que, por alguna razón, no logran sentirse a gusto. Muchas veces, en estos casos, aparece en vinculación con ello la calle como un espacio de integración en el que pueden pasarla bien, emprender nuevas experiencias y divertirse. Por ejemplo, Hernán, un niño de 13 años, me explicó que se iba de su casa porque se aburría, no tenía nada para hacer ni con quien jugar. Sus padres trabajaban durante el día, sus hermanos mayores se habían ido al Chaco y el único que permanecía en su casa también salía a trabajar. Él, por ese entonces, no estaba yendo a la escuela ni realizaba otras actividades. Su madre intentaba llevarlo con ella a comprar verdura al mercado central pero él se resistía a levantarse tan

⁵² Observaciones realizadas en La Cañada entre los meses de junio y agosto de 2009.

temprano como ello le requería. Estando en su barrio su único interés era ir a jugar a los videos. En contraste, me comentó que le gustaba viajar, irse caminando solo y tranquilo y que anduvo por toda la provincia. Le pregunté cómo hizo para ir a tantos lugares. Tomando trenes y colectivos, me respondió. Dijo entonces que le gustaría irse lejos, “para arriba”, “salir del mapa”. Fantaseó con viajar en un tren de carga para conocer nuevos lugares. Alguien le sugirió la idea de seguir las referencias de un mapa pero él la rechazó, dijo que así no se aprendería los caminos⁵³.

Con Cela había desarrollado una gran confianza. Su lucidez y la particular sensibilidad con la que me explicaba, para que yo entendiera, algunos de los sentidos que guiaban sus acciones y las de los niños nunca dejaban de sorprenderme. En una entrevista decidí que podía ser directo con ella para preguntarle

-¿Y vos por qué te fuiste? ¿Por qué empezaste a agarrar la calle? Porque me decías que al principio eras re tranquila, re inocente, del colegio a la casa...

- Y porque me llamaba la atención... Cuando vos estás en tu casa y salís afuera y tu mamá te dice andá adentro, te querés quedar cinco minutos más jugando a la escondida afuera ¿o no? Y bueno, pasa lo mismo. Te querés quedar cinco minutos más y esos cinco minutos se te hizo un día, se te hizo dos, se te hizo tres, se te hizo cuatro, se te hizo cinco. Te das cuenta y pasaron dos meses. Y llega un momento que decís bueno, vuelvo a mi casa. Y es como pasa en todos lados. Lo probás, te gustó, querés volver. Y siempre vas a volver, y siempre vas a volver, y siempre vas a volver. Hasta que te rescatés de enserio y digas bueno basta, ya fue. Pero como le digo a todos: sí, yo me voy ahora a mi casa pero yo sé que voy a querer volver a La Cañada, es lo mismo. Y voy a querer volver, y voy a querer volver, como me pasa siempre. Porque yo hubo una época que estuve como dos años sin venir a La Cañada. Pasaba nada más por la plaza y me iba directo a mi casa. Así, pasaba nada más. Porque estaba trabajando, iba al colegio. Y después otra vez, cuando venís un día decís bueno, y bueno, y bueno, y otra vez, y otra vez... Y ahí te descarrilás, te bardeás, bardeás mal...

-Y entras de vuelta...

-Sí... Acá todo el mundo dice que La Cañada es la perdición de todo. Vos estás tranquilo, venís a La Cañada y bardeas, a todos les pasa, no sé por qué⁵⁴.

⁵³ Observación realizada el martes 12-08-2008 en la oficina de El Programa.

⁵⁴ Entrevista en profundidad con Cela realizada el viernes 13-03-2009 en la Plaza del Museo de La Cañada.

En el mismo sentido, Fede, me contaba que él una vez que se integró a la calle, encontró en ella una especie de placer:

Ya ponele que mi familia que no me encuentre ya no me importaba, eso era lo que más quería que no me encuentren. Si me encontraban me iba a querer matar. Porque me encontraban me llevaban a mi casa y me cagaban a palos y yo me volvía a escapar, era masoca, me iba porque me encantaba la calle⁵⁵.

Es cierto que en la calle los niños no encuentran solo malestar sino un conjunto de experiencias vitales que, más o menos inconscientemente, les atraen y a la cuáles les confieren sentidos positivos. Como decía un operador

Porque si nosotros pensamos que la calle solamente brinda carencias sobre el pibe o solamente la calle es igual a maltrato sobre el pibe estamos totalmente errados. Porque yo no creo que los pibes en su pensamiento, en su imaginario, salgan de una situación para buscar en otra totalmente peor⁵⁶.

LA “SALIDA” A LA CALLE COMO NECESIDAD Y BÚSQUEDA DE SENTIDO

Tras el recorrido que hemos trazado es posible regresar a la pregunta que le dio origen: ¿por qué los niños se distancian de sus hogares y permanecen en las calles? Intenté dar cuenta de diversas explicaciones, de las condiciones de sus lugares de origen y de un conjunto de circunstancias, razones y motivos a partir de los cuáles los niños comprenden y emprenden esta experiencia tan particular. No por casualidad o de otros de ejemplos, aludí al caso de Fede para ilustrar cada una de las dimensiones en las que reparé (la necesidad económica, la violencia, el sentimiento de rechazo, de aburrimiento o el gusto por la calle) al analizar las experiencias personales del tránsito a la calle. Lo hice para mostrar que no necesariamente son dimensiones excluyentes. No es sencillo saber si alguna de ellas es la dominante o sostener, como apunta Pojomovsky et al. (2008), que alguna funciona como detonante de la salida. Es muy probable que los niños, en sus relatos, aludan a unas o a

⁵⁵ Entrevista en profundidad con Fede realizada el viernes 26-06-2009 en la Plaza Principal de La Cañada.

⁵⁶ Entrevista en profundidad con Germán realizada el viernes 18-04-2008 en su casa, en la Ciudad de Buenos Aires.

otras según el contexto, el interlocutor, el momento vital en que se encuentran o el estado de la narración que van construyendo sobre sí mismos.

Si queremos encontrar una explicación para el problema, ésta deberá reunir o contener el conjunto de circunstancias que definen el distanciamiento de los niños de sus hogares y su permanencia en las calles, sin negar con ello la incidencia de factores estructurales, la presencia de configuraciones relacionales y afectivas específicas ni la existencia de expectativas y propósitos individuales. Sin pretensiones de resolver en forma definitiva esta cuestión, considero que la antropología cultural de Clifford Geertz y la sociología constructivista de Berger y Luckmann, nos ofrecen algunas pistas que pueden conducirnos en esta dirección.

Uno y otros se remontan a la tradición teórica weberiana cuando sostienen que el sentido de la acción y de la vida es un elemento constitutivo de la especie humana (Geertz, 2005, p. 20; Berger y Luckmann, 1997, p. 108). El hombre es una criatura de sentido, y ello significa no sólo que asigna sentido a su existencia, sino que no puede dejar de hacerlo. La significación de la experiencia es su condición natural pero también un requerimiento subjetivo insoslayable. Geertz (2005), en su texto “La religión como sistema cultural”, plantea que el hombre

...depende de símbolos y de sistemas de símbolos, y esa dependencia es tan grande que resulta decisiva para que el hombre sea una criatura viable, de manera que la más remota indicación de que no puede habérselas con uno u otro aspecto de la experiencia le causa la más viva ansiedad. (p. 96).

Introduce su argumento citando extensamente a Langer, y valdrá la pena que también lo hagamos:

(El hombre) puede adaptarse a cualquier cosa que su imaginación sea capaz de afrontar; pero no puede hacer frente al caos. Como la función característica del hombre y su supremo bien es la concepción y comprensión, su mayor espanto es el de enfrentarse con lo que no puede explicarse, con el “misterio”⁵⁷, como se lo llama popularmente [...] Por eso, nuestro bien más importante son siempre los símbolos de nuestra orientación general en la naturaleza, en la sociedad y en todo cuanto hacemos [...] Por consiguiente, en una sociedad primitiva se incorpora un rito diario en las actividades comunes, como el comer, el lavarse, el encender

⁵⁷ Lo que aquí se traduce como “el misterio”, es “the uncanny” en el idioma original mientras que en otras traducciones (Ortner; 2005, p. 37) aparece como “lo ominoso”.

fuego, etc. así como en el ceremonial estricto, porque constantemente se siente la necesidad de reafirmar la moral tribal y reconocer sus condiciones cósmicas. (p. 96)

Luego prosigue:

Hay por lo menos tres puntos en los que el caos –un tumulto de hechos a los que les falta no sólo interpretación sino también la posibilidad de interpretación- amenaza irrumpir en el hombre: en los límites de su capacidad analítica, en los límites de su fuerza de resistencia y en los límites de su visión moral. El desconcierto, el sufrimiento y la sensación de una paradoja ética insoluble constituyen, si son bastante intensos y duran lo suficiente, radicales desafíos a la proposición de que la vida es comprensible y de que podemos orientarnos efectivamente en ella (p. 97).

Geertz sostiene que a dichos desafíos debe tratar de afrontar toda religión por primitiva que sea y que aspire a persistir. Nosotros agregamos que los mismos desafíos son extensibles a otras instituciones sociales que se articulan en la configuración de un sistema sociocultural (en el caso de las sociedades modernas, el estado, la familia, la escuela, el trabajo, etc.). Como señalan Berger y Luckmann (1997), las instituciones funcionan como reservas de sentido puestas a disposición de los seres humanos tanto para la orientación de sus acciones en situaciones particulares como para toda su conducta de vida.

Las reservas de sentido socialmente objetivado y procesado son “mantenidas” en depósitos históricos de sentido y “administradas” por instituciones. La acción del individuo está moldeada por el sentido objetivo proveniente de los acervos sociales de conocimiento y transmitido por las instituciones a través de las presiones que ellas ejercen para su acatamiento. En este proceso, el sentido objetivado mantiene una constante interacción con el sentido construido subjetivamente y con proyectos individuales de acción. No obstante, el sentido también puede ser adscrito –incluso, podríamos decir, sobre todo- a la estructura intersubjetiva de relaciones sociales dentro de la cual el individuo actúa y vive (Berger y Luckmann, p. 43).

Pues bien, ciertas condiciones de integración, institucionalización y estabilidad son necesarias para garantizar la consistencia del universo simbólico de los hombres. Como hemos visto, estas condiciones no son con las que nos encontramos en las experiencias de vida de los niños en situación de calle. Éstos se encuentran inmersos en procesos de

desintegración e inestabilidad social y las instituciones –particularmente la familia, en nuestro sistema cultural la más significativa “comunidad de vida”– fallan en su tarea de proveerles un marco de sentido capaz de orientar sus conductas, sus expectativas y su identidad con un suficiente grado de confianza; a tal punto, que se ven confrontados a los *límites de su capacidad de comprensión* (y por ende al *desconcierto*), a los *límites de su fuerza de resistencia* (y por ende al *sufrimiento*) y a los *límites de su visión moral* (y por ende frente a *paradojas éticas insolubles*), lo que en términos de Berger y Luckmann, bien podría concebirse como una fuerte *crisis de sentido*.

Las condiciones socioeconómicas adversas, la falta de recursos económicos y sociales, la ausencia de protecciones institucionales, obstruyen los canales de integración social de sus familias, confrontándolas a fuertes restricciones y exigencias a la vez que les impide la estabilización de sus experiencias. La violencia familiar los expone a circunstancias que no consiguen soportar, comprender u otorgar sentido. La sensación del rechazo o la indiferencia pone en riesgo la confianza en sí mismos, su propio valor, su consistencia subjetiva. Los sentimientos de aburrimiento en sus hogares son expresión de la desazón, la angustia, la insignificancia que los impulsa de salir en búsqueda de nuevas experiencias que le impriman un carácter renovado a sus existencias y que suelen expresar como el “gusto” que sienten por la calle. El aburrimiento o el sentimiento de rechazo, son formas de su *desconcierto*; la violencia, el maltrato, el abuso son formas de su *sufrimiento*. En estas condiciones vivenciales, el deseo irrealizable, las expectativas insatisfechas, que se traducen en la decisión de quedarse o irse, de regresar o no, de ser un niño como los otros o un chico de la calle, constituyen al fin, de manera más o menos reflexiva, *paradojas éticas insolubles* que acompañan a los niños permanentemente durante los extensos procesos de alternancias entre sus casas y la calle.

Si un número cada vez mayor de niños se encuentran en las calle es porque se han reducido los canales de la integración social y con ello las vías legítimas para reafirmar una existencia significativa o digna, una forma de la existencia a la que no es posible renunciar. A no ser que acontezca un radical derrumbamiento personal, la necesidad de sentido, a lo que podemos añadir la de dignidad personal, moviliza a los hombres y debe ser satisfecha. Si esta satisfacción no encuentra cauce en las vías tradicionales, procurará abrirse nuevos caminos. Se trate de una respuesta a la pobreza, a situaciones de violencia, al aburrimiento, en todos estos casos hay una necesidad y búsqueda de sentido. Se trata, como

oportunamente ha expresado Pojomovksy et. al (2008) en palabras de Dutschavsy y Corea, de “la búsqueda de un ‘poder ser’ en el borde de un ‘no poder’” (p. 79)⁵⁸.

Pues bien, si la partida de sus hogares se inicia como una búsqueda de sentido, esta búsqueda en la calle se les impone con la fuerza de una necesidad impostergable. Shaw (2002) dice que sobrevivir en las calles no es nada sencillo y que ningún niño podría hacerlo si tan sólo se percibiera como una víctima. Agreguemos que no le sería posible si no diera algún tipo de organización y significado a su experiencia.

⁵⁸ No hemos reparado en aquellos casos, en que los niños acaban en la calle por la ausencia repentina de sus padres (ya sea que nos encontremos ante una muerte accidental o un abandono). Estos casos, son los más extraordinarios. Pero aún allí, es posible reconocer la necesidad de hallar un nuevo sentido ante la experiencia de disolución del mundo conocido.

CAPÍTULO II

VIVIR EN LA CALLE⁵⁹

¿Cómo es la vida de los niños en la calle? Evidentemente, una pregunta tan amplia sólo puede responderse de manera parcial. Mi interés reside en conocer la trama de relaciones, prácticas y sentidos que configuran el mundo de vida de los niños en la calle, en explorar el modo en que los niños organizan y perciben su existencia cotidiana. Me pregunto ¿con quiénes y cómo se vinculan? ¿Qué hacen? ¿Qué piensan? ¿Qué sienten? Con el afán de responder a estas preguntas, me ocuparé en este capítulo de las relaciones, las prácticas y los sentidos que constituyen el grupo de pares, tal vez la forma de inscripción colectiva más importante que tienen los niños en la calle.

Cuando los niños demoran el retorno a sus hogares y comienzan a habitar el espacio callejero en forma relativamente estable, las relaciones que establecen con el grupo adquieren fuerte vitalidad y acaban por desempeñar funciones sociales y morales que los vínculos familiares no pueden desempeñar a la distancia. El grupo se convierte en un espacio de inscripción colectiva y de socialización en el que se incorporan valores y pautas de conducta. Ciertas prácticas grupales sirven para la organización de las experiencias cotidianas de los niños y cumplen importantes funciones de integración y significación social. Las aventuras, los entretenimientos, las peleas, los robos y el consumo de drogas se entremezclan en la vida del grupo mostrando facetas paradójicas, pues si por un lado responden a necesidades de supervivencia, protección y diversión, involucran relaciones afectivas y sirven a la afirmación de la dignidad personal, por otro lado, implican la exposición a severos riesgos (adicciones, heridas, enfermedades, detenciones, muertes). A través de un análisis de estas prácticas, busco retratar una imagen lo suficientemente vívida de las experiencias, las maneras de ser y de hacer que caracterizan a los niños de la calle.

⁵⁹ Una parte de lo que aquí se expone ha sido publicada en un artículo titulado “Cuerpo y riesgo en los niños de la calle” (García Silva, 2011).

LAS AVENTURAS, ENTRETENIMIENTOS Y AFECTOS

Es cierto que la calle encierra penurias y sufrimientos, que es un sitio peligroso en el que imperan las relaciones débiles y el anonimato. Pero no menos cierto es que en ella los niños logran construir un mundo habitable, lazos afectivos, una identidad.

Los niños suelen congregarse en los grandes centros urbanos, allí donde confluyen los medios de transporte, hay una circulación masiva de personas y mercancías y se ofrecen todo tipo de servicios. En estos lugares encuentran los recursos necesarios para su supervivencia (medios para desplazarse, oportunidades económicas, la asistencia de instituciones públicas y comunitarias, el favor de comerciantes, sitios para su descanso, su higiene y su alimentación) pero además allí descubren espectáculos, entretenimientos, hacen amigos, experimentan sensaciones de libertad, visibilidad y reconocimiento.

Los niños que conocí durante mi trabajo de campo casi nunca se dejaban ver como víctimas –aunque lo fueran- de circunstancias indeseables. Solían sentirse protagonistas de sus decisiones y muchas veces me dijeron que salían, iban o venían, a la calle “a joder”. Tal vez este modo de expresarse reflejara bastante bien la faceta de la vida callejera que me interesa resaltar aquí.

A la calle se puede ir “a joder”; es decir, a divertirse, a jugar, a rebelarse a normas y obligaciones, a portarse mal, a conocer gente. El deseo de “salir a joder” es un impulso que manifiesta una especial disposición a la aventura y a la sociabilidad. Independientemente de los prejuicios que acarrea, la calle da un objeto a ese deseo. Como advertía un operador social, en ciertas circunstancias, se convierte en una opción que resulta atractiva para los niños, llama su atención y aviva su imaginación.

Llama mucho la atención el tema de la calle a los pibes. Sobre todo en barrios que están totalmente lejanos de todo. Donde empieza a ir uno a La Cañada, vuelve al barrio y se empieza a llevar a otros amigos, entonces empiezan los pibes a pensarse desde otro lugar, que se yo, a salir a robar y poderse comprar las zapatillas que siempre quisieron y que jamás se la iban a poder comprar estando en la casa. Muy referido al consumo obviamente, al consumo no necesariamente de drogas, sino al consumo en general, a lo que ven en la televisión, a lo que les ofrecen y a lo que sinceramente en el barrio no van a poder llegar a tener nunca. Acceso, acceso a un montón de situaciones donde ellos en una hora pueden ser chicos y a la hora pueden ser adultos, pueden estar jugando con vos a la payana en la plaza y a la media hora se están tomando un vino, un pibe que tiene 10 años, y que ahí no hay alguien que le diga nada, o si se lo dice se lo dice un adulto que es el referente de la ranchada pero que no tiene el poder sobre ese chico ¿no? Entonces yo creo que es la búsqueda de un

montón de cosas, por un lado la salida de un ámbito violento puede ser ¿no? La salida de un ámbito que lo explota económicamente, la salida de un ámbito que lo maltrata y la búsqueda hacia algo superior, hacia algo mejor, y que en algunos casos yo creo que se alcanza. Porque un pibe que está en la puerta del shopping de Palermo, está en la puerta del shopping de Palermo. Está bien, está en calle, pero “paro en Palermo”. Y vivía en Merlo. Y el auto que ve en Palermo no le ve en Merlo. Aunque no puede tener acceso al auto. Tiene que ver con otras cosas ¿no? Con la imaginación del pibe, con la posibilidad de pasear por Florida y Lavalle. Los pibes no conocen un cine pero ni de casualidad y en calle pueden, que vayan o no después es otro tema, pero están en la puerta del cine y si hacen onda con el que están en la puerta los hace entrar, y van a los ciber, y conocen las chicas que están en el secundario. Por algo paran en La Cañada. Es un centro comercial. Donde hay plata, donde hay gente, donde están los funcionarios también, porque los pibes saben. Ese es el palacio municipal te dicen, y ahí está Joaquín el intendente y Antonio, el de Acción Social entonces digo... no hay que simplificar las cuestiones ni sobredimensionarlas⁶⁰.

Los niños que dejan sus casas y sus barrios guardan una relación muy especial con el espacio urbano. Son niños inquietos y curiosos que se movilizan en busca de nuevas experiencias y relaciones. Cuando encuentran lugares en los que consiguen armar un mundo de vida se identifican fuertemente con ellos y territorializan sus prácticas pero no por ello dejan de moverse de un lugar a otro. Una pequeña muestra del ánimo que los pone en marcha es que concurren a cualquier acontecimiento que les ofrezca una experiencia emocionante. En La Cañada, los he encontrado en recitales, actos políticos, exposiciones culturales (desfiles de tambores, ferias de las naciones), en casi todos los eventos públicos a los que concurrí en el plazo de mi investigación. Una tarde andaba solo por la calle y vi que una gran columna de humo negro se elevaba en el cielo. Parecía lejos pero me dirigí hacia allá con la certeza de que los niños se harían presentes. Al llegar me encontré con Coco apostado en primera fila. Él me informó que se estaba quemando un depósito de neumáticos. Luego divisé a Nacho y a Facundito. No fue difícil. Eran los únicos que se encontraban del otro lado de la cinta de seguridad que colocaron los bomberos. Cuando me retiré, eran al menos 3 o 4 chicos más los que se habían sumado al espectáculo⁶¹.

⁶⁰ Entrevista en profundidad con Germán realizada el viernes 18-04-2008 en su casa, en la Ciudad de Buenos Aires.

⁶¹ Observación realizada el viernes 16-01-2009 en una calle periférica de La Cañada.

En su vida diaria los niños encuentran muchas maneras de organizar el tiempo y darle color a la rutina. Las actividades que les proponen las principales instituciones y organizaciones de asistencia que actúan en la zona contribuyen considerablemente a ello. Organizadas en turnos, para no superponerse, les ofrecen juegos y talleres que los niños, de buen grado, realizan. En el marco de sus intervenciones, se encuentran, juegan al fútbol, realizan manualidades, dibujan, pintan, juegan juegos de mesa, aprenden a hacer malabares, teatro y otras tareas. Muchos de los niños sienten orgullo de estos aprendizajes. Fede disfrutaba enormemente de mostrar sus cualidades en los malabares o haciendo artesanías (campanitas y adornos hechos con papel glasé, relojes cu-cú y veladores con palitos helado). Muchos jugaban al ajedrez. Diego, un niño de 12 años, me contó que aprendió en la plaza con los ajedrecistas que cada domingo se reunían a jugar y que iría a la escuela de danzas de La Cañada, donde dictan clases, porque le faltaba aprender un poco más⁶². Coco, andaba siempre predispuesto a mostrar el cuaderno que llevaba en su mochila con apuntes, fotos, recortes de diario, materiales para hacer una revista, para su taller de radio o de teatro.

Para entretenerse inventan e improvisan juegos y travesuras. Los chiquitos eran especialmente creativos en ello. Los he visto pasar largos ratos intentando “pescar”, con una herramienta fabricada con una percha, las monedas que la gente perdía en las rejillas de los sumideros de una calle céntrica. Según Alfredo, especialista en la materia, la técnica era mucho más ineficaz que la de pedir monedas en la boletería, pero bastante más divertida⁶³. Los encontré jugando al carnaval desprejuiciadamente, corriéndose y tirándose bombitas de agua que inflaban en las canillas de la plaza⁶⁴. Los observé cazar palomas. Se acercaban con sigilo a un grupo de ellas y les lanzaban un pulóver o un buzo extendido, sobre el que caían con su peso intentando atrapar alguna⁶⁵. Cuando viajaban en tren o caminaban por la calle era normal que realizaran líos e infinidad de transgresiones a las normas dominantes de la interacción pública. En el tren se colgaban de las puertas y ventanas, gritaban cosas a los peatones, saltaban a los andenes. En la calle cruzaban entre los coches en movimiento y los tocaban. No era raro que alguno de ellos se subiera al paragolpes de un camión para dejarse llevar. Una vez caminé hacia la estación con varios de ellos. Al llegar, bordeamos los

⁶² Observación realizada el martes 09-09-2008 en la Plaza Principal de La Cañada.

⁶³ Observación realizada el martes 18-11-2008 en una calle céntrica de La Cañada

⁶⁴ Observación realizada el martes 20-01-2009 en la Plaza Principal de La Cañada.

⁶⁵ Observación realizada el martes 12-08-2008 en la Plaza Principal de La Cañada.

andenes que, ubicados a una altura superior de la vereda por la que caminábamos, estaban repletos de gente que esperaba el tren apoyada de espaldas contra las rejas. Facundito le dijo a Diego “vos los tocás y yo les hago el gato”. Entonces comenzó la diversión. Uno pasaba las manos cautelosamente entre las rejas y tocaba las piernas de los que esperaban y el otro, a voz en cuello, imitaba el maullido de un gato: ¡miauu! Se descostillaban de la risa con el sobresalto de los desprevenidos⁶⁶.

A grandes y chiquitos es posible verlos reunidos por los sitios donde deambulan, yendo y viniendo, saludando gente, descansando, pidiendo monedas o lavando los vidrios de los coches -en respuesta a una necesidad económica pero también como una forma de estar junto a sus amigos-, bebiendo en la plaza, en los bares de la estación comiendo, conversando, mirando tele.

El shopping y el “ciber” son los lugares predilectos de muchos de ellos. En el ciber pasan horas jugando a juegos en las computadoras, escuchando música, viendo películas, chateando. Según Tito, empleado en un ciber que frecuentaban, “algunos se traen su comida de Mc Donalds y cuando tienen mucha plata, gastan mucha plata en bebidas, helados, todo eso”⁶⁷. Hernán, que era fanático de los dibujitos animados japoneses, dedicaba largas sesiones a mirarlos en el portal *Youtube*. Un día me asombró cuando lo oí cantar *el rap de Dragon Ball*⁶⁸, porque era una muy extensa y complicada canción y, hasta donde yo sabía, él tenía importantes problemas de aprendizaje y atención. Me comentó que la escuchó en el ciber, imprimió la letra y se la aprendió⁶⁹. Cela destinaba su tiempo a actualizar su *metroflog*, un espacio virtual donde cargaba fotos que tomaba con su celular y se conectaba con amigos. Cito una de sus publicaciones con sus comentarios.

Cela@06-01-2009 dijo:

..... ** alta nochee la de anocheeee eh!!.....**

nos re matamos en el registros de las personas...

... haciendole el aguante a Mariana ...

= LA PASE RE PIOLITA,(me la tome toda ??)ja ja el qe estuvo sabe... lastima qe no

⁶⁶ Observación realizada el martes 09-09-2008 en la estación de trenes de La Cañada.

⁶⁷ Entrevista en profundidad con Tito realizada el miércoles 27-08-08 por vía telefónica.

⁶⁸ Se puede acceder a él en <http://www.youtube.com/watch?v=uMglcTSVHHU>

⁶⁹ Observación realizada el martes 19-08-2008 en la Plaza Principal de La Cañada.

lo disfrutan los demas... ah re ortiva no??

{{ bueno gente me voy llendo despacito y con estilo }}

Tu Y yOoo SiEmPrE...

Leandro@ 06-01-2009 dijo:

bueno Cela nada q puedo decirte? vos sabes q contas conmigo pa siempre aca tenes un amigo q te hace el aguante pa todo lo q sea y bueno ayer la pase re piola con vos y Mariana...y si la verdad q te la tomastes toda,y yo me la tome toda tmb? y Mariana tmb se la tomo toda? ja:p bueno Cela gracias x brindarme tu amistad y nos estamos viendo en el barrio y ya nos vamos a dar una alta gira vos yo y la Mariana los tres como anoche re dusrazno o no vos q decis??? bueno Cela hace poko q te conosco pero te quiero bocha y bueno vamos x muchas noches y tardes y mañana mas amigos x 100% aguante La Cañada
me voy despidiendo

aguante f.a

dama\$ grati\$ 100% negro cumbiero

La Cañada manda

pds: y el Fede tmb se la tomo toda:p jajajaja

nos vemos en la roche o en la san martin o en la mameluko
q seguro nos vemos no?

bueno me despido yo el Lean de La Cañada bya⁷⁰

Yo no me atreví a acompañarlos en sus salidas nocturnas, implicaba riesgos que no estaba dispuesto a asumir. Sin embargo, las conocí por sus relatos. Se juntaban en lugares públicos, salían de recorridas o “de gira”, como decían ellos. Se reunían en casas de

⁷⁰ Fragmento de una publicación de Cela en su metroflog, con comentarios de Leandro, del día martes 6-01-2009.

conocidos, los grandes iban a bailar. El alcohol y las drogas solían ser estímulos frecuentes en la realización de estas actividades. En ocasiones salían y robaban en grupo, peleaban y otras veces mantenían profundas conversaciones, hacían amigos o entablaban relaciones amorosas, cuando no varias de estas cosas juntas.

Orgullo y fama

La gran mayoría de los niños se ufana de conocer muchos lugares, personas y de vivenciar sucesos de interés que ocurren en el espacio público. Se enorgullecen, en pocas palabras, de su experiencia callejera. A veces compiten por demostrar quien “tiene más calle” (sabemos que ello equivale a tener vivencias y aprendizajes informales en contextos hostiles y de incertidumbre que brindan fortaleza, picardía, la habilidad de anticiparse, etc.). No obstante, no todos presumen de lo mismo. Ello depende de las formas de integración que valoran y del estilo de vida con el que se identifican.

Algunos niños que, como Coco, aprecian las formas de integración convencionales, relatan su orgullo de pertenecer a la vida comunitaria de La Cañada, el buen trato que mantienen con vecinos y comerciantes, el placer de conocer personajes importantes, políticos, artistas y deportistas.

En La Cañada tengo la vida. La verdad de La Cañada no me puedo ni quejar. La Cañada es adonde me levantó, adonde crecí. Me sacó adelante, en todas las cosas malas y buenas que pasé acá. La primera vez que entré en la cancha de La Cañada. Conocí a un par de jugadores. También el recuerdo que tengo de acá es cuando conocí al intendente. Me llevo re bien con el intendente. Está bien, hay gente que se lleva mal, no lo quiere. Yo me llevo re bien. Ojo, prefiero muchas veces al Zurdo que a Joaquín. Cuando pasa por al lado mío le digo eh Zurdo... Tiene dos hijas, espectacular. Rubias, son mellizas las dos, rubias con los ojos bien azules. Toda la familia de él, la esposa, los hijos, todos la cara de él, de él y la mujer. Acá en La Cañada conocí a la banda Las Pelotas, comí con el cantante de Árbol, con Pablo. Me tomé 25 cervezas con Diego Mujica de Tambo Tambo. Caímos presos los dos juntos, estuvimos detenidos. Se puso a cantar un par de temas ahí. Y a mí los presos me querían dar pero como estuve con Diego Mujica la zafe. Y después conocí al mejor amigo de Rodrigo, el Potro. Conocí al Turco Oliva, Cachumba, a la banda de mi hermano, Amar Azul. Conocí al Sebastián, al monstruo Sebastián, al Roña Castro, a Locomotora Castro. Cuando lo conocí a Pappo, me regaló un palillo y una camiseta, una remera negra. Mano a mano estuvimos los dos ahí hablando. Estaban armando el camión para cantar arriba y Pappo estaba tomando una cerveza sentado en una mesa al costado del camión y lo veo y le digo ¿quién toca acá?

Toco yo. ¿Qué tocas vos? Yo soy de la banda de rock and roll Pappo. Y me dio por pedirle una remera, me regaló una remera y un palillo. Conoció a la Tota Santillán. Me llevó a comer, todo. Lo encontré también en Moreno. Empezamos a hablar, me hizo entrar gratis al monumental. Entre junto con él, yo estaba arriba del escenario junto con él. Además yo dormía ahí donde está Mc Donalds, antes de que esté Mc Donalds. Ayudé al Mc Donalds, armé el Mc Donalds, me dejan dormir en la puerta del Mc Donalds. No tengo problemas con nadie, ni con la gente de Mc Donalds, ni con la gente de acá de la calle, con la gente que camina⁷¹.

Otros, que estiman las formas de integración vinculadas al delito, al uso de drogas o al arrojado de una vida al límite, mencionan orgullosos sus experiencias de contacto con este mundo.

Yo entro a la villa cuando quiero. La re conozco, desde los monoblocks a las casitas nuevas, los pasillos, todo. En un pasillo pintaron la cara de un pibe que lo mató la policía y todos le dejan cosas, firman, ¿viste? Ahí firmé. Además me conoce todo el mundo. Un tiempo estuve parando en la casa de una mina que es transa, pero que es re copada, re buenita, La Tana le dicen, y ella me hizo conocer a una banda de gente. A cada chorro, pero chorro, chorro bien. Acá también, conozco a todo el mundo, a los pibes de la hinchada. Con el Negro Cárdenas*, sabés cuántas veces estuvimos juntos⁷².

Ante un mismo hecho, es posible que los chicos destaquen distintas formas de participación pero, por lo general, todos encuentran goce en su protagonismo. Dos chicos me contaron que estuvieron presentes en un estallido social que ocasionó el incendio de trenes y de una estación en una localidad vecina, uno de ellos recolectando el aluminio que el fuego desprendió de los trenes, el otro tirando piedras a los policías que reprimían a la multitud pero ambos celebraron el hecho de haber salido en los canales de televisión⁷³. La visibilidad pública parece ser apreciada por muchos de ellos. Especialmente la que dan los medios de comunicación, con la televisión como figura principal. Un tarde le comenté a Gonzalito que en mi casa no tenía tele y se indignó. Me miró con desdén: “No, vos sos el peor, no podes no tener tele, sin tele no sos nadie”, me sentenció. Sentí recuperar mi

⁷¹ Entrevista en profundidad con Coco realizada el martes 20-05-2008 en un bar de La Cañada.

* Reconocido delincuente de la zona, preso por el robo de un camión blindado.

⁷² Entrevista en profundidad con Juano realizada el jueves 9-10-2008 en la Plaza de La Cañada.

⁷³ Observación realizada el jueves 19-11-2009 en la oficina de El Programa.

dignidad diciéndole que tenía una computadora con internet. “Ah, bueno, ahí va”, me exculpó. “Ahí te puedes mirar unas buenas pornos”⁷⁴. Una gran disputa se armó el día en que invitaron a los chicos a una radio local a contar sus experiencias. Sólo dos podían estar presentes en el pequeño estudio desde donde transmitían el programa pero muchos querían participar. No fue fácil que se pusieran de acuerdo. Finalmente fueron Fede y Cela. Sin prestar atención al hecho de que algunos de sus compañeros ingresaron a la radio por asalto y tuvieron que ser contenidos y expulsados, cuando regresaron se mostraron exultantes: “Acá llegaron los famosos”, bromearon ante ellos⁷⁵. A los chicos les atrae la idea de la fama, del reconocimiento, de construir una reputación. Varias veces los escuché quejarse de que otro quisiera “echarse su fama”, apropiarse de sus logros personales. La fama, una forma particular de la reputación, del respeto y la dignidad personal, puede adquirir diferentes sentidos y cargarse con distintos contenidos, pero casi todos le asignan un valor importante.

Amistad

La calle también es un espacio para la amistad. Con ciertos pares, los niños, además de compartir diversiones y entretenimientos, consiguen crear un mundo afectivo, procesar experiencias personales, construir fantasías e imaginar un futuro juntos. La referencia a ciertos amigos como “hermanos de calle” ilustra la intimidad del vínculo que liga a algunos de ellos.

Establecer relaciones con el grupo resulta necesario para la seguridad personal porque éste funciona como un factor protector ante las amenazas externas, pero las relaciones de amistad personal se convierten para muchos niños en los soportes de confianza y apoyo necesarios para poder abrir y compartir su intimidad, para dar cauce a sus necesidades afectivas. Cela, por ejemplo, tenía una relación muy sensible con Fede y con Leandro. Solían andar juntos, disfrutaban mucho de la calma y la conversación. Era una escena común verlos sentados en un lugar tranquilo de la plaza, fumando un porro, escuchando música en sus celulares mientras charlaban y reflexionaban largamente sobre su pasado, sobre los hechos que ocurrían en La Cañada, sobre las posibilidades que sus vidas les

⁷⁴ Observación realizada el jueves 23-06-2009 en la oficina de El Programa.

⁷⁵ Observación realizada el martes 28-04-2009 en la Plaza Principal de La Cañada.

abrían. Cela, en su *metroflog*, no perdía ocasión de expresar el cariño que sentía por su grupo de amigos.

para mi amigotes

~ ** ahora si hoy se lo dedico a mis amigos del alma qe con ellos la paso re bien todos los dias de mi vida, solo ellos estan y saben ayuadarme cuando realmente lo necesito,qe saben mas de mi de lo qe yo se,qe me hacen reir cuando lloro y me dan un abrazo cada vez qe sufro y por eso y mucho mas espero qe jamaz me falten qe por ellos doy la vida... ** ~

(Gabi, Nacho, Facundito, Fede, Oscar, Mariano, Martín, Pedrito, Alfredo, Guillermina, Mariana, Leandro, Manuel) de La Cañada.

SoMoOoSSS NoSoTrOoooSS!!!

LOS PIBES DE LA CAÑADA

Los re quiero a todos⁷⁶

Vale aclarar que la situación de Cela era bastante particular. Como ocurre con muchas niñas en situación de calle⁷⁷, exhibía rasgos acordes a los modelos dominantes de lo masculino. Ella procuraba vestirse y comportarse como sus pares varones, mantenía relaciones amorosas con mujeres y se involucraba en actos de riesgo que, como ha demostrado Bourdieu (2003), entre otras cosas, sirven para la demostración de la virilidad. Sin embargo, también mostraba una faceta sensible y emotiva con sus pares, más próxima a los modelos dominantes de la femineidad. Esta ambivalencia le otorgaba beneficios por partida doble. Por una parte, los niños la estimaban y compartían con ella todas sus actividades cotidianas y, por otra, le guardaban una especial consideración por encontrar en ella una presencia contenedora. Tal vez esa posición especial dentro del grupo le permitía reconocer y transmitir sin inhibiciones la importancia que las relaciones de amistad tienen en la calle y la centralidad del grupo como marco de contención y espacio para la manifestación de las emociones.

⁷⁶ Fragmento de una publicación de Cela en su *metroflog* del día viernes 30-01-2009.

⁷⁷ Para un análisis sobre la identidad de género en los niños y niñas de la calle remitirse a Gentile (2008) y Leonelli; Machado Rondinoni; Troncoso (2008).

Y en año nuevo estuvo Fede, Manuel, el Gabi, estaba el gordito Diego. Estaba Coco, Gustavo. Éramos una banda. Hicimos un asado allá, con ensalada rusa, todo ¿viste? La pasamos re piola, ahí sí que la pasamos bien, nos cagamos de risa, todo. Tenemos fotos ahí. Estoy en una con el Gabi que salió re piola, pero la cagó cuando agarró el vaso de cerveza y hacía que tomaba. En todas las fotos el Gabi hace que toma. No sé que le pintó, el borracho ahí. Me acuerdo que a las 12, cuando brindamos con Fede, los dos nos abrazamos y nos pusimos a llorar los dos juntos. Fue la primera vez que lo vi llorar a Fede, la primera vez que lo vi llorar... pero lloró todo mal loco. La primera vez que lo escuché llorar a Fede. Nunca, nunca, lo vi así como estaba. Porque me abrazó todo re mal, se puso a llorar todo re mal y yo también me puse a llorar todo mal. Lo único que me acuerdo llorando que me dijo “yo sé que llorás por Paola pero ya va a volver, esa piba te prometió que vuelve en febrero y vuelve” y yo lo miraba a Fede y le digo “guacho, yo sé porque vos llorás, ya te vas a arreglar con tu mamá guacho, no seas resentido.” Porque él estaba peleado en esa época con la mamá, si se vino para La Cañada otra vez, si él estaba en la casa⁷⁸.

Coco, también supo expresarme el valor de los amigos en la calle y me relató el asesinato de uno de ellos como una de las peores experiencias que guardaba en su memoria.

El peor recuerdo que tengo en la calle es que perdí a mi mejor amigo Chapu, perdí a otro amigo más. Hace años paraba conmigo, muchos años. Lo mataron el día que... atrás de la peatonal de La Cañada, por una equivocación que hubo... Lo bajaron mal. Por plata que debía el Chapu. Debía toda esa plata y le pegaron 3 tiros y 6 puñaladas⁷⁹.

Sin embargo, debemos reconocer que en un contexto de inseguridad generalizada y donde las formas de integración imponen difíciles exigencias emocionales, trabar vínculos de amistad no es un asunto tan sencillo. La historia de las relaciones afectivas de los niños está marcada por experiencias de conflictos y de rupturas y las relaciones que establecen en la calle llevan el sello de la inestabilidad. Aquí casi nada tiene el privilegio de echar raíces y perdurar. Nada es a largo plazo y, parafraseando a Sennet (2006, p. 22), este “es el principio que corroe la confianza, la lealtad y los compromisos mutuos”.

No es extraño que entre los niños surjan amistades repentinamente, que se manifiesten con ímpetu y que al tiempo se desvanezcan o den paso a celos y peleas. No obstante, por

⁷⁸ Entrevista en profundidad con *Cela* realizada el viernes 13-03-2009 en la Plaza del Museo de La Cañada.

⁷⁹ Entrevista en profundidad con Coco realizada el martes 20-05-2008 en un bar de La Cañada.

fugaces, los sentimientos que movilizan no se experimentan con menor intensidad. Al contrario, tal vez por ello, los afectos, los amores, las emociones se experimentan y expresan con singular fervor. Las cartas que los niños y jóvenes se escriben cuando alguno de ellos ha sido detenido, las canciones que les gustan y transcriben, las tarjetitas con frases sentimentales que intercambian en sus relaciones amorosas, los tatuajes que se hacen en honor de alguien, suelen demostrar vehemencia y expresividad. Si consideramos las contribuciones de Norbert Elías que demuestran la correspondencia que existe entre las estructuras sociales y las estructuras emotivas de los individuos, podemos pensar que allí donde hay integración y seguridad es posible y tiene sentido el dominio y la moderación de las emociones, mientras que en escenarios peligrosos y dominados por la incertidumbre, en los que no es posible prever el futuro,

es el presente inmediato el que da el primer impulso, cada vez que cambia el momento presente cambian las manifestaciones afectivas. Si el presente acarrea placer, se goza de este por entero, sin ningún tipo de cálculo, sin pensar en las consecuencias posibles que pueda tener en un futuro cualesquiera. Si el presente acarrea miseria (...) éstas han de sufrirse sin paliativos (...) Toda la atmósfera de esta vida insegura y escasamente calculable (...) suele producir (...) cambios rápidos desde la alegría más desenfadada hasta el abatimiento más profundo. (Elías, 1993, p. 456)

Por lo demás, hay que considerar que las diferencias de edades, personalidades y valores, definen variadas formas de relacionarse con el grupo y de hacer amigos. Algunos chicos comparten tiempo con los miembros del grupo pero no adhieren a las pautas generales de su comportamiento prefiriendo mantenerse al margen.

Vos fijate... los que se drogan y roban, están todos en la plaza de la estación. Yo solo estoy en la parte en la que puedo estar con toda la gente. Puedo estar en la Plaza Principal de La Cañada, puedo estar en todos lados. Vos vas a pasar un día, me vas a ver con Gonzalito como cualquiera de los pibitos. Viene cualquier patrullero y los echa a todos a la mierda. A ellos, a mí no. Los echa a todos a la mierda. ¡A ustedes no los quiero ver acá! Esta cuadra es de Coco que es el único pibe que no se droga⁸⁰.

El criterio de distinción que nos propone Coco y separa a los que se drogan y roban (a lo que podríamos agregar a los que se pelean) de quienes no lo hacen, no es un criterio para

⁸⁰ Entrevista en profundidad con Coco realizada el martes 20-05-2008 en un bar de La Cañada.

nada irrelevante. Estas prácticas, se parecen a los ritos de institución analizados por Bourdieu (1993) en el sentido de que consagran y legitiman diferencias entre los niños. Quienes no las realizan no pueden más que permanecer al margen de las principales actividades que sustentan la participación grupal y deben conformarse con unas pocas amistades o con los lazos que establecen con organizaciones sociales y vecinos. En su buen vínculo con ellos encuentran protecciones y recursos para su autovaloración. Ello les permite mantenerse a salvo de algunos de los riesgos y problemas que a diario enfrentan sus pares, pero los expone a su menosprecio y a la soledad que dejan los miembros de la “buena sociedad” cuando regresan, tras la jornada, a sus hogares.

Al contrario, quienes a través de estas prácticas, reivindican una identidad grupal, suelen mantener con sus pares relaciones más fluidas pero como éstas les exigen demostraciones de fortaleza y la competencia por posiciones de privilegio, no resulta sencillo compatibilizarlas con manifestaciones de sensibilidad o cariño ya que pueden ser tomadas como muestras de debilidad.

Servirá ver estas notas de campo.

Teníamos el diario del martes y Beto leyó los clasificados en el rubro 59. Se rieron. Él, Nacho y Ricardo estuvieron casi todo el tiempo molestándose, cargándose, jugando de manos. Las cargadas casi siempre giraban en torno de lo mismo. “¿Dónde está tu marido?” “No tengo marido, vos tenés marido, gato.” “Mi chorizo en tu culo”, “chúpamela”, este tipo de expresiones ametrallaba Nacho en forma desarticulada y sin descanso para molestar a Manuel y a Beto que reaccionaban y cada tanto forcejeaban con él pero sin ejercer demasiada violencia. Como es bastante más chico que ellos no estaría bien visto que lo golpearan. Cuando iba demasiado lejos, lo sacudían un poco. Él respondía agrediendo, sin quedarse atrás, como dejando en claro que ofrecería resistencia. Le hacían sucesivas advertencias. Pero, según sus ocurrencias, uno y otro se reían y se asociaban unas veces para molestar a uno, otras para molestar a otro. Puto, guacho, gil, gato, eran los insultos siempre presentes. Nacho cargó a Ricardo diciéndole que le hacía un pete al transa a cambio de droga. Beto se plegó a la cargada. Nacho repitió un chiste que estuvieron haciéndose días pasados en el que armaban un juego de palabras entre los términos tumor y silla que daba por resultado algo así como “se sienta en tu morcilla”. Beto dijo que él conocía el chiste desde chiquito. Nacho se burló diciéndole que le hicieron eso de chiquito. Ricardo le dijo a Nacho que le iba a mandar a Marianito para que le pegara nuevamente. Nacho le respondió que le pegó pero que él le rompió la cabeza de un cascotazo. Ricardo desmereció el acto de tirar un cascotazo frente a la pelea mano a mano. Entonces recordó que él le pegó a Gabi y pidió la corroboración de Beto “¿O no que le di como 5 viajes en el medio de la calle? Sí, sí, respondió Beto con

movimientos de cabeza. “Ah, pero a Gonzalito que tiene tu edad y te verduguea todo el tiempo no le hacés nada”, reaccionó rápidamente Nacho. “Nada que ver. Callate. A vos te hace llorar todo el tiempo” le respondió. Así estuvieron un rato. El diario, mientras tanto, lo fueron destruyendo. Lo rompieron para sacárselo de las manos cuando uno estaba leyendo, hicieron tubos con los que se pegaron en las cabezas. Ale hizo un tubo y se lo puso entre las piernas emulando un gran pene con el que hizo burlas a sus amigos⁸¹.

LAS PELEAS

Las peleas y discusiones son sumamente frecuentes entre los niños. Suelen reñir por infinidad de asuntos de gravedad variable⁸². La violencia física constituye un mecanismo legítimo para la resolución de sus conflictos. Sin embargo, no es por grandes conflictos que se originan la mayor parte de sus peleas sino por motivos, en apariencia insignificantes: por la posesión de una silla, de una taza o de un paquete de galletitas. En el espacio de El Programa varias veces he oído a uno de los operadores reaccionar con la misma frase: “¿Les parece pelearse por unas galletitas che?!” Los niños casi nunca se sentían interpelados. Tal vez porque a fin de cuentas no se peleaban por eso (los he visto lograr la posesión de la taza para su té y luego olvidarse de la infusión, dejarla enfriar y abandonarla; obtener las galletitas para luego compartirlas, regalarlas o echarlas a perder). En cada pelea cotidiana lo que ponen en juego son cuestiones más sustantivas: su seguridad, su reputación, su identidad, su lugar en el grupo.

Las discusiones, los insultos, son constantes y la mayor parte de las veces no pasan a enfrentamientos físicos. No obstante, los límites entre una discusión y una agresión física suelen ser un tanto difusos. Un sinfín de disputas se disipan sin la intervención de este tipo de violencia y otras desembocan en ella imprevistamente. En ocasiones lo que comienza como un juego de manos o un forcejeo termina con abiertos golpes de puño. Los chicos, habituados a interacciones rutinarias de confrontación, suelen adquirir una gran agilidad y velocidad de respuesta. Ante circunstancias de este tipo, buscan anticiparse y reaccionan con rapidez, a través de insultos o de acciones físicas, en un doble movimiento, defensivo y ofensivo, que tiene por fin demostrar la valía personal, exhibir los límites más allá de los

⁸¹ Observación realizada el jueves 26-03-2009 en la Plaza Principal de La Cañada.

⁸² Los niños en la calle pueden verse involucrados en peleas con extraños por diversidad de motivos. Cuando así resulta, el grupo de pares suele funcionar como un factor protector que actúa en defensa de sus miembros, no obstante la mayor cantidad de peleas tienen lugar cotidianamente al interior del grupo o entre niños conocidos. A este tipo de peleas nos avocamos aquí.

cuáles el cuerpo y la voluntad del otro no podrán avanzar sobre el cuerpo y la voluntad propia. En la calle, suelen decir los chicos, “hay que hacerse respetar”. Aquí el respeto no está dado, hay que ganárselo. Cada discusión, cada disputa, por insignificante que parezca, funciona como una especie de simulacro que pone en escena y exhibe el valor de cada uno, su fortaleza, su coraje, su capacidad de resistencia y de ejercer violencia. En este sentido, como señala Jimeno (2002) “el acto violento es un acto expresivo que sobrepasa la situación particular y comunica sentidos”.

La noción de “aguante”, que ha tenido un amplio desarrollo en investigaciones sobre las hinchadas de fútbol⁸³, parece pertinente para iluminar algunos de los sentidos que adquieren las peleas entre los niños en situación de calle. Garriga Zucal (2005, p. 34) define el aguante como un bien simbólico, un bien que “engloba saberes de lucha corporal, de resistencia al dolor y de carencia de temor al riesgo”. Éste es también es un bien valorado por los niños en situación de calle. La prueba de su posesión requiere de algo más que meros simulacros o exhibiciones. El aguante exige verificación. En última instancia, sólo pueden demostrarse a través del enfrentamiento corporal. Quien permanece en el terreno de las palabras y dispara insultos y amenazas de enfrentamiento pero no pasa a la acción puede ser tildado, en términos peyorativos, como un “bocón” o un “chamuyero”. Tras una discusión con Beto, en la que éste lo agravió y lo instó a un enfrentamiento físico, Juano me explicó que aquel era un “bocón”, que se quería hacer el “piola” delante de los chiquitos pero que “del dicho al hecho hay un largo trecho”. Al día siguiente lo enfrentó y lo golpeó. Tras el acontecimiento me comentó orgulloso, “viste que se hace el poronga y es un bocón, ni siguiera se paró de manos”⁸⁴.

Los niños en situación de calle establecen una clara distinción entre quienes “se paran de manos” y quienes no lo hacen, es decir, entre quienes tienen disposición a la lucha corporal y quienes no la tienen. Quienes se paran de manos, ganan prestigio y respeto entre sus pares. Al igual que observó Míguez (2002) en los institutos de menores, no es tan importante ganar peleas, como estar dispuesto a darlas. Ello no significa que tener aguante sea un requisito indispensable para participar del grupo, pero sí incide en las condiciones de dicha participación. Quien lo tiene no sólo adquiere reputación, también se encuentra

⁸³ Para este tema remitirse a Alabarces, 2004; Garriga Zucal, 2005.

⁸⁴ Observación realizada el martes 20-01-2009 en la Plaza Principal de La Cañada.

mejor asegurado ante la amenaza de avasallamiento o de sometimiento. “Sino te paras manos te pasan por arriba”⁸⁵.

Ésta no es una preocupación menor entre los chicos. Los insultos con los que se agraden rutinariamente nos dan una buena imagen de ello. Buena parte de ellos adquieren su sentido de una lógica relacional del tipo dominante/dominado. Las imputaciones de ser un “gato”, un “puto”, una “mujer” o tener “marido”, son usualmente utilizadas con un mismo sentido: humillar al otro destacando su condición de subordinación. Como éstos, buena parte del repertorio de insultos que se profieren remite a la sexualidad, a la jactancia en la virilidad, a la hombría y a la dominación masculina. Los términos “gil”, o “cagón”, también refieren a una hombría desvalorizada y a la imposibilidad de imponerse ante los demás. Por su parte, otros dos insultos, “resentido” y “quebrado”, se presentan en forma menos rutinaria pero con mayor potencia ofensiva. El primero hace mención a aquel que por haber sufrido experiencias traumáticas, abusos, humillaciones, guarda rencores y busca replicar sus experiencias sobre los otros (“Como se lo hicieron a él, ahora quiere hacérselo a los demás”). Muchas veces, asume un carácter entre ofensivo y defensivo, revelando las miserias e injusticias de un agravio. El segundo hace referencia a aquel que, ante circunstancias de esta índole, ha sido al fin vencido, ha capitulado o perdido su fuerza. Asume así un carácter ofensivo, lastimoso o vejatorio.

Como vimos, cuando los chicos se instalan en la calle, el grupo se convierte en una importante forma de inscripción colectiva. Sin embargo, no se trata de una unidad definida, homogénea ni armónica. Sus miembros establecen distintos tipos de relaciones, algunas de las cuáles pueden involucrar significativos compromisos afectivos, pero, tomadas en conjunto, suelen ser inestables y conservan de manera latente la amenaza de la violencia. Ésta incide en la organización del grupo, configurando relaciones de dominación y de subordinación, de liderazgo e identificación, de protección y padrinazgo.

Algunos afirman su dominación en forma abusiva mostrando que su coraje, su capacidad agresiva y su disposición a enfrentarse a cualquier peligro no encuentran límites. Este es, por ejemplo, el caso de Gonzalito, quien en numerosas circunstancias demostró su capacidad de asumir y llevar al extremo riesgos y enfrentamientos. Los demás se referían a

⁸⁵ Respecto de esto último, se abre una brecha entre el sentido y función que el aguante adquiere entre los miembros de una hinchada de fútbol y el que asume entre los niños en situación de calle. En la calle, los niños están cotidianamente expuestos a una lucha por la auto-conservación. El aguante no es sólo un requisito para pertenecer al grupo y obtener reconocimiento, como sucede entre los hinchas, sino para subsistir en lo cotidiano sin ser avasallado o sometido por otro.

él como “El cachiva” o “cachivache”, lo que, entre otras cosas, refería a una conducta imprevisible que desconoce toda regla. Guillermina, una joven de 17 años, que no vivía en la calle pero que solía compartir su tiempo con los chicos, me lo definió como el más “atrevido” de todos. En los informes contruidos por las instituciones por las que transitó y a los que tuve acceso se destacaban sus dificultades para adaptarse a las normas, se realizaban diagnósticos psicológicos que afirmaban una incapacidad de mediación simbólica⁸⁶, rasgos psicopáticos, la necesidad de tratamientos con medicación psiquiátrica⁸⁷. Sin embargo, en la calle, era dueño de una actitud dominante y sin fisuras. Tenía una conducta implacablemente transgresora y un lúcido sentido del humor. Era arrogante y establecía una red de contactos que le facilitaba la obtención de todo tipo de recursos. No es posible decir que los niños le guardaran afecto. Solían quejarse de sus actitudes avasallantes. Con frecuencia “verdugueaba” a los demás (se burlaba de ellos, los obligaba a someterse a su voluntad), especialmente a los chiquitos. Sin embargo lo admiraban y temían, aceptaban sus actuaciones sin realizar intervenciones y mucho de ellos lo seguían y complacían.

Otros niños invisten liderazgo porque en su trayectoria, a través de peleas y actos de arrojo, han demostrado fortaleza e insubordinación. Como Gabi que, con apenas 14 años, es, según Cela, “el capo de los chiquitos y aunque desaparezca de La Cañada sigue siendo el Gabi porque se ganó su respeto”⁸⁸. Las historias de haber matado a alguien en su barrio y de haber apuñalado a otro chico del grupo en ocasión de una pelea, ciertas o no, alimentaban su reputación. Además, mostraba entre sus virtudes la de atreverse a confrontarlo, aunque tímidamente, a Gonzalito. Una vez presencié una pelea entre ellos: Gonzalito le dijo que lo iba a hacer gatear delante de toda de la gente diciendo miao. Gabi le achacó ser un verdugo y un resentido. Gonzalito, sin mostrarse ofendido por el agravio,

⁸⁶ A lo largo de mi trabajo de campo varias veces me he topado con explicaciones psicológicas que sostenían que algunos niños “no simbolizaban”, “pasaban al acto sin mediaciones”. Por carecer de formación psicológica, no he logrado tener en claro a dónde apuntaban con ello, sin embargo he tenido la impresión de que al negar el carácter simbólico de las prácticas restringían la reflexión acerca de las lógicas y racionalidades que las dotaban de sentidos.

⁸⁷ Materiales recogidos de los legajos del niño.

⁸⁸ Entrevista en profundidad con Cela realizada el viernes 13-03-2009 en la Plaza del Museo de La Cañada.

se burló de él y de sus créditos respondiéndole entre carcajadas: “¿que me vas a hacer? ¿me vas a apuñalar? Te voy a pinchar con la punta en el culo, te voy a culear con la faca”⁸⁹.

Hay quienes por su corta edad no están en condiciones de asumir posiciones dominantes pero se identifican con quienes las tienen. Nacho y Facundito, los más pequeños en el grupo, se mostraban siempre dispuestos a seguir a Gonzalito y Gabi en sus correrías. Eran revoltosos y rebeldes, solían pelear entre ellos, con niños de sus edades y con niños mayores, sobre todo cuando éstos no eran de los que se paraban de manos. Cela me explicó que andaban “re desorbitados” porque “querían estar a la altura del Gabi, ser más que el Gabi” y luego comentó que el respeto se lo podían ganar si peleaban, como Pedrito⁹⁰.

Pedrito representaba el caso de esos que no son capos ni se pelean todo el tiempo, pero que son respetados por haberlo hecho cuando ha sido necesario.

El Gabi no le puede decir vení vamos para acá, no lo puede tener de gato, porque el Pedrito se le paró de manos y lo cagó a palos. Lo cagó a palos arriba del tren, se agarraron en el tren, se agarraron en la plaza y así... entonces el Gabi, ves, con el Pedrito no jode porque sabe que el Pedrito se para de manos⁹¹.

La inseguridad reinante también impulsa a algunos niños a asumir actitudes protectoras o de padrino con algunos de sus pares. Tal es el caso de Fede, quien solía jactarse de buen peleador y en cierta oportunidad me dijo que a Pedrito lo estaba “apadrinando”, razón por la cual lo acusaban de tenerlo de “gato”. Me explicó que era una acusación injusta, que él tan sólo lo cuidaba. Me contó que si Gonzalito no se metía con Pedrito era porque él lo defendía, que ya había golpeado a otro chico por salir en su defensa y lo obligó a “tocar” (irse) de La Cañada. Además me comentó que era inminente un enfrentamiento entre él y Gonzalito. Según sus cálculos éste pensaba dejar la zona al cumplir los 18 años habiendo demostrado ser el más capo de todos y pelearse con él constituiría una de esas pruebas⁹².

* Las palabras punta y faca provienen de la jerga carcelaria y refieren a elementos cortantes, armas de lucha, elaborados artesanal y clandestinamente.

⁸⁹ Observación realizada el jueves 06-11-2008 en la Plaza Principal de La Cañada.

⁹⁰ Entrevista en profundidad con Cela realizada el viernes 13-03-2009 en la Plaza del Museo de La Cañada.

⁹¹ Idem.

⁹² Entrevista en profundidad con Fede y Cela realizada el martes 17-02-2009 en la Plaza Principal de La Cañada.

Por último podemos identificar a quienes prefieren evitar peleas y aún así son aceptados en el grupo. De estos últimos se valora sobre todo su constancia, su capacidad de resistencia, de quedarse pese a todo. Como Coco, que pese a ser mayor que los que aquí nombramos y vanagloriarse de su coraje, no era afecto a las confrontaciones. Él solía recalcar que se manejaba con “respeto” y prefería no sumarse a los actos de violencia. Ello favorecía su vinculación con instituciones y vecinos y le permitía restarle importancia al vínculo con sus pares. Los chiquitos a veces lo hacían rabiarse, pero los demás, por lo general, no lo molestaban. Lo aceptaban, algunos le tenían afecto y encontraban en él una relación segura; sin embargo, solía permanecer distante, solitario y no gozaba de gran reputación dentro del grupo.

Ahora bien, no deberíamos dejar de preguntarnos ¿en qué condiciones de vida, para los niños, el aguante se convierte en un valor? ¿Cuáles son las circunstancias en las que el prestigio, el valor y el lugar de cada uno se dirimen entre peleas?

La calle es un espacio en el que prevalecen esas condiciones que las instituciones modernas, con el estado como centro organizador e instituto monopolizador de la violencia, han buscado conjurar: la inestabilidad, la incertidumbre y la desconfianza. En la calle impera la precariedad, que, según la definición de Lewkowicz (2007, p. 39), es un régimen de regularidades nunca definitivas. Existen códigos, ciertas reglas, pero se carece de normas trascendentes que organicen y den previsibilidad a las situaciones.

Coco, que sufría particularmente estas circunstancias, podía expresarlo del siguiente modo:

-...en la calle es muy difícil que estés sin pelearte. Porque va a venir cualquiera te va a querer bardear y vos le vas a querer pegar o si no le pegas, el otro te va a querer pegar, *eso seguro*. Y en la casa no, en la casa es distinto. En la casa es distinto porque el que se quiere pelear en la casa... por ejemplo, el hijo trae unos amigos a la casa ¿no? Y al padre no le dice nada que viene con gente a la casa, el padre no se entera, el padre no sabe nada que viene con chicos a la casa... y el padre donde ve una pelea en la casa, los flecha a todos; cada uno a su casa y ya está. El padre sabe reaccionar en la casa. En la casa puede hacer lo quiera porque es la casa.

-¿Y vos qué pensás? ¿Cuál es la diferencia entre la casa y la calle?

-¿Cuál es la diferencia? En que en tu casa ponés orden y en la calle no podés poner orden. En tu casa tenés todos los derechos del mundo a poner orden pero en la calle no tenés para poner orden acá. Si vos venís a poner orden a un chico en la calle, al otro día te aparecen con un par de pibes... te aparecen con un par de pibes y te van a decir “vos que venís a decirme, lo que tengo que hacer

yo, lo que no tengo que hacer” Y el pibe te va a mirar mal y te va a querer pegar cuando esté con todos los pibes. La calle no es lo mismo que en la casa⁹³.

Sin una organización institucional que garantice normas trascendentes, sin el recurso a un tercero estable que medie las relaciones entre los hombres (la ley paterna, en el relato de Coco), la desconfianza y la incertidumbre resultan en condición general y, en tales circunstancias, el cuerpo y la violencia devienen recursos centrales para la estructuración de las relaciones. El aguante brinda reputación y seguridad frente a la amenaza de los otros. Se constituye en torno a él una lógica social, una moralidad, que regula la organización del grupo.

Ahora bien, vale la pena repetirlo: la desconfianza, el temor, no lo son todo en la vida de los niños. Otros sentimientos y emociones de compasión (amistad, empatía, misericordia, condolencia) se entremezclan con la violencia e intervienen en la organización de sus relaciones. Los chicos, frente a cada conflicto particular, frente a cada acto de violencia, movilizados, según el caso, por algunos de estos sentimientos, no pueden más que disponerse a un trabajo reflexivo, justificando a veces, sancionando excesos otras, intentando configurar algún tipo de ordenamiento, algún marco de sentido que organice sus relaciones. Si no fuera porque existen voces que lo ponen en duda, no sería necesario insistir sobre este asunto. Los chicos, aunque no disponen de referencias sólidas y estables, aunque se ven obligados a un movimiento de reflexividad constante para juzgar el valor de sus acciones y se encuentran expuestos a la necesidad de construir e imponer relatos y consensos cada vez que se encuentran involucrados en un conflicto, no son sujetos carentes de racionalidad o de valores. A ninguno escapa el hecho, por ejemplo, de que, libradas a la fuerza, las relaciones no pueden nunca armonizarse y todos se encuentran amenazados⁹⁴ y en todos los casos es a valores a los que apelan para juzgar sus comportamientos.

⁹³ Entrevista en profundidad con Coco realizada el jueves 25-09-2008 en un bar de La Cañada.

⁹⁴ Resultan, en este sentido, elocuentes los versos de una canción de F.A. (Fuerte Apache), grupo musical de la zona oeste cuyas letras solían cantar los chicos de La Cañada: Aprendí lo que es la calle / y a cuidarme de todo / entendí que nadie es bueno / y aunque muchos quieran darte / el que hoy te da la mano / mañana puede matarte / y hay que cuidarse / y a veces hasta frenar un poco / porque aunque seas malo / siempre va a haber uno más loco.

LOS ROBOS

El robo constituye una práctica habitual y bastante extendida entre los niños en situación de calle. Los chicos de La Cañada solían implementar tres modalidades de delitos: el robo de pertenencias o de dinero a los transeúntes a través de lo que podemos denominar “aprietes” en la calle; el robo de objetos de valor, especialmente celulares, a través de “arrebatos” en los trenes y el robo a comercios por las noches, lo que ellos denominaban “escruches”.

Aprietes

Los aprietes consisten en exigirle a los transeúntes la entrega de algunas de sus pertenencias bajo amenaza de violencia. Por lo general, los hacen acompañados por miembros del grupo o ante su mirada. Se acercan sigilosamente hacia una posible víctima y la atracan expresando un lenguaje verbal, pero sobre todo corporal, tendiente a atemorizarla para que ésta les entregue algún objeto de su propiedad. La voluntad de la víctima se conquista a través del miedo y para ello despliegan una actuación que incluye ciertas disposiciones físicas y técnicas corporales. Para enfrentar a una víctima cara a cara es necesario hacer un especial manejo del cuerpo, controlar sus impulsos, guardar una apariencia agresiva, exhibir un andar y una postura desafiante, un gesto duro, una mirada ruda. Recuerdo una ocasión en la cual Gonzalito instó a Nacho y a Gabi a robarle a unos niños que caminaban por la plaza y mientras los examinaba desde lejos decía: “mirá lo que van a hacer, mirá cómo se les enfría el pecho”⁹⁵. Estas disposiciones y técnicas que los niños ponen al servicio de sus robos las van incorporando a lo largo de su historia, son el producto de un habitus (Bourdieu, 2007, p. 85 y ss.) –un conjunto de esquemas de apreciación y de acción incorporados al cuerpo– conformado a partir de sus experiencias sociales. Míguez (2002), que ha realizado un estudio sobre la concepción del cuerpo y la participación de lo corporal en la constitución identitaria de jóvenes delincuentes, plantea que éstos, a partir de sus condiciones sociales de vida (condiciones de habitabilidad precaria, el acostumbramiento al sufrimiento corporal, el contacto frecuente con el frío, el hambre, la muerte, etc.), desarrollan un habitus que incorpora a la violencia física como recurso y les permite la adquisición de “flow” (fluidez, espontaneidad que requiere escasa mediación reflexiva) en el

⁹⁵ Observación realizada el jueves 06-11-2008 en la Plaza Principal de La Cañada.

manejo de una serie de técnicas corporales mediante las cuáles ejercen la violencia en sus robos y en sus peleas. A mí me ha sorprendido ver cómo los mismos niños con los que había estado jugando o coloreando figuras sobre un papel en la plaza, podían pasar rápidamente de esta postura infantil a una postura amenazante para realizar un robo y cómo al recibir un reto o una sanción, casi sin mediaciones, podían volver a asumir la postura inicial.

Los niños rara vez hacen uso de otra arma que no sea su propio cuerpo cuando realizan este tipo de delitos. Durante el curso de mi trabajo de campo, en unas pocas circunstancias me enteré del uso de armas blancas: la utilización de un cuchillo de cocina o del vidrio de una botella para reforzar la amenaza. En lo que respecta a armas de fuego, sólo supe de su uso en circunstancias extraordinarias. Algunos niños me han contado haberlas utilizado en robos a casas o comercios cuando estaban de regreso en sus barrios o en asociación con jóvenes que no formaban parte del grupo de niños que vivía en la calle.

Este tipo de asaltos, enfrentamientos cuerpo a cuerpo con sus víctimas en el espacio público, suponen un alto grado de exposición. Además de correr el riesgo de la represión, tanto legal como ilegal, de la policía y sus posibles derivaciones (perder la libertad, sufrir maltratos y violencias), que es el riesgo común a todos los delitos, los niños se ponen en situación de recibir todo tipo de represalias o agresiones, ya sea de parte de sus víctimas o de algún “justiciero”, como denominaban a veces quienes sin verse involucrados en los hechos intervenían para evitar su concreción. En este sentido, me han contado varias experiencias adversas (golpizas, tiros, heridas, accidentes de tránsito) producidas como consecuencias de delitos. Por mencionar un solo ejemplo, citamos la palabras de Adrián: “Una vez me dieron un cadenazo en el ojo que me quedó todo hinchado, casi pierdo la vista... Por robarle a uno, después vinieron entre seis, siete... me dieron macita. Ves que ando rengu, me dejaron todo chueco...”⁹⁶.

Relaciones con sus víctimas: los chetos

Los niños tenían entre sus víctimas predilectas a quienes denominaban “chetos”. Según entiendo, así se referían a quienes poseían un status superior en el plano socio-

⁹⁶ Entrevista en profundidad con Adrián realizada el jueves 23-10-2008 en la Plaza Principal de La Cañada.

económico, pero inferior en el plano moral y en lo que respecta al respeto que, de acuerdo con su marco de valores, éstos merecían. Especialmente, así se referían a niños y jóvenes de su misma generación. No sólo se convertían en sus principales víctimas porque representaban una posición social más privilegiada de la que le podían extraer algún bien de valor y porque eran víctimas relativamente fáciles de reducir, sino también porque la confrontación con ellos les devolvía una imagen positiva de sí mismos y les parecía de algún modo un acto justo y divertido. Les parecía justo porque confrontándolos accedían a bienes que, según su punto de vista, aquellos obtenían con facilidad por vías legítimas y a los que ellos, si no fuera a través del robo, no podrían acceder, pero también porque creían dar un enfrentamiento ecuánime. Los niños en situación de calle creían que si los chetos no querían ser robados no tenían más que pararse de manos, como ellos, para hacerse respetar ¿Si ellos tenían que pelear para hacerse respetar por qué no lo harían los otros? Si asumimos que es normal que los individuos extrapolen su universo de sentidos y valores, exigiéndoles a los otros que se comporten según sus propias pautas, esto no debería sorprendernos. Para los niños en la calle, si los chetos no se paraban de manos, era pues, una prueba de su inferioridad o de su claudicación moral. Si no tenían aguante, el robo, el susto, de alguna forma lo tenían merecido. Mientras tanto, para ellos la demostración de su superioridad o entereza era un motivo de gozo.

En cierta ocasión, Cela nos contó que el domingo anterior habían ido al Shopping con Gonzalito y Alfredo y armaron un gran revuelo. Dijo que empezaron a apretar a los “floggers” (integrantes de lo que suele denominarse una tribu urbana, categoría que los niños subsumían a la de chetos). Los corrieron, les robaron, les pegaron. Cela se enorgullecía con su historia, se divertía narrándosela a los demás que la seguían con atención y la celebraban: “Sabés el quilombo que armamos. Sabés cómo los corrimos. Salían para todos lados. Por allá andan robando decían. Me paró la policía y les dije que ellos me querían robar (se reía a carcajadas). Gonzalito le dio a uno en el suelo una patada en la cabeza. Se lo merecen, por gatos”⁹⁷. Cuando entrevisté a Cela y a Fede les pedí si podían explicarme por qué elegían a los chetos para robarles y por qué les divertía hacerlo. Fede me respondió “porque son gatos y les cabe”. Esto quiere decir algo así como que les gusta que les roben y dejan que se lo hagan. Y continuó “Yo ahora me quiero hacer medio flogger, cosa que alguno se atreva a

⁹⁷ Observación realizada el martes 25-11-08 en la oficina de El Programa.

venirme a robar y se lleve un re chasco: ¡lo voy a cagar a palos!”. Les pregunté luego si no sentían algún cargo de conciencia al hacerles eso. Cela me respondió: “¡Noo!... A esos no, porque a los floggers sí, de verdad, les re cabe. La tienen toda, tienen plata, no le vamos a robar a alguien que no tiene un carajo (...) Vamos a robarle a los guachos que sabemos que la tienen y que son nenes de mamá, y que ‘ay... me robaron el celular’, y ‘bueno, ahora te compro otro ¿entendés? A los que les cabe, pero no a mujeres, a mujeres no.”. Les repliqué que a nadie le cabe que le roben. Cela me respondió: “Sí que les cabe boludo, les cabe, les cabe porque ellos mismos te lo entregan ¡sino peleá por tus cosas loco ¿o no?!” A lo que Fede añadió: “Parate de manos, fue (...) Allá en Jumbo una vez un flogger me dice ‘él es campeón de taekwondo’ y yo agarro, lo miro así, y le digo ‘¡y yo soy campeón de estar en cana gil!’”⁹⁸.

Arrebatos

Otra práctica común es la de arrebatar celulares en el tren. Normalmente, organizan la actividad entre dos o más. Suben a los vagones del tren, uno identifica a alguien con el celular en su mano y otro traba la puerta para que permanezca abierta. Cuando el tren comienza la marcha, arrebatan el celular de las manos de su dueño y saltan hacia el andén. Si todo funciona según sus cálculos, se hacen del celular sin sufrir consecuencias adversas. Pero esta práctica es particularmente arriesgada y las cosas no siempre salen como las esperan. En reiteradas circunstancias oí a los chicos hablar sobre experiencias fallidas. Alguien que intervenía para evitar el robo y los golpeaba, alguien que los detenía y amenazaba con arrojarlos a las vías, caídas en los andenes. Una mañana, Ricardo, un adolescente de 15 años, se acercó a El Programa con el ánimo turbado y nos contó con tono grave los detalles de la noche anterior. Estaba con Alfredo robando celulares en el tren. Siguiendo la costumbre, con el tren en movimiento, arrebataron un celular e intentaron saltar pero alguien los retuvo desde adentro del vagón. Alfredo perdió el equilibrio y cayó sobre el andén. Se fracturó la muñeca y se cortó el mentón. Según el relato de Ricardo, “Tenía un hueso fuera de lugar y le colgaba un pedazo de carne de la pera”, “estuvo una hora sentado sin hablar, no quería ir al hospital, no quería hablar, no quería nada; después se volvió a su casa”. Ricardo sufrió heridas y raspones en sus piernas. Dijo

⁹⁸ Entrevista en profundidad con Fede y Cela realizada el martes 17-02-2009 en la Plaza Principal de La Cañada.

que cuando quiso atravesar la puerta sintió que alguien le pisaba el pie. Quedó con medio cuerpo dentro y medio cuerpo fuera del vagón. El tren avanzaba y él arrastraba sus rodillas por el andén. Aproximándose al fin de la estación, entre gritos, le suplicó que lo soltara, que lo iba a matar. Terminando su relato, preocupado reflexionó sobre el hecho: “si no me soltaba me mataba contra la pared”. Con intención de que reconsiderara el asunto un operador le preguntó qué pensaría si otro le contara lo que él contó. Con pocas intenciones de responder a la pregunta masculló: “no sé, es una locura”. Evitando más cuestionamientos pidió un cigarrillo, lo prendió y se fue. Guillermina entonces aseguró: “hasta que no vean a alguno de ellos abajo del tren no van a parar”⁹⁹.

Las vías férreas trazan los principales recorridos de los chicos. Buena parte de sus vidas se la pasan entre trenes y estaciones. Durante el tiempo que pasé con ellos no dejé de escuchar historias de accidentes en estos sitios. Aunque los saltos e imprudencias aquí narrados se efectúan especialmente para la realización de delitos, no se dan exclusivamente con este fin. Para los niños saltar del tren es también un juego de riesgo con el que se divierten y ponen de manifiesto su coraje y su destreza, así como también una suerte de entrenamiento en el que practican la técnica que luego aplican en sus robos. En ocasiones, los he oído discutir sobre las formas adecuadas para robar en el tren: cómo debían subir o bajar en movimiento, cómo debían trabar una puerta, como si se tratara del aprendizaje de una destreza que algunos dominarían mejor que otros. Varias veces he oído a Gabi jactarse de su pericia y experiencia en este tema. A través de esos intercambios y experiencias ellos aprendían a quitar velozmente un celular de las manos (en una ocasión Nacho, me hizo una broma, quitándome el mío con una velocidad y solvencia que, dada su pequeña talla, llamó fuertemente mi atención), a interponer el cuerpo para impedir que las puertas del tren se cerraran, a saltar a los andenes evitando lesiones, etc.

Escruches

A veces también realizan “escruches” en comercios. Así denominan a la acción de robar un local cuando no hay nadie adentro, ingresando por la noche o rompiendo una vidriera para llevarse objetos de valor. Estas acciones son mucho menos corrientes que las anteriores. Los niños intentan identificar algún local al que resulte posible acceder y del que puedan extraer objetos de valor. Estas acciones suelen hacerlas en grupo. Sólo

⁹⁹ Observación realizada el martes 2-06-2009 en la oficina de El Programa.

unos pocos tomarían la iniciativa de realizarlas en soledad. Mientras estuve en contacto con ellos me enteré de varios escruches realizados. Una noche, lograron abrir una puerta y entrar en grupo a un local de comidas rápidas del que sustrajeron las cajas registradoras (sin importarles que estuvieran vacías); otra vez ingresaron varios niños por una claraboya a una joyería de la que se llevaron alhajas y relojes pero, tras el hecho y mientras repartían los objetos robados en la plaza, fueron detenidos por la policía que les retiró el botín. En dos ocasiones, rompieron vidrieras de comercios de telefonía celular y extrajeron unos cuantos celulares. En ambas los descubrió la policía. En una de ellas los llevaron detenidos y en otra se quedaron con los objetos y los dejaron ir sin demorarlos. Gonzalito estuvo involucrado en todos estos eventos y guardo el recuerdo de otros dos en los que solo él participó y alimentaron su fama: en uno robó una gran suma de dinero de un local de electrodomésticos sin sufrir consecuencias y en otro intentó ingresar por los techos a un comercio pero la policía lo impidió llevándolo detenido. Esa noche, los policías le dispararon varios tiros mientras él, fuertemente intoxicado por el consumo de pastillas, hacía lo posible por ocultarse.

Relaciones con la policía:

Los niños a partir de sus largas estadías en la calle y de las reiteradas transgresiones en las que se implican van estableciendo relaciones fluidas y familiares con los agentes de la seguridad pública. Los niños y los policías o gendarmes que intervienen en el territorio terminan conociéndose y estableciendo relaciones tanto de conflicto como de cooperación.

Es normal que los niños en la calle entren en diálogo con policías y que reciban de su parte consejos de cuidado y advertencias pero también que reciban amenazas, maltratos y golpizas que los obligan a abandonar la zona por la que transitaban o donde permanecían. En el curso de mi investigación observé muchas situaciones en las que los niños eran interpelados por policías y establecían amables conversaciones, pero también pude ver las marcas y los inmensos moretones que los gendarmes les dejaron al apalearlos para obligarlos a marcharse de la estación de La Cañada¹⁰⁰.

¹⁰⁰ Observación realizada el martes 20-01-2009 en la Plaza Principal de La Cañada.

A diario los niños son demorados o detenidos. A veces en forma justificada, otras tantas sin motivos aparentes ni ninguna justificación. En el caso de los traslados a la comisaría, las actuaciones policiales suelen ser completamente discrecionales. En varias oportunidades acompañé a los operadores de El Programa a buscar a niños detenidos y pude corroborar que según el día y las circunstancias se cumple con los debidos procedimientos y garantías (dar intervención al juez y a los organismos competentes) o se eluden y se actúa en la ilegalidad.

También son comunes los acuerdos entre niños y policías en los cuáles éstos permiten a aquellos robar en una determinada zona a cambio de algún beneficio. Estos acuerdos pueden dar a los niños alguna sensación de poder o de impunidad pero, por lo general, los ponen en una peligrosa situación de vulnerabilidad y subordinación. Una vez Fede me presentó una situación “hipotética” de cómo se realizaban los acuerdos con los policías. Me dijo “Viene y te llama, che, vení, vení, no tengas miedo... está todo bien con vos. Necesito un celular ¿me podes conseguir uno? Fijate si me podes conseguir uno y yo te dejo laburar tranquilo. Así, te la vienen de buenitos. Después si te denuncian o pasa algo, te llevan igual y ellos no se hacen cargo... y no podes decir nada, es su palabra contra la tuya. Y ellos se cubren ellos. No, si son bastante pillos. Yo cuando me dicen así les digo que no, que yo no ando robando. Pero vos le decís que no y después si se arma un quilombo te engarronan aunque no tengas nada que ver, te meten un fierro...”¹⁰¹. La asociación con la policía o cualquier otro actor con poder y con recursos sostenidos a través de prácticas ilegales en el territorio implica para los niños un gran riesgo. Son ellos quienes todos los días exponen sus cuerpos, su libertad y su vida en las calles, no cuentan con garantías para velar por el cumplimiento de sus acuerdos y, por su indefensión, ante cualquier conflicto son los candidatos ideales para “chivos expiatorios”. Se decía que Gonzalito establecía acuerdos con la policía. También se decía que un buen día se lo iban a sacar de encima. El director de una ONG que trabaja con los niños una vez me comentó: “la policía siempre opera del mismo modo: lo ceban, lo ceban y cuando cumple 18 se lo sacan de encima, lo detienen o lo matan en un hecho confuso”¹⁰².

¹⁰¹ Entrevista en profundidad con Fede realizada el viernes 26-06-09 en la Plaza Principal de La Cañada.

¹⁰² Observación realizada el miércoles 18-02-2009 en la oficina del Programa.

Las actividades delictivas de los niños en la calle pueden inscribirse dentro del fenómeno que Gabriel Kessler (2004) ha definido como el “delito amateur”. Actividades sin profesionalización, organización ni logística. Realizadas al voleo, de manera improvisada, con un escaso control de las circunstancias y una mínima evaluación de los riesgos. Ello, según este autor y otros que también han estudiado las formas del delito entre los jóvenes en condiciones de marginalidad (Míguez, 2004), las coloca dentro de las actividades menos reputadas del universo delictivo¹⁰³.

Los niños, cuando delinquen, lo hacen generalmente en compañía de sus pares pero el grupo de ningún modo puede equipararse con una banda organizada alrededor del delito. El delito define un modo de inserción al grupo, pero es tan sólo una entre otras de las tantas prácticas que lo constituyen: jugar al fútbol, concurrir a un programa social o a un comedor, consumir drogas, ir al ciber, limpiar vidrios, etc.; prácticas que de forma relativamente rutinaria realizan en conjunto. Para ir a robar bastaba que se presentara la ocasión y tuvieran la disposición de hacerlo. A diario alguno proponía ir a “laburar” (robar) y otros aceptaban o rechazaban la propuesta. Si aceptaban, se dirigían a la calle o al tren en búsqueda de su oportunidad para robarle a alguien. Los escuchos probablemente requerían mayor planificación, sin embargo también dependían de circunstancias relativamente fortuitas: hallar un local con fácil acceso; descubrir, andando por los techos, la vulnerabilidad de una claraboya. Otros, más rudimentarios, como la rotura de una vidriera para robar los productos exhibidos, incluso podían realizarse de manera compulsiva bajo el efecto de la drogas. Como muchas veces éstos fallaban, se podía escuchar a los chicos decir en tono de arrepentimiento que bardearon y echar las tintas sobre el estado de inconsciencia en el que los puso el consumo de drogas.

¹⁰³ En sus trabajos, los autores citados describen el ordenamiento jerárquico que caracteriza al mundo del delito y ubica a los delincuentes en distintas categorías de importancia. En la cima de la jerarquía se ubica el chorro profesional, hombre audaz y experimentado, que organiza y realiza, a mano armada, grandes golpes. En la base, a los barderos o cachivaches, giles o perejiles. La característica común de todos ellos es la falta de profesionalismo. Se denomina barderos o cachivaches a quienes actúan, no conforme a reglas profesionales, en forma desorganizada, y giles o perejiles a quienes trasgreden la ley en forma meramente ocasional, cometiendo, por ejemplo, un crimen por motivos afectivos o un delito por azar. Según esta clasificación, los niños en situación de calle se ubicarían entre barderos o cachivaches. Sin embargo, debemos saber que aunque sus acciones delictivas se encuentran lejos de la profesionalización, el estereotipo del chorro funciona como un ideal que organiza ciertos principios morales a los que adhieren (aunque no los acaten) y que orientan sus acciones.

Trabajo y delito

Los niños en situación de calle no hacen del robo su medio exclusivo de subsistencia. Implementan numerosas estrategias que van intercalando y alternando a lo largo de su vida. Como las condiciones de vida en la calle dificultan el acceso y la permanencia en el mercado de trabajo asalariado, lo más común es que los niños trabajen por su propia cuenta y en la calle. Se dedican a la venta ambulante; a limpiar los vidrios de los coches, o hacer malabares, en los semáforos; a repartir tarjetitas con motivos religiosos o frases de amor a cambio de una propina, o simplemente a pedir dinero o cualquier tipo de recursos. La distancia que se abre entre estas actividades y sus robos no es tan amplia como se podría llegar a imaginar si se la mide en términos de las condiciones en las que las realizan y los peligros y riesgos a los que se exponen (evidentemente no son iguales, pero el simple hecho de estar en la calle los expone de por sí a la violencia, al abuso, a la explotación, a la detención policial) y, sin embargo, esta distancia se ahonda cuando se mide en términos de los beneficios que una y otra actividad les brinda, tanto en términos económicos como morales.

Entre buena parte de los niños que conocí, especialmente los más grandes, también contaban experiencias de trabajo asalariado. El denominador común de los trabajos a los que acceden es la precariedad ya que, por su condición etaria no pueden insertarse en el mercado formal o porque carecen de las calificaciones requeridas para hacerlo. Bajos salarios, inestabilidad, ausencia de protecciones, exposición a fuertes niveles de explotación y maltratos son características comunes de todos ellos. No encuentran en ellos formas de integración ni de reconocimiento que refuercen su autoestima ni favorezca la construcción de una identidad.

En tales condiciones, les resulta difícil estructurar alrededor del trabajo algún proyecto de vida. Sus experiencias laborales no les ofrecen las suficientes posibilidades, seguridades, beneficios como para convertirse, desde su punto de vista, en una alternativa deseable.

Suele suponerse que la escasa disposición al trabajo y la inclinación al delito son el resultado de una moralidad producida en el marco de una subcultura, en oposición o desvinculación a los valores dominantes. Y si bien, por su singularidad, nos vemos tentados a considerar algunos de los rasgos morales de los niños en situación de calle como propios de una subcultura, no creemos que éste sea el mejor camino para avanzar hacia la comprensión de la complejidad de sus formas culturales. Ese camino nos hace correr el riesgo de circunscribir sus valores culturales a su propio universo, cerrándolos sobre sí mismos,

aislándolos y oponiéndolos a los valores dominantes, obturando la posibilidad de ver cuánto de ellos se encarna en la vida de los niños, aunque asumiendo, por supuesto, su singularidad en el encuentro con sus propias condiciones de existencia. Aunque experimentan formas de socialización muy particulares, los omnipresentes valores del consumo y del éxito personal de la cultura hegemónica no dejan de formar parte de ellas ni de mixturarse con sus propias realidades produciendo efectos singulares¹⁰⁴. Tal vez uno de estos efectos sea que las esferas morales del trabajo y el delito, de la legalidad y la ilegalidad pierdan sus contornos definidos y cedan lugar a la contraposición de dos figuras morales que tienen fuerte influencia en la vida de los niños: la del “chorro” y la del “gil laburante”.

El “chorro” es un ladrón prestigioso, el “gil laburante” un tonto trabajador. En tanto que figuras morales cada una de ellas involucra un universo de valores y significados que las oponen. Un primer punto a destacar ha sido captado por Kessler (2004) a partir de lo que ha denominado la lógica de la provisión. Esta lógica supone que “todo acto que proporciona recursos para satisfacer necesidades es legítimo, sin que la diferencia entre legalidad o ilegalidad de la acción sea relevante (...). Más aún, legitimidad y legalidad se desacoplan al punto que tiene mayor legitimidad una acción ilegal proveedora que una legal que no lo es” (p. 43). Pues bien, en la contraposición de estas dos figuras la legitimidad no se vincula ya con la legalidad sino con las capacidades de provisión. Sin embargo ello no es todo. Estas figuras también se oponen por valores vinculados a la autonomía, al esfuerzo y al riesgo. Así, un pronunciamiento en favor de la figura del chorro y en contra de la del gil laburante plantearía que mientras el primero goza de autonomía, es insumiso y actúa en su propio beneficio, el segundo está sujeto a la autoridad de otro, es obediente y actúa en provecho ajeno; mientras que el primero asumiendo altos riesgos satisface sus propias necesidades y deseos, el segundo destinando ingentes esfuerzos al trabajo apenas si alcanza a satisfacerlos. En la defensa de la figura del chorro, el valor del trabajo y el esfuerzo, vinculados a la sumisión y a la realización de sacrificadas postergaciones en función de magros resultados, se muestra carente de sentido y el riesgo, vinculado al coraje, a la audacia, a la indocilidad, asume un valor positivo y se convierte en fuente de honor y de reconocimiento.

¹⁰⁴ Son muy interesantes a este respecto las tesis de lo que se ha dado en llamar criminología del realismo de izquierda. Éstas sostienen que, lejos de ser una anomalía, el delito es un problema endémico de las sociedades capitalistas y que tiene su origen en la privación relativa, “en la creciente desigualdad de oportunidades y de nivel de vida, que se suma a expectativas cada vez mayores, que comparte gran parte de la sociedad. Esto, combinado con la cultura del individualismo y del egoísmo a corto plazo estimulada por el capitalismo de los últimos tiempos es lo que provoca al aumento del delito.” (Lea y Young, 2008, p. 2)

Cuando los niños argumentan en favor de la figura del gil laburante o intentan demostrar que el laburante no es tan gil no suelen remitir a los valores del trabajo honrado o del esfuerzo personal, sino que se suelen invertir el valor del riesgo en función de otros ideales superiores. Así los riesgos de ir presos, ser heridos o muertos, se convierten en obstáculos injustificables en vistas al desarrollo de otras experiencias vitales, en especial el desarrollo de una vida familiar. El valor del riesgo se relativiza y negativiza de cara al cuidado de un proyecto alternativo que por lo general sólo se vislumbra alrededor de la constitución de una familia. Cuando piensan en ello, suelen referir a evitarles sufrimientos a sus seres queridos, especialmente a sus madres y parejas, y mencionan el deseo de compartir el tiempo con sus hijos y ofrecerles una vida más promisorio que la suya. Estas reflexiones suelen aparecer a medida que los niños se aproximan a la edad adulta. Los 18 años suelen marcar, al menos de manera simbólica, un punto de inflexión. No sólo porque alrededor de esta edad los riesgos de ser encarcelados y perder su libertad se incrementan, sino también porque los encuentra en una etapa vital en la que empiezan a vislumbrar nuevas opciones de vida. En esta etapa la referencia de la casa comienza a modificarse. Va perdiendo centralidad el lugar de la casa perdida, la de sus padres y sus hermanos, y comienza a delinearse, aunque más no sea imaginariamente, la idea una casa propia y un destino personal. Ser laburantes se les presenta como una posibilidad para construir una opción de vida más segura. Como un requisito para habitar y sostener, involucrándose en nuevas relaciones y experiencias identitarias, un espacio familiar que les permita proyectar un futuro alternativo. Entre tanto, mientras permanecen sumidos en un mundo signado por la precariedad y la inestabilidad, al margen de las instituciones tradicionales de integración social, donde escasean los recursos legítimos, desde el punto de vista hegemónico, para la construcción de un proyecto y una identidad personal, la balanza con facilidad se inclina hacia la opción del robo que se convierte en una alternativa de vida razonable.

De chorro a empresario

El caso de Gonzalito merece un comentario aparte. Él podía imaginar un proyecto de vida para superar el dilema moral que plantea una elección entre la vida del chorro y la del gil laburante.

Si repasamos su historia, encontramos que sus padres murieron. Aparentemente no tiene recuerdos de ellos y con sus hermanos ha perdido relación. Vivió en algunas

instituciones de albergue, pero la mayor parte de su vida la pasó en la calle. Nunca trabajó, nunca tuvo una familia. Una excepción tal vez fue cuando se puso de novio con una chica y sus padres lo acogieron en su casa. Quienes fueron testigos del hecho dicen que fue notable el cambio en su comportamiento. “Estaba hecho un señor, irreconocible”, me aseguró una trabajadora social que intervino en el proceso.¹⁰⁵ Sin embargo, pronto rompió su vínculo con su novia y su familia, y regresó a la calle, donde, desde entonces se instaló de manera permanente ganando reputación, entre otras cosas, por “robar bien piola”.

Según sostenían los niños de su grupo, operadores sociales y otros adultos de la zona, a través del robo, Gonzalito había acumulado 80.000 pesos. No sabemos si era cierto (cuesta creer que un niño que ha vivido en forma duradera en la calle acumule ahorros), pero la certeza de que había dado “buenos golpes”, que tenía dos o tres motos en la casa de un amigo y la fuerza con la que circulaba el rumor daban crédito al relato que se tejía en torno suyo.

Una tarde nos contó su plan: “yo no voy a perder, no voy a caer. Cuando cumpla los 18 me voy a retirar, me voy a ir a Mar del Plata y voy a poner una farmacia”. Señalando a sus compañeros dijo “me llevo a alguno de estos giles para que la atienda, le doy un fierro y listo”¹⁰⁶.

No sabemos por qué una farmacia, pero podemos imaginar por qué en esa ciudad. Los niños cuando llega el verano suelen comenzar a planear sus vacaciones y Mar del Plata suele ser uno de sus destinos preferidos. Gonzalito pasó varias estadías en ella y quedó encantado. Según dice, en esta ciudad “reventó”^{*} una casa y descubrió el buceo.

Su plan, pasar de chorro a empresario, le permitía a Gonzalito imaginar, lejos de la calle, un futuro próspero y autónomo; una vida adulta sin las penas del laburo y sin las penas del choreo. Tal vez por ello, su “proyecto” causaba admiración y el mito ganaba fuerza entre quienes lo rodeaban.

¹⁰⁵ Entrevista en profundidad con Inés, realizada el miércoles 19-03-2008 en un bar de La Cañada.

¹⁰⁶ Observación realizada el jueves 2-10-2008 en la oficina de El Programa.

* Asaltó, robó.

LAS DROGAS

El consumo de drogas se encuentra muy difundido entre los niños en situación de calle. Los niños consumen diversas sustancias -marihuana, poxyran, cocaína, ansiolíticos (Rivotril, Clonazepam, Alplax), pasta base-, aunque existen algunas diferencias en el tipo de consumo, la intensidad y la frecuencia según su condición etaria y disposiciones personales.

El consumo de marihuana (“porro”) es una de sus prácticas más habituales. Los niños, sin distinción de edades, se reúnen a fumar marihuana cotidianamente y en cualquier momento del día. Una de las actividades que iniciaba las prácticas grupales de rutina era reunirse a la mañana a fumar un porro en la Plaza Principal de La Cañada. Los niños se encontraban temprano, a partir de las 8 de la mañana, en El Programa y pronto surgía la propuesta de ir a fumar, por lo general, con buena y amplia recepción por parte de los niños, lo que para los operadores sociales implicaba un problema cotidiano con el que una y otra vez debían lidiar¹⁰⁷.

El consumo de poxyran –a cuya acción los niños denominan “jalar”- también es común y se da de manera más frecuente entre los más pequeños; el consumo de cocaína (“merca”) y de ansiolíticos (“pastillas”), un poco menos habitual, es más frecuente entre los mayores. No obstante, estas diferencias sólo nos informan sobre ciertas tendencias y valores vinculados con el tipo de consumo que ellos consideran acorde a sus edades y circunstancias pues en la realidad suele suceder que los niños sean poli-consumidores y se den al consumo de cualquiera de estas drogas según se presente la ocasión. Así, es probable que los niños de menor edad consuman “merca” o “pastillas” en presencia de los mayores o que éstos últimos “jalen” poxyran en contacto con los más pequeños.

El Consumo de pasta base (“paco” o “base”) no era tan corriente entre los chicos que nosotros conocimos. Sólo esporádicamente algunos lo realizaban. Posiblemente porque esta droga no se hallaba fácilmente disponible en la zona. Muchos de ellos la habían consumido cuando vivían en otros lugares donde su consumo era más extendido.

El consumo de drogas hace estragos en su salud. Los daños que les produce pueden distinguirse entre daños directos e indirectos. Entiendo por los primeros los efectos

¹⁰⁷ El Programa tenía por regla general que aquel que se drogara no podría participar de las actividades. Sin embargo generar y sostener este tipo de regulaciones no era sencillo, requería de esfuerzos siempre renovados y cotidianamente daba lugar al desarrollo de conflictos y tensiones.

perjudiciales que la asimilación de drogas produce sobre el organismo y, por los segundos, los daños derivados que se producen por la alteración del comportamiento a la que las drogas inducen.

Respecto de los daños directos, su gravedad depende del tipo de droga que se utilice, de la intensidad y frecuencia de su consumo. Las drogas mencionadas varían en su poder adictivo y en los daños que producen. Es conocido, por ejemplo, el alto poder adictivo y el efecto devastador que el consumo de pasta base produce sobre los niños y los efectos más moderados del uso de la marihuana¹⁰⁸. En cuanto a los daños indirectos, es preciso señalar que el uso de drogas agrava los peligros del ambiente en que los niños desarrollan su vida e incrementa los riesgos a los que se exponen, favoreciendo al desarrollo de todo tipo de accidentes y circunstancias adversas. Hemos visto, por ejemplo, la asociación entre el consumo de drogas y la comisión de delitos en forma compulsiva y desorganizada. Los desórdenes en el compartimiento que implica el uso de drogas (la falta de control, la euforia, la impulsividad, las alucinaciones, etc.) llevan a los niños a realizar prácticas imprudentes que los dejan en situaciones de fuerte vulnerabilidad. Realizar aprietes en la calle, escuches o arrebatos en los trenes bajo el efecto de las drogas eleva las probabilidades de sufrir desventuras. Intoxicados, se ven imposibilitados de premeditar sus acciones, controlar las situaciones y reducir los riesgos. Lo mismo ocurre en relación a las transgresiones cotidianas a las que se encuentran acostumbrados, ya sea molestar a los transeúntes o cruzar imprudentemente las calles intentando hacer contacto con los vehículos.

Es normal también que cuando sufren situaciones de fuerte angustia o frustración -lo que en el contexto peligroso e inestable en que desarrollan su experiencia es moneda corriente- respondan a ellas incrementando el consumo de drogas, cometiendo graves imprudencias o realizando delitos en forma descontrolada, como si, acorralados, se jugaran su última carta de sentido desafiando a la muerte, interrogándola, como si esperaran encontrar en la confrontación con ella algún indicio que la vida les esconde. En relación con ello, una trabajadora social, solía decirme ante la falta de marcos de contención ellos “buscan el límite físico”. Ante este escenario, es posible imaginar las desastrosas consecuencias que pueden sufrir bajo los efectos del consumo, que a la vez que los desinhibe y los incita a explorar los límites de sus acciones, les reduce sus capacidades de control sobre las mismas.

¹⁰⁸ Para un análisis más detallado sobre los daños que producen las drogas en los niños en situación de calle ver García Silva, 2008, p. 83 y ss.

En un anterior trabajo (García Silva, 2008) me referí a las funciones individuales y colectivas que desempeña el uso de drogas. Sintetizando, allí planteo que es posible organizar las primeras, siguiendo parcialmente una clasificación de Lucchini (1999), en funciones evasivas; hedonistas; desinhibitorias y fisiológicas. La función evasiva está asociada a la necesidad de eludir una realidad y un entorno que les genera estrés y angustia. Una realidad inestable, signada por carencias materiales y afectivas que les genera niveles de ansiedad y de desgaste físico y emocional que buscan ser compensados. Las funciones que le siguen no dejan de estar vinculadas a ésta pero señalan otras particularidades. La función hedonista pasa por la búsqueda de placer, de diversión o goce. La función fisiológica se vincula a la intención de mitigar el hambre, el frío o el dolor físico y la función de desinhibición está asociada a la voluntad de superar las inhibiciones y las barreras de temores a través de los efectos de exaltación, euforia e indiferencia que el consumo produce. Funciones, que a la vez no pueden desligarse de la presencia de funciones colectivas referidas al contexto donde estas prácticas se inscriben y adquieren su significado social. El uso de drogas se entrama a un conjunto de valores, prácticas y ritos cotidianos que orientan la experiencia social de los niños en situación de calle y constituye un vehículo de integración y construcción identitaria.

El consumo de drogas no sólo forma parte de una actividad legitimada y naturalizada por el grupo. Como sucede con el aguante o el robo, es también una actividad investida de un valor positivo, un mecanismo de pertenencia, una actividad ritual que mantiene la cohesión del grupo. Cuando los niños desean abandonar el consumo de drogas una de las principales estrategias que implementan a esos fines es la de mantenerse alejados del grupo de pares. Aunque suelen asumir individualmente la responsabilidad del uso de drogas, la sanción para aquellos que no consumen expresa esta influencia colectiva. La sanción funciona de manera implícita excluyendo a los no consumidores de ciertas formas de participación e identidad organizadas alrededor del consumo, pero también en forma explícita cuando, por ejemplo, los niños desestiman a otros por no consumir o los acusan de “caretas”, una forma devaluada de la personalidad.

Ahora bien, la participación grupal a través del consumo de drogas también tiene sus regulaciones internas. Los niños adhieren, al menos en el plano discursivo, a ciertos principios morales que regulan, o deberían regular, sus comportamientos en relación al cuidado de los más pequeños. Existe, por ejemplo, la regla de que los miembros mayores del grupo no deben ofrecerle drogas a los menores y existe para quien la transgrede el mote estigmático de “arruina guachos”. A menudo solían denunciar con este término a quien

promovía el consumo de drogas o el robo entre los chiquitos, o los obligaban a ello. Estos principios morales organizaban ciertas protecciones al interior del grupo, pero sólo podían mantenerse de manera vacilante. Hemos oído, por ejemplo, a los niños acusar encendidamente de arruina guachos a uno de sus pares y tratarlo luego como si nada hubiese ocurrido y hemos visto a los grandes compartir el consumo con los chiquitos, olvidando sus obligaciones para con ellos. Los niños atravesados por la inestabilidad, no pueden cerrar la brecha que se abre entre los principios morales que afirman y sus condiciones reales de aplicación; montados al riesgo, no pueden hacerse responsables ni garantizar sino precariamente el cumplimiento de los valores que propugnan para el cuidado de los otros.

Sin embargo, es precisamente esta dificultad que encuentran en el marco de sus condiciones de vida para garantizar algún cuidado de los demás, especialmente de los más pequeños, y la amenaza de abuso que pesa sobre todos ellos, una de las razones por las que se apela a estos valores con tanto énfasis. En una ocasión los escuché contar que los miembros de la hinchada de fútbol local querían golpear, por arruina guachos, a alguien que vendía porro en la puerta de un colegio. Una operadora social preguntó a los mayores del grupo “¿qué diferencia hay entre venderle porro o darle porro a los chiquitos? Recién ustedes estaban fumando con ellos”. Ellos dieron varias respuestas intentando organizar alguna coherencia. Uno dijo “es distinto, arruina guachos es el que le da de fumar a los chiquitos, no el que fuma lo que tienen los chiquitos; una cosa es darle un porro y otra cosa es sacarle el porro o fumar de los que ellos tienen, si acá los chiquitos son los que tienen porro”. “¿Cómo aprendieron?”, preguntó la operadora insatisfecha con la respuesta. Otro tomó la palabra: “Ellos solos van a la villa a comprar. Aprenden solos eh... nadie les enseñó” (es cierto que muchas veces eran los más pequeños los que traían porro e invitaban a fumar a los mayores, lo que probablemente constituía un modo de darse participación y protagonismo). Luego alguien más incorporó otra distinción: “Arruina guachos es el que les da de jalar o pasta base”. Finalmente disiparon las tensiones con un poco de humor. Se rieron, se acusaron entre ellos, amistosamente, de arruina guachos y uno, cerrando la conversación, bromeó: “El porro hace bien, es curativo, a mí me lo recetó el médico”¹⁰⁹.

Los niños conocen los daños que producen las drogas y reconocen los efectos perjudiciales de las distintas formas de consumo. El uso de pasta base es reconocido por ellos como la

¹⁰⁹ Observación realizada el jueves 9-10-2008 en la oficina de El Programa.

forma más riesgosa. Juano, un día nos contó que fue adicto al paco y que los dejó tras quedar internado con suero. Nos dijo: “estaba tan flaco que con mis costillas podías tocar el arpa”¹¹⁰. Otro día, Fede nos planteó que cuando él consumía paco “estaba hecho mierda, muy flaco, era un dedo. Me agarraba así [rodeó su muñeca con el dedo índice y pulgar] y daba como mil vueltas”¹¹¹. Un día Camilo contó jocosamente que durante las tres últimas semanas había estado robando y consumiendo paco. Manuel le advirtió que robar era riesgoso y que las drogas no eran manejables. “Yo tuve problemas por las dos cosas y por eso terminé un año y medio preso”, le señaló, mientras todos lo escuchaban atentos¹¹². Días siguientes, Cela planteó en relación a lo mismo: “Si Camilo quiere base que la fume donde la compra, pero que no la traiga acá”¹¹³. Tenía sus fundamentos. Ella también fumó pasta base cuando vivía en otro barrio. Según me comentó allí todos la fumaban y estaban re fisura (muy comprometidos y afectados por su consumo). Me explicó que “Cuando vos fumás base no conocés a nadie. Mirás todo, quedás re bobo, y te re consume eso. Yo había perdido 10 kilos, así que daba asco. Hasta que me volví a La Cañada y ahí me rescaté otra vez”¹¹⁴. Sin embargo, aunque conocen sus riesgos, desconfían de sus capacidades de mantenerse al margen. Un día Fede trajo la noticia de que el paco había llegado a La Cañada (y aparentemente, esto era cierto. Sobre el final de mi trabajo de campo algunos niños habían comenzado a consumirlo). Contó que había un transa toda la noche en la plaza de la estación que lo vendía. Todos los que allí estaban comenzaron a hacer chistes sobre ello. Se reían imaginando sus avances progresivos hacia la condición de fisuras. Estamos todos re fisura, decían. “Voy a fisurar [vender efectos personales para comprar drogas] todo lo que tengo: mis zapatillas, mi remera, hasta mis pircings, dijo Cela. “Ja, yo anduve así un tiempo. Fisuraba todo lo que tenía. Me decían qué linda remera... te la vendo”, recordaba alegremente Manuel¹¹⁵.

El humor siempre se da cita en sus conversaciones. Muchos de los niños hacen de él un uso ingenioso y perspicaz. En el modo en que lo utilizan para referirse al consumo de drogas podemos advertir la función compleja que desempeña en sus vidas. Funciona no sólo como un elemento recreativo sino también como un recurso reflexivo. Por su

¹¹⁰ Observación realizada el jueves 11-12-2008 en la Plaza Principal de La Cañada.

¹¹¹ Observación realizada el martes 09-09-2008 en la Plaza Principal de La Cañada.

¹¹² Observación realizada el martes 5-08-2008 en la oficina de El Programa.

¹¹³ Idem.

¹¹⁴ Entrevista en profundidad con Cela realizada el viernes 13-03-2009 en la Plaza del Museo de La Cañada.

¹¹⁵ Observación realizada el lunes 29-12-2008 en la oficina de El Programa.

intermedio, no sólo expresan la naturalización y aprobación de ciertas prácticas, también comparten y procesan sus experiencias, comunican sus preocupaciones, alertan sobre situaciones problemáticas, etc. Muchas veces a caballo del humor pueden descomprimir las situaciones de tensión que los atraviesan, eludir las exigencias a las que no pueden dar respuestas; darse reputación y estima relatando, con gracia, sus experiencias más gravosas pero también abrir un campo reflexivo sobre ellas. Con humor, “tomando todo para la risa”, pueden conjurar la amenaza de la inconsistencia subjetiva a la que sus mismas condiciones de vida los enfrenta, habitar una vida emocional que no admite compromisos en el largo el plazo, porque éste no se configura.

Muchos de los niños que conocí hicieron intentos por recuperarse de las drogas, intentos de “rescatarse” dicen ellos. Durante mi trabajo de campo al menos cuatro de ellos pasaron por el Centro de Prevención de Adicciones de la Provincia de Buenos Aires (CPA) con intención de reducir sus niveles de consumo. Por lo general, llegan allí porque se combina una motivación personal (muchas veces estimulada por el sentimiento de haber “tocado fondo”) con la influencia ejercida por familiares, amigos u operadores sociales que tomaban cartas sobre el asunto. He visto también a algunos de ellos volver a sus casas con intención de recobrar un mejor estado de salud, internarse en centros de recuperación o sugerir ayuda para alguno de sus pares al que no veían en buenas condiciones. Sin embargo, en las condiciones en que desarrollan su vida les resulta muy difícil cuidarse a sí mismos y cuidar a otros. Las formas de integración callejera los retienen en el consumo. Sin proyecto que los incluya en un horizonte de futuro no encuentran en sí mismos la motivación y las fuerzas suficientes para desvincularse de las drogas. En todos los casos que presencié intentos de recuperación, la determinación y la motivación que les requería sostener el proceso no parecía estar a su alcance. Ninguno parecía tener la suficiente confianza en sí mismo, la suficiente fuerza de voluntad para lograrlo. Solían sentir todo tipo de contradicciones y dilemas. Los oí burlarse de sus pasajes por el Centro de Prevención de Adicciones, al que llamaban “CP droga”, contar que fueron “re locos” (drogados) a una sesión o que se drogaron inmediatamente después de una. Los vi enojarse con la institución, los oí decir que no tenían ganas de ir o que no servía para nada. Rescatarse es para ellos todo un desafío, al que sin embargo, y pese a todo, muchos se entregan, con ahínco, una y otra vez.

EL DESAFÍO DE RESCATARSE

La idea de rescatarse gravita permanentemente en la vida de los niños en situación de calle. Rescatarse, significa muchas cosas: salir de la calle, abandonar las drogas, el robo, dejar de llevar una vida anómala, transgresora, riesgosa, fuera de la ley. Cuando invocan la idea de rescatarse suelen vincularla a un acto de responsabilidad y toma de conciencia. La plantean como una alternativa que podría librarlos de las consecuencias de la vida callejera, fundamentalmente de la muerte o de la privación de su libertad. Suelen contemplarla con cierto fatalismo, como una última posibilidad. Se vincula la idea de rescatarse con la de encontrar paz y seguridad en otro estilo de vida. Se la asocia con la posibilidad de integrarse a una vida convencional en las que tienen centralidad la familia y el trabajo. Hemos visto que estos sentidos involucrados a la idea de rescatarse pueden ir articulándose a medida que los niños crecen y vislumbran nuevas posibilidades para sus vidas.

La familia aparece como el entorno capaz de proveer contención y poner a salvo de las tentaciones de reincidencia, las cuáles son vistas como una amenaza constante ante la que pueden recaer. La calle, las drogas, los robos son a veces presentados como una forma de adicción que no pueden evitar. La idea de rescatarse a través de la familia incluye conformar una nueva red social en la cuál apoyarse para dejar la vida pasada, una red que sustituya las antiguas "juntas". Pero esta idea también es acompañada por la proyección de una descendencia "sana", hijos que proteger para darles una vida próspera y evitarles las desdichas suyas. Ser contenido y contener a otros, ser cuidado y cuidar a otros, ser pensado y pensar a otros, muestran su carácter consustancial en la idea de rescatarse a través de la familia. El trabajo, por su parte, aparece como otro de los soportes necesarios para que el proyecto sea viable. Allí también la posibilidad de terminar la escuela se hace presente como forma de obtener las calificaciones necesarias para integrarse al mundo del trabajo. Sin embargo, muchas veces la idea de rescatarse sólo alcanza el carácter de una efímera expresión de deseo.

Un trabajador social solía decirme que es difícil competir con la calle. Según entiendo, él quería señalar dos cosas. Por un lado, el hecho de que la calle, si bien genera sufrimientos, también brinda acceso a experiencias significativas y a beneficios que buena parte de la población con las que los niños logran identificarse no tiene acceso; y por otro lado, el hecho de que los niños encuentran fuertes dificultades para construir un proyecto de vida alternativo y sin éste el rescate se muestra inviable.

Las condiciones en que desarrollan su vida dificultan la construcción de un proyecto. Sin vivienda, sin trabajo, con bajas calificaciones todo resulta cuesta arriba. Los problemas para acceder a la vivienda son una constante. Entre sus recursos está el de la ocupación ilegal. Lo he visto ocupar viviendas; montarse a la ilusión de una vida hogareña, poner energías en acondicionarlas y proyectar arreglos. Sin embargo, las casas tomadas suelen ser objeto de competencia con quienes sufren su misma necesidad: hay que defenderlas, compartirlas y enfrentar todo tipo de conflictos. Y, por lo general, acaban siendo desalojados de ellas. He visto también a varios chicos entusiasmarse con la idea de retomar la escuela; realizar averiguaciones, los trámites correspondientes y comenzar la cursada. No obstante, la dispersión y la contingencia de la vida en la calle, los hábitos adquiridos en ella, no resultan muy compatibles con las rutinas y disciplinas escolares. Los dispositivos y planes normales no se muestran capaces de contenerlos y los chicos no se muestran capaces de sostenerlos.

En cuanto al trabajo ya hemos reparado en las dificultades que encuentran para construir un proyecto alrededor suyo en las condiciones en que éste se les presenta. Y, en lo que respecta a la posibilidad de establecer una pareja o integrarse a una vida familiar, esto tampoco les resulta sencillo. El mercado amoroso al que acceden está signado por los mismos problemas que ellos atraviesan. Las relaciones que establecen, con chicas o chicos que sufren déficits de integración similares a los suyos, no logran estabilizarse. En relación con esto es posible introducir una distinción de género. Por varias razones, las chicas suelen rescatarse más que los chicos. Por un lado, ellas son menos propensas a asumir conductas de riesgo. Ello se vincula con el rol que les asigna la cultura. Sobre ellas no pesan del mismo modo las presiones de hacerse valer a través actos de arrojo que demuestren valentía y desprecio por el miedo. De ellas se esperan y aceptan los valores de la prevención, del cuidado, el sentimiento y la expresión del miedo. Por otro lado, la experiencia de la maternidad constituye para ellas un factor estructurante de un proyecto alternativo. Se encuentran, por lo tanto, mejor pertrechadas para componer una familia y dejar atrás una vida de riesgos que afectaría su vida y la de sus hijos.

He conocido también varios casos de niños que fueron recibidos en los hogares de sus parejas pero es común que se desaten allí toda suerte de conflictos. Para los niños que se habituaron a vivir en la calle no es sencillo integrarse a las dinámicas de las familias que los acogen. Una señora que vendía maíz para alimentar a las palomas en la plaza supo llevar a vivir con ella y su familia a varios de ellos. Sin embargo, todos terminaron regresando a vivir en la calle. Cuando la consulté sobre esto ella me dijo lo siguiente:

Yo los he llevado a mi casa, llevé como cinco o seis chicos. Pero no se adaptan ¿viste? No se adaptan a la familia, porque ellos están acostumbrados a ser libres. Como las palomas ¿viste? A ser libres ellos y a hacer lo que ellos quieran y que no tengan que cuidarse de acá o de allá. Yo me he dado cuenta; yo les di, les brinde mi casa, les di todo, todo, pero duraron muy poquito. A veces no les gusta que le digan una cosa o la otra, pero bueno, por eso mismo, no duraron mucho en casa ¿entendés? Porque no les gustó, bah!, no les gusta el encierro en una palabra. No les gusta el encierro. Son como las palomas, quieren ser libres¹¹⁶.

Tampoco las instituciones de albergue suelen ser para los niños una alternativa demasiado atractiva. En buena parte de ellas se carece de los recursos necesarios para satisfacer las necesidades vitales de los niños y son frecuentes las situaciones de violencia, maltrato y discriminación. La imagen que los niños tienen de los “hogares” es la de lugares de encierro donde sufren la presión de mecanismos disciplinarios que los someten a condiciones de sumisión.

Un trabajador social me lo explicaba del siguiente modo:

No, primero por que esta muy... siempre está totalmente relacionado al encierro. Para los pibes el hogar es el instituto. Siempre eh... pero hay una representación totalmente automática. Casi digo de respuesta así... pero muy automatizada. Y después los pibes que estuvieron, te dicen que no, que no vuelven a un hogar, que para que le peguen en el hogar prefieren que le peguen en la calle o en la familia, que la verdad que ya vivieron en un lugar digo bastante traumático. Te cuentan las historias de los pibes... Yo ahora estuve los últimos meses trabajando en el hogar Atrapa Sueños y en un momento una de las operadoras se sacó y le gritó a un pibe y el pibe le dijo “mirá, yo no voy a permitir que vos me grites, acá me tienen que cuidar y para que me griten está mi vieja”. De qué manera se repiten situaciones violentas en los hogares, y qué es así... por más que haya trabajado en un hogar y que yo no haya tenido esa conducta quizás la veía en otros compañeros, que no están necesariamente preparados para trabajar como operadores convivenciales, que tienen dos millones de laburos y llegan totalmente limados [desgastados, alterados] al contacto con el pibe y que por cualquier cosa se levanta la voz, porque no hay recursos, ni materiales ni humanos, para contener al pibe y que siempre la salida más fácil es el grito, el vínculo así asimétrico y bastante autoritario, entonces la verdad es que en estos momentos, con la historia de los hogares, te digo que muy pocos hogares están capacitados para tener un trato sano y digno hacia los pibes. La verdad es que uno los cuenta con los dedos de una mano los hogares que

¹¹⁶ Entrevista en profundidad con Susana, realizada el miércoles 6-08-08 en la Plaza Principal de La Cañada.

hay en provincia donde vos decís acá podemos trabajar... ¿Porque qué pasa? Vos trabajas con un pibe, los derechos no garantizados, lo que se les deben garantizar, de qué manera uno debe ser tratado ¿no?, se habla con el pibe, todo hermoso, el 14 bis de la Constitución, la Convención de los derechos, vos avanzaste sobre un montón de cosas, problematizó un montón de situaciones el pibe, entendió de por qué la familia en este momento no está capacitada para sostener a este pibe, para contenerlo, para brindarle, que se yo, una infancia sana, y de repente va a el hogar y pasa todo lo contrario, ¿entonces? ¿después el pibe...? ¿al final como es? Nosotros evaluamos un montón los lugares y a veces decimos que no. No, si va al Santa María que se quede en la calle. Es pero tristísimo, es tristísimo, de donde lo mires. Desde el recurso, desde la política. Que la oferta para los pibes sea un lugar de calle techado, es la ranchada techada algunos hogares, la verdad. Cuando vos avanzas y trabajas sobre un montón de cosas y tu propuesta es la misma que la calle, y esa es la propuesta superadora que tenés para ofrecerle es una mierda. Qué se yo, haciendo un paralelismo, vos trabajas con una mujer que sufre violencia de la pareja ¿no?, violencia física, y vos le ofreces una casa resguardo y en la casa resguardo le pegan las compañeras ¿entonces subjetivamente cómo se va a sentir esa mujer? En algún punto va a decir yo me lo merezco, digo, porque estas son las ofertas que me están dando hacia mí, estas son las ofertas que tiene el estado supuestamente para alguien que está sufriendo violencia física, otro lugar donde sufro también violencia física, es complicado... la verdad que empezás en unos cuellos de botellas que terminas no sabiendo para donde disparar a veces (...) Vos lees de cómo se va a ejecutar la ley 13.298, la 114, estamos en un socialismo. Pero después no hay comida para los pibes en los hogares, duermen 7 en una pieza que están pero recontra hacinados, tienen agua fría, buch, un maltrato que se te cae la cara de vergüenza de decirle al pibe que esa es la propuesta que tenés para hacerle¹¹⁷.

Tal vez algunas de estas cuestiones que señalamos nos permitan comprender por qué, como si de un ir y venir perpetuo se tratase, es posible ver a los niños aferrarse a ilusiones, entusiasmarse con algunos proyectos, cambiar de ánimo y de conductas, vivir en casas, integrarse a familias, establecer parejas, retomar la escuela, encontrar trabajos, tener hijos, alejarse de las drogas y del robo, plegarse a ideas y valores auspiciantes en vistas de posibles cambios; y los vemos luego, desilusionarse, desanimarse, sufrir fuertes recaídas, incurrir en conductas de riesgo y sentir en ello una especie de liberación autodestructiva. Así como cada experiencia de integración crea ilusiones y abre nuevas posibilidades, cada fracaso

¹¹⁷ Entrevista en profundidad con Germán realizada el viernes 18-04-2008 en su casa, en la Ciudad de Buenos Aires.

alimenta la frustración, el desencanto y el desaliento, acotando horizontes y reforzando ideas imposibilidad¹¹⁸.

Una socialización en la calle, al margen de las instituciones hegemónicas, produce cuerpos dotados de habitus que ajustados a las condiciones en las que fueron adquiridos, no logran adaptarse luego a los requerimientos de los dispositivos institucionales o de las formas de vida que a los niños se les presentan, o imaginan, como posibles salidas para situación. A su vez, como las alternativas de vida que se les ofrecen carecen por lo general de recursos suficientes para producir formas de pertenencias consistentes y capaces de modificar sus habitus a los niños les resulta difícil asimilar en ellas nuevos horizontes de sentido¹¹⁹.

INTEGRACIÓN, DIGNIDAD Y RIESGO

La calle tiene un atractivo para los niños, brinda sensaciones de libertad, placeres y diversiones pero no deja de ser un sitio lleno de peligros y aflicciones. A los innumerables peligros del entorno, se suman los riesgos que los niños asumen cotidianamente cuando molestan y confrontan a quienes cruzan en su camino, cuando se pelean, roban o consumen drogas, riesgos que los exponen a altas probabilidades de sufrir accidentes y enfermedades, de ser heridos, muertos o encarcelados¹²⁰. ¿Por qué lo hacen? ¿Qué valor encuentran en ello? ¿Cómo significan el riesgo?

Cuando conversé con Fede sobre los riesgos que implican los robos sus palabras fueron contundentes: “como que nos pueden matar o podemos terminar en cana toda nuestra

¹¹⁸ Este perpetuo ir y venir también desalienta y agota las energías de los operadores y trabajadores que intervienen sobre sus situaciones. Al tiempo de trabajar con los niños, y en condiciones también de inestabilidad y precariedad laboral, con recursos escasos, sin marcos ni referencias institucionales claras, sienten perder de a poco la orientación de sus acciones, no logran sentirse útiles o capaces de producir una transformación en la vida de los niños. Probablemente, la ocupación del trabajador social sea una de las de mayor nivel de rotación en la planta de trabajadores del estado. En condiciones de gran precariedad y fuerte desgaste anímico no suele ser sostenible durante mucho tiempo por quienes la realizan.

¹¹⁹ Sería interesante investigar el caso de algunos “hogares” que organizados en torno a valores políticos o religiosos aparentemente brindarían espacios de socialización y universos de sentido lo suficientemente fuertes como para producir procesos de transformación eficaces.

¹²⁰ Introducimos aquí la distinción que realiza Luhman entre peligro y riesgo: mientras que el riesgo representa un peligro aceptado e individualmente evitable, el peligro es atribuido a la circunstancia y, por lo tanto, sustraído al control del individuo. (Peretti-Watel, 2000, citado por Panaia, 2008).

puta vida”¹²¹. ¿Cómo van a desconocer esos riesgos cuando muchos de ellos tienen causas judiciales por cometer delitos, han estado privados de su libertad, sufrido accidentes, han sido, legal e ilegalmente, reprimidos por la policía y tienen conocidos presos y muertos por estos motivos? En las conversaciones con los niños sobre el consumo de drogas o sobre sus peleas, también vimos la lucidez con la que expresaban sus más temibles consecuencias. No obstante, la consciencia que tienen sobre ellos no los disuade de cometer las acciones que los originan. ¿Acaso, en sus evaluaciones, los beneficios que les reportan esas acciones compensan los costos que les acarrearán? Si reducimos la noción del beneficio al botín de un delito, al placer inmediato inducido por las drogas, a las galletitas conquistadas en una pelea o a la diversión que les depara una diablura, no parece razonable aceptar la hipótesis de un cálculo racional entre costos y beneficios. No solamente infinidad de veces existe una desproporción inmensa entre los riesgos que corren y los beneficios que obtienen (qué decir de exponer la vida en el arrebato de un celular para venderlo por un exiguo monto de dinero que se gastará en el ciber), sino que, por lo general, cuando emprenden este tipo de acciones tienden a desestimar los riesgos y evitan demorarse en cálculos y evaluaciones. ¿Podemos pensar que sus acciones sean irracionales o carentes de sentido? ¿O, como suele decirse en el campo de estudios e intervenciones sobre esta población, que los niños carecen de los recursos simbólicos necesarios para evaluar los riesgos a los que se exponen? (Grima y Le Fur, 1999). Cualquiera sea el caso, no parece justo confinar sus prácticas al terreno del sinsentido. Éstas dependen de ciertas formas culturales y responden a necesidades individuales que se desarrollan en determinadas condiciones sociales de existencia. Es posible desentrañar su lógica y comprenderlas mejor si se las contextualiza y se las inscribe en su propio horizonte simbólico.

Como hemos visto, los niños desarrollan su vida en un entorno inestable e inseguro. Lejos de sus hogares, experimentan en forma sintomática la ausencia de sus seres más significativos. El recuerdo de su pasado los enfrenta con experiencias traumáticas que regresan al presente bajo la forma de interrogantes dolorosos para los que no disponen de respuestas satisfactorias. En la calle y al margen de los dispositivos clásicos de integración y protección social de la infancia (la familia, la escuela) experimentan el rechazo de una sociedad que los estigmatiza, se habitúan al maltrato y la violencia cotidiana. En condiciones de gran incertidumbre, no logran estabilizar su presente ni vislumbrar un

¹²¹ Entrevista en profundidad con Fede y Cela realizada el martes 17-02-2009 en la Plaza Principal de La Cañada.

futuro. No caben dudas de que esta forma de vida, carente regularidades, de referencias estables, de protecciones garantizadas, representa para nuestras sociedades una experiencia social extrema. Sin embargo, los niños de la calle muestran enormes aptitudes de adaptabilidad y afrontan el desafío de asignarle algún orden y sentido. Sus “conductas de riesgo” (las transgresiones cotidianas, las peleas, los robos, el consumo de drogas), incorporados como ritos diarios a sus actividades cotidianas, de algún modo contribuyen a esta tarea. Se convierten en una forma de organizar y significar su propia experiencia. A través de ellos se adscriben a un grupo, se identifican y afirman su propio valor.

En la calle hallar formas de integración y de identificación resulta esencial para evitar el desmoronamiento personal y darle valor a la propia vida pero los lazos de solidaridad que la mayoría de los niños teje en la marginalidad no los vincula a un proyecto común, ni los inscribe en una temporalidad de largo plazo que los incite a su cuidado. Como señala Boltanski (1975, p. 75), las actitudes preventivas contienen “una filosofía implícita y exigen de quienes deben aplicarlas una cierta actitud general frente a la vida, y en especial frente al tiempo” en la que el riesgo es incorporado como una eventualidad en un plan de vida que puede ser controlado por la previsión a largo plazo. Las formas de sociabilidad en que se inscriben los niños en la calle, lejos de promover actitudes preventivas, ponen a sus cuerpos en primer plano y los inducen al riesgo. Sin normas trascendentes, sin el recurso de un tercero estable que regule sus relaciones, no hay seguridad ni lugares preestablecidos. El lugar y el valor de cada uno se ligan a su fuerza corporal (su capacidad de resistencia y de combate) y a su vigor moral (su valentía, su arrojo).

En este marco los niños suelen suspender el juicio sobre las posibles consecuencias a las que se exponen con sus acciones y simplemente les dan curso enfrentando riesgos y temores. Las necesidades de integración y de afirmación personal, la demostración a sus pares y así mismos de su propio valor, se los requiere. Se encuentran, como señala Le Breton (2004, p. 4), “atraídos por la satisfacción de sus pares y la restauración narcisista, queriendo demostrar que ‘ellos pueden hacerlo’ y entonces la conciencia de peligro a menudo los elude.” La satisfacción de estas necesidades no admite postergaciones por lo que el horizonte temporal de sus acciones se reduce al corto plazo. “Nos da un poco de miedo, no te vamos a decir que no, pero ya fue, no puedes ponerte a pensar en eso” me dijo un día Cela¹²². El “ya fue” se presenta como una razón recurrente. En la instantaneidad del

¹²² Entrevista en profundidad con Cela realizada el viernes 13-03-2009 en la Plaza del Museo de La Cañada.

corto plazo todo queda reducido al aquí y ahora, cada acción es confinada inmediatamente al pasado y desvinculada de sus consecuencias futuras.

En estas condiciones de existencia los niños desarrollan un habitus particular, singulares representaciones del cuerpo y del riesgo, disposiciones físicas y técnicas corporales que en la medida que se ajustan a las condiciones de las que son producto, les permiten orientarse en ellas pero también tienden a su reproducción. En las condiciones en que desarrollan su vida, los niños se habitúan al peligro, hacen de la transgresión y el riesgo un estilo de vida propio al que naturalizan y aprecian positivamente. Como señala Douglas (1996), cuando la incertidumbre está en un nivel muy elevado y los peligros por doquier, las normas culturales tienden a estimular los riesgos y los individuos parecen cortar la percepción de los que son altamente probables de manera de no quedar, ante ellos, paralizados.

En la precariedad de la calle, las transgresiones cotidianas, las peleas, el delito, el consumo de drogas, se convierten en mecanismos que regulan formas de integración al grupo y habilitan la conformación de una identidad social e individual. Las transgresiones les sirven para afirmar el protagonismo de su existencia, las peleas estructuran sus relaciones, el aguante les brinda seguridad y estima. Los robos y las drogas operan como prácticas rituales que organizan su experiencia y mantienen la cohesión grupal. En conjunto, estas conductas constituyen formas riesgosas de conjurar el sufrimiento y el desconcierto, de divertirse y obtener reconocimiento y aceptación. A través de ellas, los niños encuentran un modo de re-situarse en el mundo, un vehículo expresivo para sus emociones, un modo de apropiarse del peligro y sublimar sus miedos, de alejar de sí la amenaza de la impotencia. Se trata finalmente de un modo particular de hallar sitio en la sociedad, de socializarse y convertir en rasgos de prestigio los signos de su estigma.

En un mundo peligroso e incierto como el que habitan los niños en la calle, la asunción de riesgos no carece de sentido. Es un recurso privilegiado para la integración y la dignificación personal. Según Le Breton (2004, p. 2), una respuesta dolorosa que acarrea graves consecuencias en materia de lesiones, muertes y adicciones, pero “constituye un medio último para encontrar un significado en la vida y un sistema de valores, demuestra la resistencia activa de los adolescentes y sus intentos de convertirse en una parte de su mundo nuevamente. Se opone al riesgo mucho más incisivo de la depresión o el derrumbamiento radical del sentido.”

CAPÍTULO III

¿SALIR DE LA CALLE? LA INTERVENCIÓN SOCIAL ¹²³

EL CONTEXTO INSTITUCIONAL

“Si yo fuera un chico de la calle viviría en La Cañada”, me dijo una tarde un operador social. La vida en la calle siempre es dura, pero no en todos lados es igual. Cada territorio tiene sus particularidades: sus relaciones, sus lógicas, sus circuitos, sus recursos. Al consultar a los niños por los motivos por los que preferían permanecer en La Cañada en lugar de otras zonas en las que habían vivido o por las que circulaban a menudo, solían responderme que porque era un sitio más “tranquilo”. ¿Qué convierte a La Cañada en un sitio más tranquilo para los niños? Probablemente, una suma de circunstancias. La Cañada es un municipio que se distingue por sus políticas progresistas y por tener los niveles más elevados de bienestar social del contexto regional; las relaciones de los niños con los vecinos y comerciantes suelen ser cordiales; las relaciones con la policía, como hemos visto, más bien tensas y conflictivas pero, finalmente, familiares y, probablemente, menos represivas que las de otros municipios afines a las políticas de “mano dura” o en los que no existe quien ejerza algún tipo de supervisión; finalmente, si los niños que aquí se congregan guardan en común ese aprecio por la “tranquilidad”, tal vez sean niños más “tranquilos” que los que se reúnen en otros lugares. Pero, con seguridad, un factor preponderante lo constituye la existencia de un conjunto de organizaciones, gubernamentales y no gubernamentales, que, alineadas bajo el paradigma actual de los derechos del niño, componen una importante red de protección y asistencia para los chicos que circulan por la zona.

Para describir ese contexto institucional/asistencial narraré brevemente el proceso de implementación del nuevo paradigma de derechos y la historia y modalidades de trabajo de las organizaciones que, en su nombre, operan en La Cañada. Luego describiré las relaciones que estas organizaciones mantienen con los niños y los problemas y desafíos que enfrentan. Ello nos permitirá descubrir y evaluar las condiciones en que se desarrollan las acciones de intervención sobre este campo de intervención y sus capacidades de incidencia. El análisis

¹²³ Parte del material de este capítulo ha sido expuesto en una ponencia titulada “Tensiones y paradojas de un programa para chicos en situación de calle” (García Silva y Anzorena, 2010).

se nutrirá principalmente del material empírico obtenido en el marco de El Programa ya que éste fue mi foco de observación y connota un especial interés por tratarse de la respuesta que el estado brinda al problema de los niños en situación de calle en ese lugar.

El nuevo paradigma de derechos del niño

A inicios de la década de los '90 comienzan a modificarse lentamente las concepciones jurídicas que moldearon la intervención del estado sobre la infancia pobre durante más de 70 años. El estado argentino ratifica la Convención sobre los Derechos del Niño reconociendo a las personas menores de edad una amplitud de derechos y garantías e imponiéndose la obligación de desarrollar políticas públicas tendientes a garantizarlos.

El cambio en el status jurídico de la infancia se consolida con la promulgación de la Ley Nacional 26.061 a inicios de 2006. Con ella se deroga finalmente la Ley de Patronato de Menores de 1919, se da origen al sistema de protección integral de derechos de niños, niñas y adolescentes y un nuevo impulso a los procesos de adecuación de las normativas provinciales que todavía están en marcha.

En la provincia de Buenos Aires, luego de varios intentos de obstaculización por parte del Poder Judicial, en el año 2007 entra en plena vigencia la Ley 13.298. Con ella se consolida el proceso de implementación del sistema de protección integral iniciado en el año 2000 y se desplaza al poder judicial de sus funciones de “asistencia” de la infancia pobre para poner en cabeza del ejecutivo la responsabilidad de desarrollar programas de promoción, protección y restitución de derechos de niños, niñas y adolescentes, privilegiando la acción descentralizada, a través del poder administrador local¹²⁴.

¹²⁴ En la Provincia de Buenos Aires, la dinámica político institucional de conformación e implementación de una institucionalidad acorde a la normativa de protección integral de la infancia fue particularmente compleja. En el año 2000 se promulga de la Ley 12.607 que es prontamente judicializada por el Ministerio Público que, a través del Procurador General ante la Suprema Corte de Justicia (SCJPBA), logra una suspensión parcial de la misma. La SCJPBA dicta sentencia en contra, pero la ley cae en contradicción con la 13.298, promulgada a inicios de 2005, que nuevamente es judicializada por la Procuración General ante la SCJPAB, que suspende su entrada en vigencia para llamar a una Audiencia Pública. La reglamentación de la Ley a través del decreto 300/05 y la Promulgación de la Ley 13.634 Sobre los Fueros de Familia y Responsabilidad Penal del Joven (complementaria a la 13.298) a inicios de 2007, apuran el proceso y en marzo de 2007 la Procuradora General reconoce a través de una resolución la plena vigencia de las leyes 13.298 y 13.634. (Vitale et. al., 2008).

Las organizaciones gubernamentales

En el marco de este proceso, y en forma relativamente temprana para el contexto regional, el municipio de La Cañada comienza a crear los dispositivos institucionales requeridos por la nueva normativa. Se crean los Servicios Locales (un conjunto de organismos distribuidos por todo el partido que tienen la función de facilitar a los niños con derechos amenazados o vulnerados el acceso a programas, servicios y medidas disponibles en su comunidad), el Servicio Zonal (un organismo que, en un área de referencia regional, tiene las funciones de coordinar a los Servicios Locales, actuar como instancia superadora de resolución de conflictos y elevar información sobre el estado del sistema a las autoridades provinciales), la casa de abrigo (una institución dependiente de este último que alberga en forma transitoria a niños separados de su núcleo familiar) y El Programa, el único, entre todos éstos, que tiene una presencia cotidiana en la vida de los niños de la calle.

El Programa comienza a funcionar en el municipio de La Cañada en octubre de 2004, conjuntamente a otros tres municipios lindantes, en el marco de un convenio marco con la Provincia de Buenos Aires. Luego de ocho meses, se interrumpe la modalidad de trabajo regional y cada municipio continúa individualmente con el proyecto¹²⁵. Ya conocimos algunas de las tareas que desempeña pero, a nivel formal, los objetivos programáticos establecen que su misión es la de “Intervenir con niños, niñas y adolescentes en situación de calle, **creando un vínculo de confianza** que permita poner en práctica **estrategias de reducción de daños y restitución de derechos**” (Proyecto, 2009). En este marco, se propone todo un conjunto de objetivos específicos que se orientan al desarrollo de dos grandes grupos de acciones: unas vinculadas a la reducción de daños o acompañamiento de la vida en calle (recreación, esparcimiento, acompañamiento de atención en salud, intervención ante conflictos con las fuerzas de seguridad, incorporación a programas de alfabetización, fortalecimiento de redes comunitarias y de organizaciones), y otras a la búsqueda de alternativas superadoras a la vida en calle, ya sea a través de la revinculación comunitaria (con la familia de origen, familia ampliada o con otros referentes comunitarios del niño), el fortalecimiento individual para el desarrollo de un plan de vida autónomo en el

¹²⁵ En un comienzo, el convenio es con la Subsecretaría de Minoridad del Ministerio de Desarrollo Humano del Gobierno de la Provincia de Buenos Aires, con el objetivo de intervenir de manera articulada sobre los niños en situación de calle que se desplazan siguiendo el recorrido del ferrocarril que atraviesa todos estos municipios. Durante los primeros años, El Programa funcionó bajo el Área de Acción Social del Municipio de La Cañada para trasladarse a la Dirección General de Promoción y Protección de Derechos de Niñas, Niños y Adolescentes con la entrada en vigencia de la Ley 13.298 y la creación del Sistema de Protección Integral.

caso de los niños mayores de 16 años (capacitación, desarrollo de “microemprendimientos”, formación como “operadores sociales comunitarios”), o, como última medida, la gestión del ingreso a una institución de albergue o de salud (“espacio de convivencia transitoria”) (Proyecto, 2009).

Las organizaciones no gubernamentales

En La Cañada existen tres ONGs que tienen una relación frecuente con los niños de La Cañada y una basta experiencia de trabajo con ellos. Las presentaré brevemente y para no comprometerlas, las llamaré, de manera ficticia, El Áncora, La Casona y La Alternativa.

El Áncora es la más antigua. Comienza su trabajo en la zona hace más de 10 años con la intención de proteger a los niños de la calle de los abusos que cometía contra ellos la policía local. Poco a poco va relacionándose con los chicos e incorporando nuevas tareas de acompañamiento y asistencia. Desarrolla estrategias para la atención de su salud y formas de mediación para la resolución de sus problemas cotidianos.

Sus propios integrantes presentan su tarea del siguiente modo:

“Nosotros partimos de considerar y tratar a los chicos como lo que son, sujetos de derechos, y por eso no trabajamos por los pibes, sino con los pibes, acompañando sus inquietudes, su voluntad y sus decisiones. Y en este proceso de construir alternativas, nos conocemos, nos respetamos, aprendemos, creamos nuevas prácticas, nos enriquecemos y nos modificamos mutuamente”¹²⁶.

Desde hace algunos años trabaja con sede propia en el centro de La Cañada y, aunque ya no realiza abordajes callejeros, ofrece desde allí una serie de actividades y talleres de formación y recreativos: teatro, video y fotografía, macramé, dibujo, arte terapia para madres adolescentes, etc.

La Casona nace de la iniciativa de un grupo de vecinos que se reunieron en una asamblea durante la crisis del 2001 y que, tras su disolución, decidieron continuar realizando un trabajo comunitario en la zona.

La organización tiene su sede en una antigua casa que les fue cedida para desarrollar sus actividades y desde donde funciona un centro de día para los niños de la calle. Trabaja con

¹²⁶ Extraído de la página de internet de El Áncora.

los niños desde varios frentes: primero hace recorridos en la calle, luego organiza en ella actividades fijas y finalmente trabaja con talleres en su propio centro.

Según sus miembros, con este tipo de trabajo se proponen

“la construcción de un vínculo para poder lograr el acompañamiento en distintas problemáticas, como lo son la falta de documentación, procesos de salud-enfermedad, cuidado del propio cuerpo, relaciones familiares conflictivas en contextos de marginalidad, educación, violencia, abuso sexual y maltrato, tratando de revertir la gran vulneración de derechos en la que viven.”¹²⁷

La Alternativa surge hace cuatro años y medio con “el objetivo de trabajar junto a personas en situación de calle para conocer y modificar la realidad”¹²⁸. Su tarea de intervención sobre la situación específica de los niños en situación de calle en La Cañada se inicia con la organización de una merienda de frecuencia semanal para los niños, acompañada por actividades lúdicas. Según me comentaron sus miembros, “con montones de dudas y hasta con el miedo de qué nos dirán que venimos nosotros a decirles «che compartamos una merienda»”¹²⁹.

Una vez que logra consolidar este espacio de encuentro, agrega a su trabajo “callejeadas” nocturnas y otras nuevas actividades (taller de murga, circo, fútbol) que le permiten establecer relaciones cada más estrechas y regulares con los niños desde los lugares públicos desde donde opera, ya que no dispone de un lugar de trabajo propio. Actualmente, mantiene estos espacios de intercambio y actúa organizada en lo que sus integrantes denominan “parejas pedagógicas”. Estas parejas realizan seguimientos personalizados a los niños y los asisten en sus necesidades cotidianas intentando potenciar sus capacidades para construir opciones de vida alternativas. Hoy es la única organización que realiza abordajes callejeros de manera sistemática y que no dispone de financiamiento público.

¹²⁷ Extraído de la página de internet de La Casona.

¹²⁸ Extraído de la página de Internet de La Alternativa.

¹²⁹ Entrevista en profundidad con referentes de la Alternativa, realizada el lunes 25-10-2010 en un bar de La Cañada.

La articulación

Cuando yo realicé mi trabajo de campo el conjunto de las organizaciones, conscientes de que intervenían sobre un mismo campo (no sólo sobre una misma realidad social sino también sobre las mismas situaciones particulares., ya que los mismos niños circulaban y se relacionaban con unas y con las otras) hablaban habitualmente del problema de la “articulación”¹³⁰. Según decían, intentaban articularse, habían emprendido iniciativas en ese sentido pero las diferentes modalidades de trabajo e intervención, algunos recelos, les imponían ciertos obstáculos a la tarea.

-¿Ustedes laburan o tienen contacto con las otras organizaciones?

-Mmm... Se intenta. En general las articulaciones son como específicas. Por ahí de un chico en particular, por alguna situación...¹³¹

-Con las organizaciones que laburan con los pibes se formó una red. Hay reuniones mensuales, donde por ahí se hablan de algunos casos, lo que sí siempre es más fácil con las ONG porque son distintos tiempos. Si bien me parece que tenemos un montón de acuerdos en cómo vemos a los pibes y a lo que queremos llegar la manera de abordar es diferente. Tiene que ver con las diferentes realidades, con los recursos, con la historia, con el momento de cada organización¹³².

En particular, se observaba cierto distanciamiento entre las ONGs, que sus miembros asociaban a sus diferentes trayectorias y modalidades de abordaje, y cierta aprensión de las ONGs hacia las organizaciones del estado, producto de las diferentes motivaciones que regían sus prácticas pero también de cierto descrédito que pesaba sobre la acción estatal.

Cuando, a poco más de un año, volví a conversar con referentes de las organizaciones advertí algunos cambios. Habían logrado entablar relaciones más estables. Cada 15 días se reunían en el marco de una red que les permitía compartir información, unificar criterios y establecer objetivos conjuntos. Lo interesante de esto es que les permitió reconocer que sus

¹³⁰ La palabra “articulación” tiene un gran protagonismo en las prácticas militantes de raigambre popular con las que se identifican muchos de los agentes de estas organizaciones y remite a la coordinación de acciones para llevar a cabo objetivos conjuntos.

¹³¹ Entrevista en profundidad con Eloisa, operadora de El Programa, realizada el miércoles 19-03-2008 en un bar de La Cañada.

¹³² Entrevista en profundidad con referentes de El Áncora, realizada, en su sede, el martes 21-07-09.

diferencias no eran tan marcadas y que, aunque podían discrepar ante situaciones concretas, en general, compartían perspectivas y modalidades de acción, se enriquecían con sus intercambios y podían cooperar de manera efectiva para generar un marco cada vez más amplio y consistente de protección para los niños.

Hoy el pibe está acá en nuestra actividad, mañana está en El Programa y pasado pasa por La Casona. Hasta los horarios tenemos más o menos articulados. El programa trabaja a la mañana, La Casona y el Áncora a la tarde y nosotros trabajamos a la noche. Y las actividades también se van pensando para que sean bastante articuladas, para generar un trabajo grupal más allá de que seamos grupos distintos. Nuestras prácticas pueden variar un poco pero apuntamos a lo mismo y en general trabajamos de manera muy parecida con estas cuatro organizaciones de las que estamos hablando. Nos nutrimos mutuamente todo el tiempo del trabajo y la mirada de las otras organizaciones, uno se puede ver reflejado en el trabajo de otra organización que pasó por las mismas. Aparte capaz él está siguiendo el trabajo con uno de los chicos, en La Casona y en El Programa también lo están siguiendo. Hablan por teléfono y se juntan todo el tiempo, pasan a ser como un compañero más, nomás que de otra organización. Si van a la casa del pibe, van uno de cada organización, el trabajo es como super acompañado. Ahí está la articulación fuerte. Además, poder sumar con el tema del tiempo. Ver la forma de que haya más horas que estén en un ámbito distinto. Tiene que ver con que va a haber más horas en las que el pibe va estar contenido¹³³.

En la actualidad esta red local combina mecanismos formales e informales de articulación y funciona en superposición con un red más amplia (red de operadores de calle de la zona oeste) que reúne también a otros programas estatales y ONGs de la región que, en su mayoría, cuentan con financiamiento público.

LAS CARACTERÍSTICAS Y LOS DESAFÍOS DE LA INTERVENCIÓN

La existencia de este entramado institucional convierte a La Cañada en uno de los municipios más avanzados en materia de protección de los derechos del niño. Que así sea, es en parte mérito de sus políticas y del accionar de su sociedad civil, pero también del

¹³³ Entrevista en profundidad con referentes de La Alternativa, realizada el lunes 25-10-2010 en un bar de La Cañada

retraso que experimentan el resto de los municipios, con tejidos comunitarios más débiles o que todavía no ajustan sus estructuras institucionales a los requerimientos de este nuevo paradigma.

Sus avances relativos, sin embargo, no convierten a La Cañada en un modelo ideal. La institucionalización del sistema de protección integral en su territorio aún enfrenta severas dificultades. No podría evaluar el modo en que funciona el conjunto de sus dispositivos porque no he realizado observaciones en todos ellos. Sin embargo, los informantes clave a los que tuve acceso coincidieron en destacar la falta de orientación de los nuevos órganos estatales, la dificultades que encuentran para coordinar sus funciones y la imposibilidad de cumplir adecuadamente con sus objetivos con los escasos recursos, económicos y humanos, con los que cuentan.

Los instrumentos que hay no alcanzan y entre los pocos que somos no nos ponemos de acuerdo, porque es imposible ponerse de acuerdo. No podemos salir de la interna cotidiana de cada programita. La realidad nos pasa por arriba. La dificultad más compleja con la que nos encontramos es la falta de gente. Este programa arrancó con una bocha de gente nueva, egresados o en proceso de egreso de sus carreras y su primera experiencia de laburo en el estado fue acá pero el maltrato institucional del estado ha sido tan pronunciado que ha quedado ¿cuánto? El treinta por ciento de los que ingresaron, con suerte. El que no renunció, está con carpeta. Mucha gente con carpeta psiquiátrica. Cambio de funciones, renunciadas, pases a tareas más pasivas. Hoy tenemos poca gente y todo lo demás lo reemplazamos con gente que labura que no es de planta del estado. No tenés equipos sólidos que te permitan proyectarte en el tiempo. Y después la realidad de que la construcción del sistema es algo para las próximas décadas, no es algo que esté instalado hoy, pero ya no tenés al Patronato que vos sabías que el juez siempre tenía la culpa y había a quienes reclamarle. Hoy ya no tenés esto, está diluido y entonces se generan situaciones en las que realmente vos ya no sabés bien que estás haciendo¹³⁴.

Como ya he mencionado, en los abordajes socio-institucionales del problema de los niños de la calle se tiende a poner sobre relieve esta clase de dificultades y se advierte que ellas favorecen la reproducción de las antiguas prácticas tutelares o que inhiben el desarrollo de las prácticas que demanda el nuevo paradigma de derechos.

¹³⁴ Entrevista en profundidad con referentes de un programa estatal de La Cañada, realizada en su sede el viernes 11-09-2009.

En el caso específico del programa estatal que yo analizo, no observo que se repliquen los modelos de intervención tutelares. Es un programa creado bajo la filosofía del nuevo paradigma y que interviene sobre la vida de los niños sólo con su consentimiento. Los niños llegan a él atraídos por los servicios que les brinda, no se ven obligados a realizar ninguna actividad, pueden circular libremente, llegar e irse cuando lo desean y encuentran allí un lugar donde sus demandas y preocupaciones son tenidas en consideración. Su condición de acceso es que no superen los 18 años, pero, en la práctica, esta pauta extraordinariamente se respeta. Por lo general, se acepta el ingreso de todos los jóvenes que se acercan y sólo se restringe la participación de los adultos. La única condición de permanencia es que respeten un conjunto de normas básicas y en constante proceso de negociación (se les exige que respeten el horario de trabajo de la institución, que orden lo que desordenan, limpien lo que ensucian y se les prohíbe el ejercicio de la violencia y el consumo de drogas en su interior).

No obstante, es importante que podamos considerar otra clase de problemas que se presentan en las interacciones cotidianas de El Programa, y también de las otras organizaciones, porque ello nos permitirá dimensionar cuáles son los desafíos que –aún habiendo logrado superar las resistencias y las inercias del antiguo paradigma– este tipo de prácticas de intervención social deben y deberán afrontar. Nos referiremos a las dificultades que implica la generación de vínculos con los niños, la regulación de las formas de interacción con ellos, la generación de condiciones para su reinserción social (sea por vía de la revinculación comunitaria o del fortalecimiento de sus capacidades individuales) en un escenario social adverso, desigual y con una disposición insuficiente de capacidades y recursos institucionales.

La creación de vínculos

En un principio, nada vincula a los niños con organizaciones sociales como las que aquí nos interesan. La primera condición de sus tareas de intervención, por lo tanto, es la producir un vínculo con ellos. Un vínculo de confianza, pues a diferencia del antiguo paradigma de asistencia que intervenía en forma compulsiva, sus prácticas reivindicaban como eje articulador de sus intervenciones el respeto a la voluntad de los niños¹³⁵.

¹³⁵ Este principio de “respeto a la voluntad del niño” es un requisito imprescindible para que la intervención sea acorde a las necesidades del niño, no intrusiva de su modo de vida y sus parámetros socioculturales de bienestar. Es el correlato -en el marco de estos programas focales de atención a la infancia más vulnerable-

Lejos de un “protocolo de intervención” rígido, los operadores de estas instituciones intentan desarrollar en cada caso estrategias de intervención que emerjan de un proceso, como afirmaba una operadora de El Programa, “construido entre los dos”:

[...] un chico que lo conocés por primera vez, va un día a desayunar, dos días, tres días, al tercer día habla de algo... intenta... ahí nosotros tenemos juegos, si no tiene ganas de estar en la oficina lo invitamos a caminar por algún lado, lo invitamos acá a la plaza, a charlar, a jugar, a lo que sea, a pasar la mañana. No hay ningún objetivo claro, hasta que no lo empezamos a construir entre los dos¹³⁶.

El simple tiempo compartido, las actividades lúdicas e incluso la atención de la urgencia (atención de la salud, intercesión en casos de detención policial, etc.), son entendidos como un momento necesario y de vital importancia en el desarrollo de una estrategia de intervención de objetivos más ambiciosos. A medida que los chicos van desarrollando vínculos de confianza con los operadores es posible reconstruir poco a poco su historia de vida, habilitar la posibilidad de una visita a la casa, de una demanda de escolarización, la problematización de su situación familiar, la identificación de adultos de referencia, etc.

Él es así, hace un dibujo re lindo, vos le decís que lindo dibujo, es re lindo, lo pegamos en la pared... lo pega, lo ve, va y lo despega, lo saca, no le gusta, se enoja. Es así, es como que con cada chico es igual. A nosotros nos gustaría saber quién es la madre, de dónde viene. Hace como un mes y medio lo venimos viendo y no tenemos idea de nada y es re chiquito. El loco no habilita, no habilita un dato. Después con el otro más chiquitito que tiene 10 años dice, no dice. Un día agarró y estaba como dele dibujar y empezó a dibujar un montón de

del derecho del niño a ser oído que se erige como uno de los preceptos fundamentales de la nueva normativa de protección integral: la opinión del niño debe ser tenida en consideración por toda autoridad que deba tomar una decisión que pueda afectarlo, ya sea en el marco de un procedimiento judicial o administrativo. En términos muy generales, es posible sostener que a nivel judicial, este derecho modificó radicalmente la dinámica procesal de aquellas causas en las que debe ser tenido en cuenta el interés del niño, en tanto que los padres, representantes legales o el asesor de menores no desplazan de manera absoluta la voluntad de la persona menor de edad, sino que ésta debe ser siempre tenida en cuenta como elemento fundamental para que el magistrado dicte sentencia. Con todo, la sola voluntad del niño no determina la decisión definitiva del decisor sino que éste debe evaluarla teniendo en cuenta su “interés superior”. Como garantía del debido proceso, este derecho constituyó desde un inicio en uno de los argumentos principales de los defensores de los derechos del niño. Sin embargo, fuera del ámbito jurisdiccional, y sobre todo en el marco del trabajo con chicos en situación de calle, el derecho del niño a ser oído cobra otras aristas y tiene distintas implicancias tal vez porque el momento de la toma de decisión queda desdibujado, por no ser un desenlace final necesario (como sí lo es, en principio, la sentencia en un proceso judicial). Ya no se trata de “tomar en cuenta la opinión del niño” para decidir sobre alguna cuestión que traerá consecuencias en su vida, sino, un paso más, “respetar su voluntad” para consensuar las acciones a seguir a fin de restituir sus derechos.

¹³⁶ Entrevista en profundidad con Inés, trabajadora de El Programa, realizada el miércoles 19-03-2008 en un bar de La Cañada.

números, números, números. Agarró el papel, lo pasó por debajo de la mesa y dijo “ese es el teléfono de mi mamá” y nada más, nada más. Y nunca más volvió a hablar de la madre. Hay como mecanismos de los chicos, como que no es fácil tomar una entrevista a un pibe y decirle a ver... el recorrido de tu vida... es un ida y vuelta, un ida y vuelta¹³⁷.

Pero establecer y conservar vínculos sobre la base de la confianza y la garantía del respeto de la voluntad de los niños en ningún modo es tarea sencilla cuando se interpone una fuerte distancia sociocultural entre los niños y los operadores y, a priori, se carece de los soportes (identificaciones afectivas, principios de reciprocidad, jerarquías simbólicas) necesarios para producir y legitimar sus intercambios.

Es un trabajo muy difícil. Es salir a la calle al encuentro del pibe y los chicos en situación de calle viven un cotidiano muy difícil, entonces llegar a vincularse sanamente con ese cotidiano y ser referente de los pibes es un trabajo de hormiga. Hay que estar, hay que ganar la confianza y para poder trabajar con los chicos uno tiene que ser alguien para ellos y tu voz tiene que ser escuchada. Eso es lo más difícil, la escucha mutua. Poder escuchar los operadores a los chicos y que los chicos puedan escuchar a los operadores es un trabajo largo¹³⁸.

En la construcción de la confianza que habilita el lazo, los operadores apelan a la creencia de los niños en sus buenas intenciones. Según un operador, “ellos nos brindan su confianza a medida que nos conocen y se dan cuenta que queremos ayudarlos sin imponerles nada que ellos no quieran”¹³⁹. Y así es como esto ocurre. No obstante, a juzgar por la permanente intriga que los operadores muestran en relación al modo en que los niños los perciben, supongo que nunca tienen plena certeza sobre este asunto. Siempre buscan señales que les indiquen lo significan para ellos. A menudo solían expresar curiosidad por conocer lo que los niños me decían sobre ellos. Los niños de la calle, habituados a manejarse de manera autónoma y en contextos inseguros, son personas desconfiadas, sujetos reflexivos y suspicaces que a medida que se relacionan con los operadores van evaluando su carácter, sus intenciones, la firmeza de sus convicciones, los motivos de su ayuda. Solían, por ejemplo, establecer algunas distinciones entre las organizaciones y

¹³⁷ Idem.

¹³⁸ Entrevista con operadora de El Áncora realizada por radio Freeway (FM 90.7), julio 2010.

¹³⁹ Observación realizada el martes 12-08-2008 en la oficina de El Programa.

discriminaban a sus operadores según el hecho de que se vincularan con ellos de manera voluntaria, que recibieran algún tipo de apoyo financiero o un salario por su trabajo.

A los de El Programa les pagan por estar con nosotros. Capaz que lo hacen por gusto o capaz que lo hacen porque es el trabajo que tienen... pero a los de La Alternativa los entiendo más que a ellos porque lo hacen por gusto, porque a ellos nadie les da nada, no tienen un respaldo como tiene La Casona o como tiene El Áncora. Ellos lo hacen por gusto, porque se ve que nacieron para eso. A ellos sí los entiendo más. Con ellos es otra onda. Aparte, vos decís porque ellos no viven de nosotros. A ellos nadie les da nada. Te da que les das más confianza a ellos que a los que sí. Los que te dicen “bueno, hoy está el desayuno en tal y tal hora” que vos decís a ellos les pagan por estar con nosotros, a ellos no ¿Cómo entendés vos eso? Vos vas a entender más a los que lo hacen por gusto que a los que les están pagando¹⁴⁰.

La capacidad de empatía y el grado de rigurosidad con el que las organizaciones y sus operadores ordenaban las interacciones constituían criterios claves de clasificación. A partir de ellos, los niños ubicaban a las organizaciones y a sus operadores en una suerte de escala que ubicaba en un extremo a los más “piolas” y en el otro a los más “ortibas”.

A los de La Alternativa vos le contás cualquier boludez y te la re entienden. Son pibes casi de la misma edad que nosotros ¿entendés? pero que lo hacen por gusto y te entienden más. Eh, vamos a hacer actividad, vamos a hacer esto, vamos a jugar a que nosotros somos ustedes y ustedes son nosotros. Y eso lo jugamos acá en la plaza. O hacemos choriceada, como la otra vez, un viernes que fuimos todos. Esa vez fueron todos los de La Alternativa y está re copado. Estás con ellos, la pasas piola. Aparte les contás tus cosas, hay toda la confianza. En cambio los de El Programa es como que es más ortiba ¿viste? no, que ahh... En cambio vos a estos les decís sí, me fumé un porro... pero se lo contás así como si nada... Son más realistas ¿entendés? Ven más la realidad que los de El Programa. Lo que pasa que los de El Programa es como que están formados... Y los de La Casona, ahí, astilla, son piolas pero es lo mismo...¹⁴¹

Desde ya, no todos los chicos podían realizar tan perspicaces lecturas y ponerlas en palabra. Por lo general, éstas eran propias de los niños más grandes o con mayor experiencia. Sin

¹⁴⁰ Entrevista en profundidad con Cela realizada el viernes 13-03-2009 en la Plaza del Museo de La Cañada.

¹⁴¹ Idem.

embargo, como resulta natural en todo grupo, la información circulaba de unos a otros conformando un acervo de conocimientos compartido en donde la palabra de los referentes tenía un lugar preponderante. Los niños más pequeños escuchaban con atención a los mayores, reproducían sus palabras, las ponían a prueba con preguntas pícaras. Se interesaban por saber cómo era la vida de los operadores (dónde vivían, a qué se dedicaban el resto del tiempo), por qué se relacionaban con ellos (qué los motivaba, si les pagaban o no, qué pensaban sobre lo que hacían, etc.) y realizaban valoraciones a partir de la imagen que construían sobre ellos. Este interés generaba algunas tensiones porque los operadores, por protocolo, retaceaban a los niños su información personal pese a mostrarse interesados en acceder a la mayor información posible sobre ellos. Varias veces oí a los niños aludir al hecho de sentirse “psicologeados”, una especie de manipulación psicológica que ejercerían los operadores, y cuestionar el hecho de que ellos tenían que contarles todo mientras ellos no les contaban nada. Las fricciones que existen entre las formas de control social que, aunque más leves y menos influyentes, desempeñan estos programas y organizaciones y los mandatos del respeto a la voluntad del niño que proclaman, es esperable que produzcan algunos desencuentros. Los operadores de El Programa, por ejemplo, no consultan a los niños sobre su deseo de que exista un legajo con su historia personal ni cuál es la información que desean volcar allí. ¿Cómo podrían conciliar la obligación de producir información para intervenir, para monitorear sus acciones y dar cuenta de ellas con la voluntad del niño implicado en el proceso? “El otro día un pibe dijo «quiero llevarme mi legajo» y nos miramos todos y dijo «y, es mi legajo», y sí, es tu legajo, totalmente”¹⁴². Tampoco los consultan si están de acuerdo o no con las estrategias que permanentemente deben pergeñar a sus espaldas. Los he oído bromear sobre las simulaciones que montaban para producir efectos con acciones organizadas que los niños tomaban por espontáneas.

Ocurre que la producción de relaciones de confianza es una condición necesaria, más no suficiente para justificar asimetrías, funciones de cuidado, mucho menos de control. En este escenario no es evidente cómo administrar las relaciones entre la confianza y el control o cuándo una medida de control o protección puede convertirse a los ojos de un niño en una traición a su confianza. Depende, en buena medida, de la situación, de la naturaleza del vínculo que se ha tejido y de la sensibilidad de los sujetos involucrados en el proceso.

¹⁴² Entrevista en profundidad con Germán, realizada el viernes 18-04-2008 en su casa, en la Ciudad de Buenos Aires.

No obstante, y pese a todas las dificultades y resistencias que implica la producción de estos vínculos, parece evidente que, en la medida en que los niños, sin verse obligados, participan de los espacios que las organizaciones les proponen (concurriendo en forma sostenida, abriéndoles su intimidad, ofreciéndoles su afecto), brindan, con mayor o menor grado de convicción, su aceptación, su reconocimiento y depositan en ellas sus expectativas. Los hallazgos de nuestra investigación coinciden en este punto con los realizados por Gentile (2007), quien sistematizó los diversos usos que los niños hacen de una institución de asistencia y los significados que le atribuyen. Según su propia sistematización, la usan como *espacio-recurso*, espacio donde satisfacer necesidades básicas (higiene, alimentación); como *intermediario*, espacio para resolver problemas legales y de salud; como *club*, espacio de entretenimiento y sociabilidad; como *escuela*, espacio de aprendizaje; como *referencia espacial y temporal*, espacio organizador de la rutina; como *matriz de relación alternativa y refugio*, espacio pacificado, de diálogo y moderación; como *posibilidad de rescatarse*, espacio donde hallar alternativas a la vida en calle.

Considero muy interesante que la adolescente, cuyas palabras cité para ilustrar el modo en que los niños discriminan entre las distintas organizaciones, a su vez, reparara en lo siguiente:

...lo bueno de esto, acá en La Cañada, es que no estamos solos tampoco porque, por ejemplo, hoy vienen los chicos de La Alternativa, hacemos actividad, están los de El Programa, los de La Casona... O sea, el que se quiere rescatar un toque de la calle hace las actividades y el que no sigue bardeando. Y eso también ¿entendés? influye mucho y te va ayudando para que vos vayas cambiando... La Casona te ayudan para conseguirte curso, que te re dan re aliento, que hacen talleres ¿entendés? Macramé, esas pelotudeces. Y como que está bueno también porque ponés tu cabeza en algo. Un par de horas, dos veces por semana, te lo hacés. No solamente bardeas, sabés que tenés algo bueno. Por ejemplo El Gabi hace bien malabares con tres pelotitas ¿entendés? Y vos lo ves y es un drogadicto, chorro, todo y el chabón tiene su lado bueno, haciendo malabares. Pedrito se droga, todo, y juega re bien a la pelota. Fede también, roba, se droga y es un re malabarista. Y todos tenemos algo bueno ¿entendés? que gracias a ellos vos lo descubris. Porque te animás, porque ellos te dan ganas de animarte ¿entendés?¹⁴³.

¹⁴³ Idem.

La regulación de la interacción

La producción de relaciones de cierta confianza es una condición indispensable para establecer un espacio regular de interacción con los niños, pero esa condición por sí misma no garantiza la institución de un orden que regule las interacciones de manera estable. Los abordajes callejeros admiten gran flexibilidad: los operadores, respetuosos del deseo y la voluntad de los niños, se aproximan a su territorio con una propuesta y pueden marcharse si no encuentran aceptación. Pero cuando el trabajo se realiza en sede es necesario reglar las formas de la interacción, establecer algunas normas de conducta y ejercer algún tipo de autoridad para garantizar su cumplimiento. En esta clase de espacios institucionales de interacción los vínculos, las normas, los sentidos compartidos no están dados ni garantizados y se convierten en objetivos a construir y conservar a fuerza de iniciativas siempre renovadas. Este es uno de los problemas fundamentales a los que se avocan diariamente los operadores que trabajan de este modo. No se trata solamente de organizar el trabajo según objetivos de mediano o largo plazo, sino de generar las condiciones mínimas para llevar adelante y sin conflicto las interacciones cotidianas.

Como sostuvimos, buena parte de la vida de los niños transcurre por fuera de los marcos institucionales hegemónicos o en tensión con ellos. Su subjetividad se forja a distancia de las pautas tradicionales de integración y regulación social o en relación conflictiva con ellas, de modo que no las internalizan como patrón de sus conductas ni se adaptan fácilmente a ellas. Aunque los espacios institucionales que trabajan con los niños son dispositivos flexibles, sus lógicas de funcionamiento no dejan de entrar en contradicción con las lógicas que regulan el espacio callejero. Mientras en la calle no hay normas estables que organicen la rutina (horarios, obligaciones, autoridades, prohibiciones, sanciones establecidas) y las transgresiones, las peleas, los robos, el consumo de drogas son experiencias significativas que organizan las relaciones entre los niños; en los espacios institucionales existen un conjunto de pautas diametralmente distintas: la obligación de respetar horarios, de mantener cierto orden y limpieza, la prohibición de pelear, de consumir drogas y la sanción sistemática de los comportamientos considerados impropios (puede ser gritar, escupir, insultar, hablar sobre un determinado asunto, ofender a un tercero, etc.).

Es normal que los niños opongan tenaces resistencias a sus regulaciones, que ejerzan provocaciones, innumerables demandas o intenten sustraerse a los límites que les imponen. A menudo perciben las sanciones como actos discrecionales o arbitrarios y en ocasiones reaccionan ante ellas de manera agresiva. Este hecho ha sido objeto de diversas interpretaciones, en su mayoría de carácter psicológico. Grima y Le Fur (1999), por

ejemplo, han sostenido que los niños en situación de calle muestran una falla en la asimilación de la ley y suelen experimentar como una frustración, un acto de autoritarismo o desamor, cualquier negativa o postergación a sus demandas reaccionando en forma descontrolada, porque la función paterna, que permite la inscripción de la ley, no ha sido ejercida eficientemente por los adultos en sus experiencias familiares. Llorens, Alvarado, Hernández, Romero y Souto (2005), por su parte, han señalado que las reacciones agresivas y los problemas para la regulación de los impulsos son comunes entre los niños de la calle porque son una consecuencia de las situaciones traumáticas crónicas que experimentan.

Son interpretaciones interesantes y consistentes, pero considero que deberían ser enriquecidas con los aportes de una mirada socio-antropológica orientada a desentrañar cómo modelan sus conductas las formas de sociabilidad en las que se inscriben los niños en la calle.

En esa dirección, me parece interesante recordar que, por un lado, en la calle los niños se encuentran en tensión con las normas morales dominantes y expuestos a permanentes interpelaciones y cuestionamientos y que, por otro lado, las prácticas a través de las cuáles se relacionan con sus pares (por medio de las cuáles estructuran y significan su experiencia, prácticas que poco a poco van naturalizando) los confrontan continuamente a la sanción.

En ese marco, una relación demasiado reflexiva con la norma dominante o una disposición demasiado atenta a las consecuencias de la trasgresión, no es muy viable ni adecuada a las necesidades de sus acciones. Una actitud prudente y moderada no les permitiría satisfacer las exigencias que la supervivencia en la calle y la participación grupal en esas condiciones les impone. Una actitud reflexiva tendería a demorar o paralizar los actos de arrojo que tanto valoran o podría ser una fuente de stress, angustia o culpa demasiado pesada para ellos. En cambio, las reacciones “agresivas” o “descontroladas” a las que refieren las interpretaciones psicológicas de alguna forma se corresponden con las condiciones sociales en que las viven y resultan eficaces para operar en ellas. Además, evaden los permanentes llamados de atención que obligan a la reflexión o la tarea introspectiva y excluyen la evaluación de la validez moral de los propios actos a la luz de parámetros ajenos. Estos actos simplemente se realizan (“ya fue”), pero con el ánimo alerta para repeler las sanciones esperadas del entorno.

En la misma línea, debemos considerar que los niños desarrollan su subjetividad en escenarios cambiantes e inseguros. Sin suelos institucionales que garanticen la estabilidad de su experiencia, no pueden ejercer un control del tiempo, proyectar horizontes de largo

plazo ni implementar estrategias de acumulación. Su universo de acción es el de las *tácticas*, en el sentido en que de Certeau (1996) las definía: acciones que no tienen más lugar que el del otro, maniobras que operan en la contingencia y no logran conservar lo que ganan. En tales condiciones, les resulta prioritario aprovechar las ocasiones por lo que adquieren velocidad de reacción, buenos reflejos y se habitúan a permanecer atentos y prestos a hallar los resquicios de las situaciones para obtener alguna ventaja. Hay chicos que, como Gonzalito, llegan a adaptarse de manera tan extrema a estas condiciones que hay quienes no pueden atribuir sus acciones sino a problemas psicológicos o simplemente a la locura.

El comentario de todos es “Gonzalito está loco”. Como que se manda esas pero porque no mide las consecuencias... ¡Descalzo, en short., a veces en una bicicleta a contramano! Llegaba descalzo y por ahí pasaba por los puestos y se afanaba cosas con total... Porque con los puesteros como que había una onda, vos no podías afanarle al puestero, ni siquiera un alfajor porque si se lo pedías por ahí te lo daba ¿entendés? Como que los pibes tienen muy buena relación con toda la gente en ese sentido. Y empezó a afanarle a los mismos puestos de la estación...¹⁴⁴

Sin embargo, quienes pueden recomponer su historia logran captar una lógica subyacente en el curso de sus acciones:

Y es super inteligente. Por ahí todavía por eso también está sobreviviendo tantos años en la calle. Pensá que hace desde los nueve que está en calle, y era el loco... A veces venía y como que no lo podíamos abordar desde la palabra, desde el afecto digamos. Él imponía su propio ritmo, que era el de él. “Me voy a hacer un huevo frito” y agarraba y se hacía los huevos fritos. Venía todos los días a hacer huevos fritos. Y no le digas que no porque el chabón rompía todo. Aparte él quería comer huevo, no iba a comer un pancho: “yo no como cualquier porquería”. Me parece que el chabón tiene una capacidad también de manejar situaciones y ponerse en distintos lugares. Nosotros lo íbamos a visitar al hospital y era un señor, un poco más y los médicos le decían doctor. No sabes lo que era. Hablaba y que se yo... y después venía y te hacía un quilombo... Y vos decís ¿es el mismo o es otro?! Tiene esa cosa muy inteligente, de mucha capacidad de lectura del otro. La sensación que parece como que te percibe. Y acá conseguía lo que quería. Un día lo veías y decías “chiquitito...”, ya lo conocías, pero igual, es como que te compraba o te decía “las reglas acá...”. Acá había un cartel con las reglas que él transgredió todas, obviamente, y que él lo escribió...¹⁴⁵

¹⁴⁴ Entrevista en profundidad con referentes de El Áncora, realizada, en su sede, el martes 21-07-09.

¹⁴⁵ Idem.

Gonzalito era así. Arremetido, impredecible. Tenía un comportamiento efervescente que generaba desconcierto, desestabilizaba las relaciones y les imprimía altos niveles de tensión. Sin embargo, era éste el escenario en el que él se sentía cómodo y seguro. Así lograba sacar provecho de las situaciones, sustraerse a las regulaciones, ampliar sus márgenes de acción. Algunas veces generaba malestar y otras veces simpatía. Un día fuimos a buscarlo a la comisaría donde estaba detenido. Mientras preguntábamos por él en la mesa de entrada, lo escuchábamos vociferar. En seguida un policía se acercó riendo por un mensaje que le había transmitido: “dice Gonzalito que le vayamos a comprar una hamburguesa a Mc Donalds”¹⁴⁶. Su caso era bastante extremo, pero ilustrativo en la medida en que condensa ciertos rasgos que, con distintas intensidades y matices, pueden hallarse en gran parte de los niños de la calle.

El trabajo con los niños en muchas ocasiones puede tornarse agotador. Los operadores se encuentran obligados a realizar arduas y permanentes negociaciones para intentar producir y conservar un orden. Las negociaciones no siempre alcanzan los resultados esperados. Es común que se generen escaladas de tensión y se produzcan interrupciones. La mayoría de las veces no tienen graves consecuencias. En El Programa, por ejemplo, era bastante frecuente que discutieran con los operadores porque se resistían a lavar las tazas del desayuno, a guardar los juegos o a ir a la plaza para evitar el desorden y, ofuscados por la situación, resolvieran irse e instaran a los demás también a hacerlo. Pero también, aunque con menor frecuencia, se producían interrupciones más violentas: revueltas, situaciones de agresión verbal o física. En una ocasión, caminaba hacia la oficina cuando me encontré con Germán, un operador social, visiblemente intranquilo. Me dijo “vamos, vamos”, mientras miraba de reojo hacia atrás y se retiraba. Me comentó que los chicos estaban terribles, que acababan de ingresar al palacio municipal y golpear a un agente de seguridad. Me manifestó con preocupación que se hallaba desbordado, que la situación “lo sacaba de su lugar”. Nos sentamos en un banco de la plaza cuando los chicos se acercaron y nos dijeron que se dirigían hacia la oficina. Germán les dijo que no lo hicieran porque estaba cerrada pero, mientras se iban, respondieron que entrarían de todas formas. “Vámonos, yo no me voy a hacer cargo. Llamemos a Cristina [la empleada administrativa] y digámosle que cierre la puerta” fue lo último que me dijo cuando, bromeando sobre nuestra “huida” –para

¹⁴⁶ Observación realizada el martes 10-02-2009 en la comisaría de La Cañada.

sublimar ese sentimiento de impotencia que nos embargaba—, nos largamos a caminar por las calles de La Cañada.

El nivel de incertidumbre que se experimenta en programas de estas características hace de la revisión permanente de las prácticas un requisito ineludible del trabajo de los operadores. Estos deben monitorear continuamente sus acciones y los efectos que producen e ir ajustando sobre la marcha las estrategias que implementan para que los resultados se correspondan con sus propósitos. La relación entre las intenciones y los resultados de sus acciones tienen un alto grado de contingencia. Continuamente se preguntan cómo establecer pautas comunes y cómo actuar ante las transgresiones: ¿es posible suspender una actividad? ¿Abandonar el lugar? ¿Cerrar las puertas? ¿Tomar medidas que afecten a todos como respuesta a la falta de alguno/s? ¿Hay que individualizar las responsabilidades? ¿Evaluarlo caso a caso? ¿Cuáles son las implicancias y las posibles consecuencias de estas medidas?¹⁴⁷

Algunos niños, con dificultades para asimilar las normas o habituados a responder con actitudes agresivas, suelen imponer grandes desafíos y dilemas a los operadores que, una y otra vez, se ven obligados a preguntarse sobre los límites y posibilidades de su intervención con ellos. Manuel, por ejemplo, acudía asiduamente a El Programa y protagonizó reiteradas escenas de violencia: una vez, en medio de una pelea con otro niño, golpeó con un palo a un operador. En otra ocasión, tras discutir con la empleada administrativa, rompió una puerta de una trompada, amenazó con golpear al operador que intentaba contenerlo y terminó profiriendo fuertes insultos contra todos los presentes a quienes acusó de vivir a costa suya. En varias reuniones los operadores discutieron si debían seguir trabajando con él o, por el contrario, restringirle su acceso a El Programa. Una de las operadoras que insistía en no cerrarle las puertas, acabó pidiendo licencia, tomada por una fuerte angustia,

¹⁴⁷ Estos dilemas que los operadores deben discutir y resolver cotidianamente, abre la puerta a otro obstáculo a su trabajo referido a los conflictos que se suscitan entre los trabajadores que tienen formación profesional y aquellos que no la tienen. Es normal que los trabajadores no profesionales (administrativos, choferes) que mantienen contacto con los niños se muestren escépticos de las modalidades de intervención de los operadores con formación profesional y crean que la distancia social que los separa de la población sobre la que intervienen les impide comprenderla cabalmente, mientras que ellos, por hallarse más próximos a su condición, o por su experiencia (suelen ser los trabajadores más estables de estos programas), tendrían mejores capacidades para hacerlo, capacidades que, por otra parte, sienten subestimadas. En esta dirección, hemos observado que suelen creer que pueden hablarle a los chicos “desde otro lugar” o en “forma más clara”, brindarles consejos, involucrarse personalmente en situaciones particulares, si es necesario ejercer sanciones de manera más efectiva y, en ocasiones, realizan tareas de intervención que trascienden sus funciones específicas. Frente a ello “los profesionales” tienden a creer que no entienden la complejidad de su trabajo, la naturaleza de sus acciones de intervención y que interfieren en sus funciones, perjudicando las dinámicas y los procesos de trabajo con los niños.

cuando a poco tiempo de evolución de su embarazo, fue objeto de fuertes amenazas por parte de él y de su novia.

Lugar y orden:

El Programa tenía su sede en el interior de un edificio administrativo. Una oficina de unos 15 m², con una mesa, algunas sillas, un escritorio, una computadora, un aparador y un armario. No había mucho espacio libre para la circulación y no podía garantizarse que todos tuvieran un lugar para sentarse. Cuando me informaron por primera vez cómo llegar, no podía terminar de comprender: “adentro del edificio de Acción Social, por el pasillo, al fondo, avisa que venís a nuestra oficina”. Me costaba asociar la localización de El Programa con sus funciones, no entendía que los niños ingresaran cada mañana a un edificio administrativo y se dirigieran a una oficina de las del fondo. El lugar no sólo no favorecía la realización de actividades y la organización del orden; además, generaba problemas con los trabajadores de las otras oficinas a quienes incomodaba la presencia de los chicos. En una oportunidad, reunieron firmas para solicitar su desplazamiento del lugar: no toleraban sus picardías y excesos (los chicos una vez manipularon las tarjetas que registraban la asistencia de los trabajadores del edificio, otra robaron las llaves de las oficinas, una mañana descargaron los matafuegos dentro de ellas y sobre la gente, tras lo cuál se resistieron a ser echados escabulléndose y ocultándose debajo de los escritorios) pero tampoco consentían su presencia física: sus gritos, sus peleas, que durmieran sobre los bancos de la sala de espera para los trámites, su suciedad, su olor.

Por todo ello, durante un período los operadores decidieron trabajar directamente en y desde la plaza. Más espacio significaba menos roces y relaciones más distendidas. Si no garantizaba el orden, al menos el desorden no adquiriría rasgos fuertemente disruptivos (había mayor continuidad o menor distancia entre el adentro institucional y el afuera callejero, los chicos con mayor facilidad podían retirarse de la actividad al igual que los operadores quienes en caso de suscitarse algún conflicto podían suspender las tareas y marcharse) y facilitaba el trabajo individual. El espacio público, paradójicamente, habilitaba en este caso mayor intimidad y diálogos más personalizados.

La revinculación comunitaria

Además de las actividades generales de reducción de daños y acompañamiento de la vida en calle, el trabajo de los operadores se orienta, cuando es posible, al desarrollo de intervenciones individuales tendientes a buscar alternativas a esa forma de vida. Coincidentemente con la normativa de promoción y protección de derechos que prioriza la convivencia familiar y prohíbe la institucionalización motivada en la ausencia o carencia de recursos materiales, estas intervenciones siempre tienen como objetivo deseable la revinculación de los chicos con su comunidad de origen (ya sea la familia biológica, ampliada u otros referentes comunitarios).

Sin embargo, en la práctica estos objetivos constituyen un horizonte de difícil realización. Los operadores enfrentan problemas de raíces estructurales. La mayor parte de los chicos proceden de barrios, comunidades y familias que sufren graves problemas de desintegración, inestabilidad y vulnerabilidad social.

A ver, si yo te pido un hogar para 5 hermanos es porque el barrio no está capacitado para sostener a esta familia. No tienen lugares para que los pibes vayan, no hay una sociedad de fomento, la escuela se viene abajo, no pueden jugar a la pelota en la calle porque a las 6 de la tarde ya está todo mal. Te dicen, “yo no puedo contenerlo” “no le puedo hacer competencia a la calle”, “no tengo cosas para ofrecer que la calle le ofrece”. Hasta de decir un ciber. No tienen un ciber a 150 km a la redonda. Digo, hay que ser consciente cuando uno dice trabajemos con la comunidad ¿qué? Está todo bien, pueden ser muy solidarios, pueden tener una mirada muy colectiva de la vida pero hay condiciones objetivas que tienen que ver con la clase obrera que no las vamos a cambiar nosotros desde el municipio de La Cañada o avisándole a la señora que hable con la manzanera que le van a dar un plan social. Sino pensaríamos que algunas cuestiones se resuelven solamente con visualizar quién es el que da el recurso. La verdad es que vos vas a hacer la visita a las casas y decís el pibe que se fue a veces es el más sano¹⁴⁸.

Evidentemente, los graves problemas estructurales no pueden resolverse con acciones de asistencia focalizada. Los vínculos familiares, lo suficientemente deteriorados como para promover la salida de los niños a la calle, no son fáciles de restaurar, por más buenas intenciones. Los operadores hacen grandes esfuerzos, pero sin capacidades institucionales

¹⁴⁸ Entrevista en profundidad con Germán, realizada el viernes 18-04-2008 en su casa, en la Ciudad de Buenos Aires.

para desarrollar estrategias de “fortalecimiento de vínculos”, sin procedimientos institucionalizados para instar a otras áreas del estado a que facilite el acceso prioritario de esas familias y sus niños a las políticas públicas adecuadas, todo lo que pueden hacer resulta poco.

Siempre tienen presente la necesidad de trabajar con las familias de origen de los niños y la importancia de mantener sus relaciones primarias.

...siempre es importante tener en cuenta a la familia, siempre hay alguien para trabajar. Sea un tío, sea un abuelo. No necesariamente que lo aloje o que viva con él, que esté, una presencia ¿no? Mantener el vínculo con la familia es importantísimo, desde el lugar que sea, aunque esta madre tenga totalmente naturalizada la violencia se puede trabajar, no hay que cerrar puertas. Para mí no hay que cerrar puertas nunca. Digo, dentro de los límites de la razón obviamente ¿no?¹⁴⁹

En el legajo de Hernán, un adolescente de 16 años con el que El Programa trabajó durante varios meses para encontrar una alternativa a su situación de calle, puede verse una minuciosa recolección de datos de sus referentes adultos (su madre, un hermano mayor, un abuelo que vive en Córdoba). Sin embargo, el alcance de las acciones que se despliegan para la revinculación se reducen a contactar a su familia, visitar su casa en dos oportunidades, mantener comunicación telefónica con su madre, proponerse como mediadores entre ella y el niño “como para comenzar a mejorar el diálogo a fin de entenderse mutuamente para generar un bienestar entre ambos charlando las diferencias, los acuerdos, para ver cómo se encuentra una salida a la situación de calle de Hernán”¹⁵⁰. En este caso, lo más parecido a una inclusión en políticas públicas es el intento de establecer un nexo entre la madre y el niño con operadores de otro programa que trabajaba en su localidad de origen.

Pese a los deseos y las intenciones de revincular, una agenda de recursos basada en relaciones personales con trabajadores de otras áreas y/o municipios, “mecanismos de mediación” tendientes a modificar representaciones y pautas de relaciones entre los niños y sus familias son recursos demasiado superficiales para enfrentar problemáticas profundas como las que sufren normalmente las familias de los niños en situación de calle.

¹⁴⁹ Idem.

¹⁵⁰ Registrado el día 11-10-07 en el legajo del niño.

El “fortalecimiento” individual

Ante las dificultades que presenta el trabajo con la comunidad de origen, los operadores afirman que habitualmente las estrategias de intervención orientadas a la búsqueda de alternativas a la vida en calle se reducen a trabajar con lo que llaman los “recursos individuales del pibe”. Así el respeto por la voluntad del niño, nacido como garantía de un debido proceso en el desarrollo de una intervención a fin de evitar arbitrariedades de los agentes estatales, termina por constituirse en herramienta principal de intervención para hallar una salida a la vida en calle.

La manifestación del niño de “rescatarse”, constituye un elemento central para poner en marcha alguna intervención orientada en este sentido. Si la idea de “rescatarse” siempre se encuentra presente, sólo en algunas ocasiones se traduce en una demanda concreta hacia los operadores. Ellos intentan propiciarla, identificando y favoreciendo aquellas prácticas, valores, sentimientos, vínculos familiares y comunitarios de los niños que suponen afines al desarrollo de un plan de vida alternativo y, paralelamente, desincentivando y/o desaprobando –intentando manejar ese delicado equilibrio entre la confianza y el control– aquellas otras prácticas, vínculos y valores que identifican como nocivos.

Aun cuando cada “caso” tiene características distintas, es posible sostener que, por lo general, la manifestación de una voluntad de salir de la calle se vincula con alguna demanda específica: el ingreso a una institución de albergue, una ayuda económica para solventar el pago de una pensión o alquiler, materiales para la construcción de una vivienda¹⁵¹. Este pedido supone el inicio de una serie de nuevas acciones: indagar sobre los vínculos con su comunidad para considerar la posibilidad de una revinculación; evaluar este pedido a la luz de las probabilidades con las que cuenta el chico para hacer frente a sus consecuencias; identificar un momento en el que resulte adecuado proponer posibles respuestas y, una vez que la demanda se adecua a la evaluación de los operadores, comenzar la etapa de búsqueda y gestión del recurso necesario.

Ante los pedidos de los chicos los operadores responden con prudencia porque saben que la imposibilidad de sostener las consecuencias de sus deseos puede ser experimentada por

¹⁵¹ Por el contrario, las intervenciones dirigidas al fortalecimiento de los vínculos comunitarios para un eventual revinculación familiar suelen surgir a propuesta de los operadores. Esto es así porque cuando los chicos deciden “rescatarse” volviendo con sus familias de origen, algo que sucede de manera frecuente, salvo algunas excepciones en las que pueden pedir algún acompañamiento o mediación, lo hacen de manera autónoma.

ellos como un nuevo fracaso o frustración que dificulte el trabajo a futuro. Los avances y retrocesos que experimentan en el desafío de “rescatarse”, las dificultades que encuentran para adaptarse a formas de vida alternativas, obligan a los operadores a evaluar la capacidad de los niños para sostener su demanda en el tiempo y afrontar sus consecuencias. En el legajo de Hernán, bajo la repetida expresión “trabajar la demanda”, se pone de manifiesto la preocupación para que el ingreso del joven en una institución de albergue no se realizara de manera “apresurada”, antes de que hubiera podido sopesar “lo que implica vivir en un hogar respecto a las normas de convivencia, a los horarios, a las actividades y a la posibilidad de ir averiguando sobre algunos hogares para que Herni vaya teniendo un panorama y una idea general”¹⁵². ¿Pero cómo estar seguro de cuál es el momento indicado? ¿Cuál es el gesto? ¿Cuándo es el momento de ofrecer confianza y pleno apoyo a un niño que declara sus intenciones de rescatarse y cuándo el de confrontarlo con sus propios límites y las consecuencias que derivan de sus decisiones? Los operadores enfrentan, a menudo, situaciones dilemáticas. Para resolverlas se reúnen, discuten y deliberan. En el caso de Hernán, entre el día en que los operadores de El Programa registran que el chico “comenzó a contar que ya estaba cansado de dormir en la calle, que quería vivir en algún hogar”¹⁵³ y el momento en el que ingresa a un dispositivo de albergue, pasaron cuatro meses. Una pelea con la familia que redundó en un nuevo pedido de ingresar a un hogar fue interpretado por los operadores como un signo de que el chico podría sostener el proceso de adaptación a la institución.

En diciembre se dio una situación de inflexión en el abordaje dada la proximidad de las fiestas, hecho que movilizaba al joven y sus expectativas dentro de su ámbito familiar. Él esperaba que para año nuevo su mamá y su hermano lo vinieran a buscar a La Cañada para compartir el Primero de Enero, ya que esto era lo que habían arreglado cuando se comunicó telefónicamente para Navidad. El encuentro no se dio y esto influyó mucho en la decisión tomada por el joven. Durante enero se profundiza el trabajo referido a un posible ingreso a la Casa de Abrigo. El 25 de ese mes Hernán se presenta muy decidido a ingresar ese mismo día. Es importante remarcar que en tres ocasiones previas se había acordado con Hernán diferentes encuentros que implicaban un compromiso importante con la problematización de su situación de calle a los cuales él se ausentó. Esto evidenciaba una falta de determinación en el joven que se estaría revirtiendo en este proceso¹⁵⁴.

¹⁵² Registrado el día 26-09-07 en el legajo del niño.

¹⁵³ Idem.

¹⁵⁴ Solicitud de la medida de Abrigo para Hernán S. - 1 de febrero de 2008

Otro elemento a tener en cuenta sobre la importancia de “trabajar la demanda” es el contexto de falta de recursos institucionales disponibles, vacantes en instituciones de albergue en este caso, dado que esto hace que los operadores redoblen los recaudos que toman antes de dar respuesta a los pedidos de los chicos ante el temor de “quemar los recursos”. Gran parte de las veces conseguir un recurso implica poner en juego relaciones personales con quienes administran esos bienes escasos. La posibilidad de su desaprovechamiento puede poner en cuestión el trabajo de los operadores y resultar en la desaparición de un recurso institucional en el futuro, sea para el chico particular o para todo el programa en general.

En el caso específico de las vacantes de las instituciones de albergue, por lo general ONGs que tienen convenios con el gobierno provincial, estas tienen total libertad para admitir o no el ingreso de un chico y una vez que han conformado un grupo de niños estable son reticentes a realizar nuevas incorporaciones. Que un niño ingrese y luego no pueda sostener su estadía (ya sea porque no logra adaptarse, se pelea, regresa a su casa sin avisar, etc.) es un motivo para que pierda la posibilidad de ingresar nuevamente.

Desde el 22/03 Hernán está nuevamente en el Zonal, lugar donde recurrió luego de haberse ido del Hogar el día después de su cumpleaños. Mario y Antonia (equipo técnico del Zonal) refieren haber hablado con [el director del hogar] y que él les comentó que Hernán venía teniendo varios conflictos con chicos del hogar. [...] También lo vimos a Hernán, estaba bien, un poco deprimido. Infiere haberse incorporado bien a la dinámica del hogar, que estaba yendo a trabajar al campo y a la escuela a la tarde, que estaba aprendiendo a tocar la guitarra y que estaba “conociendo” a una de las chicas, cuestión que generó, según Hernán, celos entre otros dos chicas que les “llenaban la cabeza [al director] y que lo castigaba mandándolo a su pieza sin poder charlar la situación.

Hernán refiere que esto lo colocó en una situación injusta y que pasó el día de su cumpleaños (fecha para la que tenía muchas expectativas) castigado. Al día siguiente cuenta haber saludado y haberse ido al Zonal donde le facilitaron \$5 para que volviera pero que cuando volvió las puertas estaban cerradas para él¹⁵⁵.

¹⁵⁵ Registrado el día 27-03-08 en el legajo del niño.

LAS CAPACIDADES Y LOS RECURSOS INSTITUCIONALES

El proceso de reconocimiento jurídico de niños, niñas y adolescentes como ciudadanos de pleno derecho iniciado en los '90 se desarrolló en nuestro país casi en paralelo a un proceso más amplio de “desciudadanización”, signado por el proceso de desestructuración del régimen de bienestar social basado en el cuasi pleno empleo y su reemplazo por un modelo de mercantilización de la provisión de servicios sociales y la desestructuración del Estado Social. Como resultado, hoy existe una profunda brecha entre la condición jurídica de la infancia y la condición real de los niños que viven en las calles. Quienes operan en su seno, con el mandato de saldar esta distancia, realizan un trabajo complejo y exigente. Se enfrentan con problemas estructurales, se involucran en realidades sensibles y dolorosas en las que construir vínculos requiere tiempo y entereza. La administración de esos vínculos los expone a situaciones de tensión y riesgo, les exige un gran compromiso, profesionalidad y un trabajo de reflexividad constante.

En el caso de las organizaciones no gubernamentales no conozco con suficiente detalle cómo gestionan y hacen frente a estas circunstancias. Sé que se autogestionan y tienen un compromiso militante con la tarea que realizan. El Áncora y La Casona, recordemos, cuentan con financiamiento público y La Alternativa no, pero todas ellas definen de manera autónoma sus objetivos, el modo en que organizan sus relaciones y sus condiciones de trabajo. Sus miembros pueden considerarse activistas sociales, adherentes a un proyecto de orientación política progresista y popular, que los contiene y da sentido a sus acciones.

En lo que respecta a El Programa puedo profundizar un poco más y afirmar que el marco institucional en que los operadores realizan sus tareas no les brinda suficiente reconocimiento y contención. Como sucede en buena parte de los programas de este tipo, la mayoría de sus trabajadores se encuentran precarizados. En el período en que yo realicé esta investigación, las condiciones de contratación y remuneración en El Programa eran dispares. Cinco de los nueve trabajadores que por entonces se desempeñaban, tenían contratos de locación de servicios renovables cada tres meses, de manera que no contaban con ninguna estabilidad ni certeza sobre su futuro. Dos tenían contratos de planta transitoria del municipio y otros dos, un operador y una administrativa procedentes de otras áreas del municipio, eran los únicos que gozaban de los beneficios de un contrato de planta permanente. Las distintas modalidades de contratación hacían que, aún cuando

desempeñaran las mismas funciones y tuvieran las mismas cargas horarias, obtuvieran diferentes salarios por su trabajo.

Por otra parte, una relación tensa y desconcertante con la dirección y la coordinación de El Programa no favorecía las cosas. Cuando comencé a participar de las actividades de El Programa, el grupo de operadores tenía casi todas las funciones a su cargo y actuaba con relativa autonomía, pero transcurrido un tiempo fue puesto bajo la coordinación de los representantes de una organización de la sociedad civil. Esto marcó un punto de inflexión en sus vínculos con la dirección del municipio y con El Programa mismo. Los operadores discrepaban con algunos criterios de intervención de los nuevos coordinadores pero sobre todo no tenían en claro cuál era su función y la naturaleza de su relación con ellos. La ausencia de certezas suscitaba sospechas y promovía la desconfianza. Se acusaba a la organización interviniente de beneficiarse de la pobreza y al municipio de contratarla para terciarizar la gestión de El Programa y sus relaciones laborales, abandonando, con ello, sus responsabilidades.

Este tipo de circunstancias, a las que se suma la insuficiencia de recursos institucionales para la intervención, suelen ser las condiciones comunes en que desarrollan su acción los programas estatales que trabajan con los niños de la calle. Se crea así un escenario muy particular en el que los operadores experimentan un núcleo de ambivalencias sobre el sentido de su trabajo. Conviven con la tensión de cumplir una función en el estado identificándose y comprometiéndose con el discurso que éste promueve a través de la nueva legislación (derecho del niño a la convivencia familiar, a que se considere su opinión, prohibición de la institucionalización y judicialización de la pobreza, etc.), pero diferenciándose del modo en que lo realiza. Satisfechos con el marco conceptual estatal a partir del cuál desarrollan sus estrategias de intervención, repudian sus condiciones laborales y mantienen un descontento básico con las estrategias reales que pueden implementar en el marco de la falta de recursos específicos para operar en el mediano plazo. Mientras el estado aparece como un ente externo a ellos mismos, lo que impera es la denuncia de este desacople entre lo que el Estado dice y lo que el Estado hace.

... yo te lo digo fríamente pero hace 4 años que lo estoy pensando, desde que entré a trabajar en esto. ¿Hacia donde vamos con esta...? Digo, vos lees de cómo se va a ejecutar la ley 13.298, la 114, estamos en un socialismo. Pero después... no hay comida para los pibes en los hogares. Duermen 7 en una pieza que están pero recontra hacinados, tienen agua fría,

bueh un maltrato que se te cae la cara de vergüenza de decirle al pibe que esa es la propuesta que tenés para hacerle¹⁵⁶.

Su experiencia pendula entre el orgullo y el compromiso con la función social que desempeñan y el sentimiento de que avalan una política que avade sus responsabilidades. Frente a estas contradicciones, que se transforman rápidamente en fuente de angustia, continuar desarrollando el trabajo cotidiano requiere de una gran cuota de perseverancia, cuando no de resignación: “pero bueno, que se yo... hay que seguir intentando...”, “hay que respirar hondo y seguir...”. Al menos 6 operadores que trabajaban en El Programa al momento de realizar el trabajo de campo –que concluyó en julio de 2009– ya habían renunciado en septiembre de 2010¹⁵⁷.

Una mirada en perspectiva

Durante casi todo un siglo dominó una matriz de intervención tutelar en la que el control social punitivo y la institucionalización fueron las respuestas que el estado, en nombre de la compasión y la asistencia, dio a la infancia marginal (Ver García Mendez, 1997). Ahora que esa matriz disciplinaria está siendo dejada atrás, –con las dificultades que ello implica y todos los obstáculos que quedan por superar– es necesario no perder de vista los avances que se han logrado y aportar a la reflexión sobre los problemas específicos que el nuevo sistema de protección integral de promoción y protección de derechos de niñas, niños y adolescentes deberá enfrentar, si es que logra sobrevivir y establecerse.

En muchas localidades todavía no se han puesto en marcha los mecanismos institucionales que la nueva legislación prevé para la promoción y protección de los derechos de los niños. En otros, como en el municipio del que me he ocupado, estos mecanismos están en funcionamiento y, actuando en forma articulada con otras organizaciones, cumplen una importante función social pero se encuentran tensionados por un conjunto de problemas y desafíos: crear vínculos de confianza y reglar interacciones en la ausencia de marcos y

¹⁵⁶ Entrevista en profundidad con Germán, realizada el viernes 18-04-2008 en su casa, en la Ciudad de Buenos Aires.

¹⁵⁷ Según me informaron autoridades municipales, “en la actualidad el programa cuenta con 1 coordinador, 2 operadores de calle y una empleada administrativa que a su vez colabora como operadora, quedando dos puestos vacantes que esperamos renovar a mas tardar a fines de octubre”.

estructuras comunes de significación; promover revinculaciones con comunidades y familias cuyos lazos se encuentran muy debilitados; fortalecer capacidades individuales tendientes a generar un deseo y una decisión sostenible de “rescatarse” en niños que desarrollan su vida en condiciones que dificultan la construcción de proyectos alternativos. Enfrentar estas dificultades sin marcos de contención institucional, sin suficientes referencias, recursos y protecciones, es una tarea que genera un fuerte desgaste anímico. Quienes la realizan no logran sostenerla durante mucho tiempo y ello explica la alta rotación de personal que actualmente existe entre los programas del sistema de protección integral, un problema grave si se considera que en ellos la experiencia acumulada es un recurso fundamental.

La inestabilidad de los programas, la desprotección de sus trabajadores, la insuficiencia de recursos institucionales y económicos que se les destinan conspiran contra la consolidación de un sistema de protección integral capaz de dar cumplimiento a las obligaciones que por ley se ha dado. En la medida en que éste no logre organizar proyectos sustentables que, conscientes de los problemas que le atañen, brinden orientación y consistencia a sus acciones y dispongan las condiciones y recursos necesarias para implementar estrategias eficaces y promover la contención y el compromiso de sus agentes, difícilmente podrá hacer frente al inmenso desafío que por delante tiene.

CONCLUSIONES

Con esta tesis quise contribuir a la comprensión de las experiencias de vida y los puntos de vista de los niños de la calle. Por ello centré la atención sobre un grupo particular de niños que pasan sus días y sus noches en las inmediaciones de una importante estación de trenes de una ciudad del conurbano bonaerense e indagué sobre las circunstancias y las razones que los conducen a la calle y las maneras en que allí viven.

En primer lugar, analicé sus condiciones sociales de origen, las características predominantes de sus familias y sus perspectivas personales acerca de los recorridos que los condujeron a la calle. En segundo lugar, exploré sus maneras de ser y de estar en la calle, las relaciones que establecen con su grupo de pares, las cosas que hacen, que dicen, que sienten y piensan; y, por último, examiné sus relaciones con los programas y los trabajadores sociales que intervienen sobre su situación, aprovechando la ocasión para evaluar los problemas y desafíos que enfrentan.

I.

¿Cómo y por qué los niños se alejan de sus hogares, llegan a las calles y permanecen en ellas? Si se analizan las respuestas que hoy suelen darse a estas preguntas, es posible reconocer dos posturas enfrentadas que reavivan las clásicas tensiones entre los enfoques objetivistas y subjetivistas de la acción social.¹⁵⁸ Para simplificar, basta decir que hay quienes encuentran en las condiciones objetivas de la vida de los niños (el desempleo de sus padres, la pobreza, la desestructuración o la violencia de sus familias) las razones que los conducen a la calle y quienes las encuentran, al contrario, en sus disposiciones subjetivas: sus deseos, expectativas e intenciones particulares. Los enfoques objetivistas tienden a destacar a los niños como víctimas de las determinaciones socio-estructurales y los enfoques subjetivistas, más sensibles al punto de vista de los actores, a destacar su condición de sujetos activos, portadores de una voluntad de cambio o resistencia.

¹⁵⁸ Podemos recordar que, según Bourdieu, “De todas las oposiciones que dividen artificialmente a la ciencia social, la fundamental y la más ruinosa es aquella que se establece entre el subjetivismo y el objetivismo” (2007, p. 43). “Objetivismo y subjetivismo, mecanicismo y finalismo, necesidad estructural y agenciamiento individual son falsas antinomias. Cada término de oposiciones refuerza al otro, y todos ellos se confabulan para ofuscar la verdad antropológica de la práctica humana” (2008, p. 34).

Evidentemente, que las cosas puedan verse de una forma o de la otra, depende, como suele decirse, del lente con el que se mira, ya que, normalmente, en la experiencia de un niño que inicia y sostiene un tránsito entre su casa y la calle intervienen tanto condiciones objetivas como disposiciones subjetivas. Habitualmente, la discusión se entabla en torno a cuáles de éstas deberíamos dar una mayor relevancia y por qué razón. Un poco menos común es el interés por comprender sus relaciones.

En lo particular, considero que un estudio sociológico bien puede ocuparse de las determinaciones socioeconómicas fundamentales y prescindir del punto de vista de los actores. Ofreciendo una mirada estructural es posible dar cuenta de los riesgos sociales que alimentan el fenómeno de los niños de la calle: el desempleo, la informalidad, la pobreza, las excesivas exigencias que enfrentan organizaciones familiares carenciadas y numerosas en un entorno de inestabilidad social e incertidumbre, los riesgos que afectan a un amplia población de niños que se familiarizan con la calle, de los cuáles tan un solo un pequeño número se aleja de sus hogares y construye en ella una singular forma de vida. Pero una mirada estructural no nos permite comprender por qué actúan de este modo quienes así lo hacen. Para hacerlo es necesario describir e interpretar cómo las condiciones objetivas se entraman con sus disposiciones subjetivas, cómo los factores estructurales se vinculan con sus experiencias simbólicas y con sus intenciones. Para ello, además de localizarlos en su posición social, es preciso observar con cierta profundidad sus realidades personales, sus acciones, conversar con ellos. Vale la pena hacerlo en la medida en que nos interese conocer la forma en que en sus circunstancias ellos viven, experimentan y participan de la construcción de su destino.

Mi apuesta ha sido la de intentar dar cuenta del modo en que ciertas condiciones objetivas y subjetivas, materiales e ideales, sociales e individuales convergen en la experiencia de los niños que, por períodos de tiempo variable, parten de sus casas y se quedan en las calles. Para realizar algún aporte he puesto el énfasis en la relación que se establece entre las condiciones de integración y las de producción de sentido, una relación que, de principio a fin, ha atravesado el recorrido de esta tesis.

Siguiendo a Geertz sostuve que los hombres son seres simbólicos, sujetos que no sólo dan sentido a su existencia sino que lo necesitan y lo buscan. Sujetos que pueden hacer frente a todo aquello que puedan imaginar menos al caos, al vacío, a la ausencia de significación. Según el autor, toda aproximación a los límites de la significación (la experiencia de un profundo desconcierto, del sufrimiento sin razón o la sensación de una paradoja ética insoluble y persistente) produce en ellos la más viva ansiedad. Reparé, continuando con su

razonamiento, en que a lo largo de la historia del hombre las religiones y el conjunto de sus rituales han servido para organizar la vida respondiendo a los desafíos de la significación. Retomando los aportes de Berger y Luckman, agregué que el conjunto de las instituciones que se articulan en la organización de un sistema sociocultural apuntan a ello. Son y funcionan como reservas de sentido para la orientación de las acciones particulares y para la organización de toda la conducta de vida. Porque el sentido, que distingue la sustancia de la condición humana, no se realiza sino a través de las relaciones con los otros y requiere para su constitución armónica de ciertas condiciones de integración y de regulación social que lo organicen.

La integración, en sus diversas formas, (sea tradicional, comunitaria o laboral, política, territorial) implica la inmersión en tramas afectivas, en experiencias de identificación que generan sentimientos de compromiso con los otros y brindan marcos de contención, regulación y orientación para las prácticas y las representaciones de los individuos. Las regulaciones institucionales ofrecen una organización espacio-temporal para el cambio permanente de la vida. Brindan condiciones de estabilidad, puntos de apoyo, seguridades y certezas que habilitan la posibilidad de ajustar la conducta a un plan de vida. Todo ello, en suma liga a los hombres en relaciones que sustentan su existencia y les otorga un espesor y aplomo que les permite afirmarse sobre sí mismos, sobre la fuerza de su voluntad para dirigirse en alguna dirección, hacia alguna meta. En pocas palabras, les da un sentido.

En las sociedades premodernas, simples y homogéneas, tal vez la tradición y las religiones con sus rituales bastaran para organizar una cosmovisión y un sentido global para la vida. En las sociedades modernas, complejas y diferenciadas, fue necesaria la organización de un entramado institucional complejo, articulado bajo la égida, o sobre el suelo, de los estados nacionales (meta-instituciones donadoras de sentido, según la definición del historiador Ignacio Lewkowicz, 2003), para promover la integración de los individuos y ofrecerles un marco de sentido para sus vidas. Fueron la familia, la escuela, el trabajo, reguladas y protegidas por el estado, las instituciones fundamentales que se enlazaron para garantizar las condiciones de integración y de estabilidad social necesarias para asegurar la consistencia del universo simbólico de los hombres.

Como sabemos, estas formas de integración e institucionalización dominantes hoy atraviesan muchas dificultades. Mucho se ha dicho y escrito sobre su “crisis”. Pero independientemente de ello, o en complemento con ello, lo que me interesa destacar es que los niños en situación de calle son unas de las poblaciones que se encuentra a mayor distancia de esas formas clásicas de integración social e institucionalización de la vida. Su

situación, de hecho, puede considerarse como el efecto de una serie de des-anclajes sociales e institucionales: el des-anclaje familiar, escolar, laboral, barrial.

Sus familias no cuentan con los soportes sociales esenciales para organizar una vida estable y relativamente confortable: una gran mayoría son familias numerosas (el 80% de los niños tiene 4 hermanos o más) que en condiciones restrictivas y de gran vulnerabilidad, deben responder a las múltiples necesidades que demanda el cuidado de muchos niños lo que sobrecarga sus exigencias y eleva las dificultades para satisfacer las expectativas de sus miembros¹⁵⁹. Los niños experimentan en ellas situaciones de sufrimiento, de angustia y desconcierto (experiencias de violencia, sentimientos de rechazo, de indiferencia, de aburrimiento) que les impiden construir en su seno un sentido y un valor de sí acorde a sus expectativas lo que les genera agudas tensiones morales y los anima a tomar distancia de ellas¹⁶⁰.

No he analizado con profundidad la cuestión escolar –la cuál merecería ser objeto de un estudio específico ya que ha quedado bastante relegada en las investigaciones sobre el tema–, pero pude constatar, al igual que muestra Pojomovsky et. al. (2008), que casi todos los niños que se encuentran en la calle han pasado por la institución escolar y aunque, por períodos, algunos regresan a ella, ésta no encuentra el modo de retenerlos ni de lograr que avancen con éxito en sus estudios.

¹⁵⁹ Los hogares monoparentales, pobres, con muchos niños a su cargo se encuentran en la situación de mayor vulnerabilidad (más del 20% de los niños en situación de calle procede de esta clase de hogares, en su mayoría de jefatura femenina). Con una inserción frágil al mundo del empleo y sin acceso a servicios públicos de calidad en sus lugares de origen, enfrentan grandes dificultades para compatibilizar el trabajo y el cuidado de los niños. En un contexto social en el que los hogares de este tipo y la participación laboral de las mujeres, especialmente de las mujeres pobres, se incrementan resulta más que nunca prioritario garantizar un acceso universal y de calidad a los servicios de cuidado y educación inicial para la infancia para favorecer las posibilidades de inserción laboral de los padres sin perjuicio del cuidado de los niños y contribuir a generar condiciones mínimas de equidad en etapas que son claves para su desarrollo.

¹⁶⁰ ¿Qué tensiones morales experimentan estos niños? La decisión de quedarse, irse, volver o no volver a su casa, a sus familias; de aventurarse o no a los peligros de las calles; de arriesgarse o no a los enfrentamientos cuerpo a cuerpo, a los robos, las peleas; de comportarse de manera acorde a las normas y expectativas sociales para la infancia o desafiarlas con sus actos. Estas son tan sólo algunas de las disyuntivas que, en su escala y en algún momento de sus trayectorias, constituyen verdaderos dilemas morales que, por la distancia social y generacional, no llegamos cabalmente a comprender: “la primera noche tenía miedo de quedarme en la calle, después me animé más adelante”, recuerda Fede; “disculpáme, pero lo tengo que hacer”, rememora Cela, que no pudo evitar decirle a la víctima de su primer asalto. “No da para volver, no tira nada, no fui para las fiestas, no fui para mi cumpleaños, qué voy a ir ahora, no, no tira nada...” Durante poco más de media hora lo vi a Gabi retorcerse en una silla mascullando estas palabras antes de arrepentirse de regresar a su casa como había programado junto a los operadores con varios días de anticipación.

La relación de los niños con el trabajo es muy deficitaria. En sus experiencias y a través de aquellas con las que se identifican, conocen sus facetas más precarias, por lo que a sus ojos no se convierte en una opción muy atractiva.

Finalmente, cabe señalar, que se encuentran, incluso, alejados de sus barrios de origen. Esos barrios en los que la teoría sociológica (Merklen, 2000; 2005; Svampa, 2005) halló el último reducto de integración de las clases populares ante la crisis del empleo tampoco logran retenerlos. Los niños participan de formas de inserción social territoriales pero muy distintas de las formas de organización comunitaria que tienen lugar en aquellos barrios de los que se van.

Es posible afirmar que el conjunto de las formas clásicas de integración social no logra contenerlos y que como su influencia no deja de ser determinante, incluso para ellos, esta condición los afecta profundamente, impidiéndoles organizar una orientación y un sentido para sus vidas con un grado suficiente de confianza y acorde a las expectativas sociales y personales que los movilizan.

Del conjunto de experiencias sociales marcadas por la desintegración y la inestabilidad social la situación de los niños de la calle representa una posición extrema y tal vez por ello un buen espejo donde observar sus más severas consecuencias. Desde una mirada objetivista, bien podríamos encontrar en ellos ejemplos típico-ideales de lo que Castel (1997, 2010) ha denominado individualismo negativo o por defecto: esa forma de individualismo caracterizada por la ausencia de soportes estables de inscripción, regulación y protección social. Desde un enfoque más subjetivista, ¿por qué no una muestra todavía más grave de la corrosión del carácter a la que alude Sennet (2006) para referir a los efectos de la inestabilidad social? Las dificultades para consolidar y sostener en el tiempo valores éticos atribuidos a los deseos y a las relaciones con los demás, lealtades y compromisos recíprocos.

En efecto, es por la distancia en que se encuentran de las pautas clásicas de integración y regulación social, por su situación de insondable marginalidad, por lo que los niños de la calle nos incomodan e interpelan de manera tan directa. Ellos subvierten nuestras normas y valores. Representan la síntesis de los riesgos sociales y de nuestros miedos. La inseguridad en su doble sentido: el desamparo y la violencia. Los niños de la calle, encarnan, al mismo tiempo, la figura más visible de la desprotección y la amenaza. Su presencia en las calles confronta nuestros propios límites conceptuales, morales y corporales.

Pero a pesar de todo –de las carencias y la marginalidad, contra los estigmas y los estereotipos– no renuncian a participar de la vida social ni a otorgarle algún sentido y dignidad a su experiencia. A no ser que acontezca un profundo derrumbamiento personal, la necesidad de sentido y de dignidad moviliza a los hombres, exigiendo ser satisfecha ¹⁶¹. Así, los niños, al distanciarse de sus barrios y sus hogares, realizan un movimiento activo en demanda, evaluación y reivindicación de algún espacio y relaciones de pertenencia. Abren curso a una búsqueda, más o menos inconsciente, de sentido y legitimidad personal. Esa “salida”, sea en respuesta a la pobreza, a situaciones de violencia, de rechazo, de aburrimiento o a los atractivos y promesas de la calle, en todos los casos manifiesta una necesidad y una búsqueda de sentido.

II.

En la calle y en el grupo de pares los niños encuentran una fuente de integración y de identificación que les permite organizar su vida y ponerla en valor. Construyen un territorio habitable, tejen relaciones que cumplen funciones sociales y morales de relevancia. El grupo se convierte en un espacio de socialización que orienta sus prácticas y sus representaciones. Como ha advertido Merklen (2005), en condiciones de gran precariedad, un grupo de estas características les brinda un soporte mínimo de solidaridad y de apoyos mutuos. ¹⁶²

La participación grupal los protege de los peligros y amenazas del entorno. Junto a sus pares buscan y comparten recursos, participan de espacios y actividades comunes, arman rutinas, recorren los rincones de la ciudad en busca de entretenimientos y aventuras, experimentan formas de la “libertad” vedadas para otros niños (incluso para los adultos), realizan transgresiones, se divierten, traman lazos afectivos.

No obstante, el grupo no es una unidad definida, homogénea o armónica. Sus contornos no son fáciles de precisar. Los chicos establecen distintos tipos de relaciones según sus edades, afinidades y valores. La mayoría pasan casi todo el tiempo con sus pares pero

¹⁶¹ En *Genealogía de la moral*, Nietzsche (2008) afirma que para el hombre siempre algún sentido es mejor que ningún sentido porque el sentido lo libra de ser una hoja al viento, una pelota del absurdo. Salva su voluntad, le permite querer algo y él siempre prefiere querer, incluso la nada, a no querer.

¹⁶² Merklen sostiene que la situación de *Los capitanes de la Arena*, ese grupo de niños de la calle, protagonistas de una novela de Jorge Amado a la que ya hicimos mención, ilustra perfectamente su hipótesis de la situación de individuación de la que deriva la figura del cazador, “una forma de socialización determinada por dos factores: el carácter inestable y precario de la cotidianidad del medio popular y las formas de inscripción colectiva tejidas como respuesta a la precariedad” (Merklen, 2005)

también hay quienes prefieren conservar cierta distancia y buscan otras formas de inserción comunitaria: valoran más su vínculo con los vecinos o con las instituciones de ayuda que operan en la zona.

Además, las formas de sociabilidad grupal tienen elevados costos y exigencias. Como vimos, peleas, robos, consumo de drogas, son algunas de las prácticas que las animan. Si bien éstas operan como ritos cotidianos que les permiten organizar y significar sus experiencias y sus relaciones (encontrar aceptación y reconocimiento, divertirse, adquirir habilidades, reafirmar el protagonismo de sus existencias, revertir el estigma que sobre ellos pesa) al mismo tiempo los exponen a elevadas probabilidades de resultar heridos, encarcelados, muertos.

Las formas de integración que los niños tejen en la calle son intensas y protectoras pero a la vez precarias y peligrosas. No los ligan en proyectos comunes que los inciten a su cuidado o promuevan entre ellos compromisos duraderos. Sin regularidades estables ni condiciones de previsibilidad, las relaciones en las que se inscriben ponen a sus cuerpos en primer plano y los inducen al riesgo. Les exigen fortaleza física (capacidad de resistencia, de combate) y cierto vigor moral: una combinación de astucia y valentía.

Estas evidencias nos sugieren dos hipótesis. La primera, que cuando se restringen los accesos a las formas de inscripción social convencionales otras formas de asociación tienden a sustituirlas. La segunda, que cuando esas formas de asociación se desarrollan en contextos inseguros en los que no logra conjurarse la inestabilidad, la incertidumbre y la desconfianza, en los que no existen instituciones estables que organicen y protejan las relaciones y la vida de los hombres, la aceptación del riesgo, por razones de supervivencia, tiende a naturalizarse, pero también a alentarse y estimularse como principio de reconocimiento y afirmación de la dignidad de la persona.

Los chicos, al socializarse en el marco de estas condiciones, van desarrollando hábitos que adaptados a sus circunstancias les permiten orientarse en ellas pero que a la vez refuerzan las distancias que mantienen con los espacios de socialización tradicionales. Ello, cuando se suma a la carencia de recursos suficientes para organizar formas de sociabilidad alternativas, impone límites y dificultades al deseo de superar su condición, al deseo de “rescatarse”, que generalmente, más tarde o más temprano, con mayor o menor intensidad o definición, se hace presente avivando anhelos de integración, sea porque en determinada etapa de sus vidas temen a la violencia, a la cárcel, a la muerte o porque se esperancan con la posibilidad de hallar los medios para llevar una vida en paz y confortable: esperanza difícil de sostener

en un entorno y en unas circunstancias en las que esos medios resultan escasos y difíciles de alcanzar. Sobre este escenario tan complejo deben actuar los programas y los trabajadores sociales que intervienen sobre su situación.

III.

El primer desafío que los programas y sus trabajadores enfrentan es el de construir relaciones con estos niños con quienes, de antemano, no media ninguna relación tradicional ni institucional que legitime su intercambio. Los trabajadores no están investidos de ninguna autoridad ni tienen la capacidad de ejercer una coerción directa. Orientados por una perspectiva de derechos, que se centra en el principio del “respeto de la voluntad de los niños”, deben ganar su confianza para poder intervenir. No es una tarea sencilla: los niños, habituados a vivir al margen y en tensión con las regulaciones institucionales, acostumbrados a valerse por sí mismos, son sujetos desconfiados y suspicaces que continuamente ponen en cuestión las funciones de aquellos. Distinguen entre los operadores sociales quiénes son más “piolas”, quiénes más “ortibas”; se preguntan por qué realizan ese trabajo, a qué se deben sus ayudas; los inquietan y ponen a prueba, constatando una y otra vez cuáles son sus límites. Aun cuando les brindan su confianza ello no garantiza que acepten pasivamente las regulaciones (las asimetrías, los cuidados, los controles y sanciones) que estas relaciones implican. Aún cuando los niños se fían de las buenas intenciones de los operadores, ello no asegura el orden y la estabilidad de sus interacciones.

Las lógicas que regulan las relaciones entre los niños en la calle entran en fuerte contradicción con las lógicas institucionales en las que se los pretende incluir y ello suele conducir a infinidad de conflictos cotidianos de gravedad variable (generalmente son leves y no tienen mayores consecuencias pero en algunas ocasiones derivan en situaciones más violentas). Los operadores se ven compelidos a negociar una y otra vez las relaciones para poder llevar adelante su tarea. Su trabajo es complejo y exigente. Intervienen en forma personalizada, “cuerpo a cuerpo”, en un escenario de permanente incertidumbre que los obliga a una reflexividad y exposición constante. En El Programa he visto que lo hacen con compromiso y vocación, pero ese compromiso, cuando las expectativas del trabajo se desfasan de los resultados alcanzados, se convierte fácilmente en una fuente de angustia o frustración. Ello ocurre de manera frecuente y en especial en lo que atañe a las tareas destinadas a construir alternativas a la situación de calle.

La situación de calle es el efecto de un conjunto de graves déficits de integración y sería ingenuo esperar que los programas focales por sí mismos los pudieran reparar. Pensar en una solución efectiva para el problema debería obligarnos a replantear cuáles son las condiciones necesarias para garantizar un umbral mínimo de integración que pueda contener la multiplicación de situaciones de fragilidad social que hoy devienen, en sus casos más extremos (allí donde su tolerancia se torna imposible por la gravedad del caso o por las contradicciones que suscita en el espíritu de un niño de carácter atrevido y resistente), en situaciones como las que nos encontramos con los niños de la calle.

¿Por qué las formas e instituciones clásicas para la integración de los niños no logran contenerlos o ejercer con eficacia su función? ¿Es posible esperar la recomposición de estas instituciones de mano del crecimiento económico y del desarrollo del empleo? ¿Es necesaria la presencia de un estado social capaz de brindar, de manera incondicional, protecciones generalizadas? ¿Se deben extender los servicios de cuidado para la infancia y profundizar las políticas de asignaciones universales? ¿Cuál es el papel y la influencia que puede ejercer el poder judicial en la promoción y la garantía del cumplimiento de los derechos de los niños? ¿La asistencia pública, las transferencias de ingresos incondicionales, las medidas jurídicas de exigibilidad pueden constituirse en fuentes de integración y reciprocidad? ¿Es preciso desarrollar nuevas formas y estrategias, crear nuevas instituciones para garantizar la inclusión de los niños y asegurar la cohesión social? Evidentemente, estas preguntas marcan un vasto campo de discusiones y sólo podremos responderlas de manera colectiva.

En cuanto a los programas focales, éstos apenas cumplen una función para morigerar las consecuencias de la desintegración y atender la urgencia. Esa función, sin embargo, no debe ser subestimada. En un contexto adverso y hostil, ofrecen a los chicos un ámbito de protección, un espacio pacificado para el ejercicio de sus derechos más elementales y una última plataforma, relativamente estable, en la que hacer pie para la transición a otras formas de vida.

Es importante considerar que contra las previsiones de la nueva normativa de protección integral de los derechos de los niños, en muchos lugares, estos programas ni siquiera existen y allí donde se han establecido por lo general carecen de los recursos necesarios para llevar a buen destino sus tareas de reparación o paliativas. El Programa de La Cañada bien nos sirve como ejemplo. Pese a su creación acorde a los principios de la nueva normativa, no cuenta con la infraestructura apropiada para llevar a cabo las actividades de rutina, con condiciones laborales (formas de contratación, remuneraciones, protecciones

institucionales) acordes a las calificaciones y exigencias requeridas por la tarea, con recursos propios para apuntalar el fortalecimiento y el acompañamiento de los niños –mucho menos el de sus familias– ni con capacidades para instar a otras áreas del estado a que los dispongan.

Es comprensible que ante la falta de capacidades y recursos institucionales, los trabajadores no puedan más que dirigir su acción hacia los recursos individuales de los niños, intentando generar en ellos transformaciones subjetivas que les permitan construir alternativas para superar su condición. Sin embargo, debemos entender que para niños que no cuentan con encuadres sociales estables y cuya subjetividad se ha desarrollado en tensión con las normas morales e institucionales dominantes no es sencillo organizar proyectos personales de integración social. Sin los soportes materiales y sociales necesarios para sostener ese tipo de transformaciones, los resultados resultan aleatorios y difíciles de alcanzar.

Cuando las políticas no se ocupan de procurar esos soportes y depositan las esperanzas sólo en la fuerza de voluntad de los niños para transformar sus prácticas y representaciones, exponen a los niños y a los trabajadores a un conjunto de riesgos. A los niños, al riesgo de que se los responsabilice por su situación y, por ende, se los culpabilice si se resisten, se frustran o fracasan en el intento de cambiar, lo que tiende a reforzar auto-percepciones negativas (sean las de víctimas incomprensidas, incapaces o las de sujetos que elijen voluntariamente un destino anómalo). A los trabajadores, al riesgo de que se frustren y desmoralicen, a que pierdan el compromiso con su trabajo o se agoten y renuncien prontamente. Estos riesgos hoy se expanden y generalizan por todo este campo de políticas sociales afectando notablemente sus capacidades de intervención y de transformación de las realidades sobre las que operan.

Es un desafío aún pendiente crear los mecanismos institucionales que la nueva legislación prevé allí donde no se han creado y poner a disposición de los que ya existen los recursos necesarios para contrarrestar los riesgos que hoy afectan sus niveles de eficacia y calidad.

En lo que a mi respecta, estaré conforme si mi trabajo sirvió para acercarnos a la situación y a la mirada de los niños de la calle y si brindé algún recurso para que podamos comprender mejor sus formas de vida, sus conductas y sus puntos de vista.

Mi intención de promover la comprensión de estos niños y adolescentes, que permanecen a una gran distancia social, cultural y generacional de nosotros mismos y con los que, por lo general, no mantenemos un intercambio directo sino de manera efímera y circunstancial en el espacio público o en situaciones enmarcadas en tareas de intervención social, es una

invitación a encontrarnos, aunque más no sea en estas páginas, intentando dejar a un lado preconceptos y posturas socio-céntricas para que podamos aprender algo de sus experiencias y ampliar nuestra mirada.

Como sostiene Gadamer (1998a), comprender “no es ni empatía de una individualidad en la otra, ni sumisión del otro bajo los propios patrones; por el contrario, significa siempre un ascenso hacia una generalidad superior, que rebasa tanto la particularidad propia como la del otro”. (p. 375). La intención de comprender no es la pretensión de ver como los otros ven, sino la de poder, como sostiene Geertz (2005), “en el sentido amplio del término, conversar con ellos” (p. 35) o, como lo expresa Gadamer (1998b), “estar-en-conversación”, lo que significa poner en juego la posibilidad de cada uno de “salir de sí mismo, pensar con otro y volver al sí mismo como otro” (p. 356).

En todo caso, lo que yo espero de la posibilidad de comprender a los niños de la calle es que ello nos permita descubrir y reflexionar sobre lo que nos hace diferentes y lo que tenemos en común. (Re)conocer las condiciones materiales, sociales y culturales que nos hacen distintos y singulares pero también esas condiciones generales que nos hacen semejantes: el hecho, en primer lugar, de ser miembros de un mismo género, seres simbólicos que dotamos y necesitamos dotar de sentido a nuestra existencia a través de las relaciones que establecemos con los otros y, en segundo lugar, de ser miembros de una misma sociedad, relacionados y atravesados por influencias comunes, aunque experimentadas desde posiciones desiguales y asimétricas.

Al mismo tiempo espero ofrecer algún recurso para que, además de comprender la especificidad de las circunstancias sociales de las que los niños en situación de calle son producto, el modo en que ellos las metabolizan y construyen en ellas sus maneras de ser, podamos reflexionar, de manera más general, sobre las relaciones que se establecen entre las formas de integración y regulación social y las de producción de sentido; entre las formas de pertenencia colectiva y las de la afirmación de la identidad y la dignidad personal: entre las condiciones de protección y estabilidad social y las de la aceptabilidad del riesgo.

Finalmente, espero haber aportado alguna información de utilidad para las políticas sociales y los agentes que intervienen de manera directa sobre la situación de los niños en situación de calle para que comprender contribuya, en algún punto, a transformar la realidad en que vivimos en la dirección de una sociedad más justa.

EPÍLOGO

Mientras estuve redactando la tesis, no fue mucho lo que supe sobre los chicos de La Cañada. El trabajo de campo no me había resultado sencillo y una vez que lo terminé necesité tomar distancia para despejarme un poco y comenzar a escribir. Pensaba volver a ponerme en contacto más adelante con ellos pero, a medida que fue pasando el tiempo, la posibilidad de hacerlo comenzó a parecerme cada vez más difícil. Sentía que sería como empezar de nuevo; temía que me exigieran resultados que no sabía exactamente cómo darles y me preocupaba que pudieran reprocharme mi actitud.

No tenía ninguna evidencia de que algo de esto pudiera ocurrir pero, como he dicho varias veces, los chicos suelen ser algo desconfiados y muchos prefieren comportarse de manera distante para no comprometerse ni sentirse expuestos. Lo que no he dicho todavía, y probablemente sirva para comprender mi situación, es que desde el comienzo de mi investigación yo experimenté cierta sensación de hallarme en falta o de culpabilidad. Sentía que más allá de mi presencia, de la escucha, algún regalo no tenía mucho para ofrecerles a los chicos a cambio de su colaboración. No podía ser su amigo, no podía compartir sus formas de vida y dudaba que pudieran encontrarle una utilidad a mi trabajo. Mientras necesité permanecer cerca de suyo, traté de encontrar una manera justa y razonable de superar estas incomodidades, resolver mis dificultades y dilemas, pero cuando dejó de ser necesario, poco a poco, me alejé.

También me desalentó a volver que la mayoría de los trabajadores que yo había conocido abandonó sus funciones poco tiempo después de que yo me fui. La relación con ellos había sido algo distinta. Nos hicimos amigos, siempre demostraron interés por lo que hacía y se mostraron satisfechos cuando les pasé algunas de las cosas que escribí. Con algunos permanecimos, posteriormente, en contacto, pero como ya no participaban de El Programa no pudieron ofrecerme mucha más información.

De algunas cosas me enteré a través de encuentros casuales, pero recién cuando terminé de escribir mis conclusiones me decidí a volver a El Programa para ver cómo andaban las cosas.

Fui al lugar donde antes funcionaba pero en su lugar me encontré con una central municipal de monitoreo de cámaras de seguridad. Me informaron que a El Programa lo habían mudado a un edificio que quedaba a un par de cuadras. Me dirigí hacia allí. El edificio era una antigua casa de familia en la que ahora funcionaba la Dirección de Niñez

del Municipio. El Programa se ubicaba en lo que había sido su garage. Contaba con un poco más de espacio del que tenía antes y con salida directa a la calle. Su ambientación era más o menos parecida: los dibujos en las paredes, el escritorio, los armarios, una mesa. Los trabajadores seguían refiriéndose al espacio como “la oficina”.

Cuando llegué me encontré con Cristina, la misma empleada administrativa; con dos operadores que habían ingresado cuando yo me estaba yendo y con una nueva coordinadora. Me recibieron muy amablemente. De los chicos, en ese momento, sólo estaba Coco. Cuando me vio se levantó de la silla y me saludó efusivamente, con un abrazo afectuoso: “¿te acordás el día que me hiciste la entrevista allá en Pancho 69?”, me recordó. Más tarde, pasó Emilio, el hermano mayor de Fede y me trató con distancia, igual que siempre, sin prestarme demasiada atención: “¿qué andas haciendo vos por acá? El que se fue, no puede volver eh...”, me remarcó. No parecía que hubiera pasado mucho tiempo ni que las cosas hubieran cambiado. Sin embargo, los programas sociales no son instituciones muy estables y la vida de los chicos siempre cambia raudamente con una gran imprevisibilidad. Tomamos unos mates y me contaron varios sucesos que, juntos a los otros de los que me fui enterando, será importante comentar.

En los dos últimos años, El Programa se mudó dos veces. Por la Dirección de Niñez, en tanto, pasaron tres directores distintos. Los operadores me dijeron que primero les exigieron que restringieran el acceso a los niños menores de 18 años, lo que les implicó un gran esfuerzo y los obligó a excluir a varios chicos con los que venían trabajando, pero que poco tiempo después, cuando la Dirección de Niñez se fusionó con la Dirección de Juventud, decidieron volver a abrir las puertas para todos.

Ahora El Programa depende total y directamente del municipio. Con la ONG que antes coordinaba las actividades ya no mantienen ninguna relación. Los operadores me expresaron su satisfacción por haber sido reconocidos y efectivizados como empleados de “planta permanente”. “Ahora estamos mucho mejor –me dijo uno– nos reconocieron y nos dieron un lugar acá. Antes, íbamos a la Dirección y no sabían ni quiénes éramos”.

Durante este tiempo, los chicos atravesaron situaciones muy diversas. Me dijeron que Cela hizo un tratamiento de recuperación en el CPA que le dio buenos resultados y que actualmente vive en la casa de la madre de una amiga. Los operadores de la Alternativa, cada tanto, la siguen viendo. Van a comer o al cine juntos. Pero, según me manifestaron, tienen dudas sobre la conveniencia del sostenimiento de ese vínculo. Se preguntan si, con él, no estarán contribuyendo a mantener su contacto con la calle, porque cuando la ven ella

siempre les pregunta por el resto de los pibes. En la oficina de El Programa, Coco, en cambio, me aseguró que Cela está “re cortada” y que ya no tienen relación. Los operadores me confirmaron que sigue estudiando en un “bachillerato popular”, una escuela dependiente de un sindicato de canillitas. Antes me lo había comentado, con orgullo, una docente de esa misma institución. Tanto ella como los operadores aludieran a su inestabilidad: señalaron que por momentos se encuentra muy bien pero que a veces sufre importantes recaídas. La docente me comentó un dato de su historia familiar que me sorprendió: el abuelo de Cela, una importante referencia para ella, había sido un militante político comprometido, afiliado al partido radical. En la calle, nadie me lo había mencionado.

Fede, durante un período, se alejó de la calle. Me habían dicho que estaba de novio con la hermana de Analía, la pareja de su hermano Emilio, y que los cuatro, junto a los hijos de Analía, vivían en una casa en la zona sur de La Cañada. Cuando volví a El Programa, me dijeron que la casa se les incendió (no estaban seguros si en forma casual o intencionada) y tuvieron que volver a la calle nuevamente. También me comentaron que actualmente se les suma a la partida un hermano más pequeño de Emilio y Fede.

Los hermanos, Nacho y Alfredo, ya no están en La Cañada. El mayor, Alfredo, fue el primero en regresar a su casa. Retomó la escuela y con un plan adaptado para él pudo avanzar con sus estudios. Nacho permaneció un tiempo más en la calle pero, luego, con el apoyo y acompañamiento de su familia, asistió a un centro de rehabilitación que le sirvió para recuperarse. Green que actualmente está viviendo en su casa.

Facundito todavía está en la calle. Me contaron que durante el tiempo que yo no lo vi estuvo internado en dos “comunidades terapéuticas”, una en Bahía Blanca y la otra en Mar del Plata. Llegó allí por una decisión judicial tras haber sufrido un accidente. Según me dijeron, un día estaba muy drogado y “se quedó duro” en medio de las vías del tren. Los músculos se le pusieron rígidos y no se podía mover. Un comerciante de la estación alcanzó a verlo y lo puso a salvo. Llamó a una ambulancia y lo llevaron al hospital donde estuvo internado varios días antes de su traslado a la primera comunidad.

Gabi sufrió problemas muy graves. Al parecer, tras mi partida, muchos de los chicos comenzaron a fumar paco y él, particularmente, quedó muy comprometido con su consumo. Solían ir a comprarlo a la villa del Bajo Flores y Gabi, entre dosis y dosis, comenzó a quedarse en sus alrededores. Un día en un hecho del que no tengo precisiones, a él le dieron tres disparos. Estuvo internado durante más de un mes en el Hospital de

Pediatría Garrahan, donde le hicieron varias intervenciones quirúrgicas, entre ellas una colostomía. Fue dado de alta y regresó a su casa. Permaneció allí durante un tiempo pero volvió a marcharse. Actualmente no saben dónde está. Lo están buscando porque tiene que realizarse una operación pendiente.

Manuel superó su situación de calle y trabaja como operador comunitario en una localidad vecina de La Cañada, en un programa público denominado Envión. Según me expresaron los operadores de El Programa se encuentra bastante cambiado, muy serio y comprometido con su nueva actividad.

Coco, como siempre desde hace más de una década, permanece en La Cañada. Sigue yendo a El Programa cada tanto y cuidando su buena relación con los vecinos. Me contó que trabajaba, haciendo de todo un poco, en un local de ropa y como canillita en un kiosco de diarios y revistas. Fue él quien me confirmó la noticia más triste de todas. Con una ironía desoladora me comentó: “el que de verdad se rescató fue Gonzalito. Pobrecito, lo rompieron todo y lo dejaron ahí tirado...”

Una mañana a Gonzalito lo encontraron tirado en el suelo de un galpón, en un taller de colectivos. Estaba gravemente herido. Había caído de un techo de 7 metros de altura y pasado toda la noche allí sin que nadie lo advirtiera. Cuando lo descubrieron llamaron a un servicio de emergencias médicas y a la policía. La policía llegó primero. La ambulancia un rato después y lo trasladó hasta el hospital local, donde murió.

Nadie sabe exactamente cómo fueron los hechos. Los vecinos me dijeron que no era un pibe de la calle, que era un chorro, que robó un DVD en el salón de fiestas infantiles de la vuelta y cuando escapaba por los techos pisó una chapa que se hundió. Los chicos me contaron que lo mató la policía y que estaba con un compañero que “lo dejó tirado” y se marchó. Los operadores me expresaron que fue un hecho confuso y que no tenían suficiente información. Según ellos, en su momento, intervino la CORREPI (Coordinadora contra la represión policial e institucional) pero desestimó el caso porque no consideró que hubiera pruebas de violencia policial.

Dicen que en el día de su entierro, estuvieron presentes casi todos los chicos que yo conocí durante mi investigación.

Lista de Referencias

- Alabarces, P. (2004). *Crónicas del aguante. Fútbol, violencia y política*. Buenos Aires: Capital Intelectual.
- Amado, J. (2008). *Capitanes de la Arena*, Buenos Aires: Booket.
- Barna, A. y Magistritis, G. “Configuraciones de derechos de niñas, niños y adolescentes en el ámbito local: el caso de los servicios locales de protección de derechos del conurbano bonaerense”. Trabajo presentado en Pre-Congreso Sudamericano sobre Derechos de la Niñez y la Adolescencia. Foro parlamentario por la infancia de la República Argentina-Municipio de Morón. Morón, 12 y 13 de agosto.
- Beloff, M. y Palmieri G. (2003). Situación de niños, niñas y adolescentes privados de libertad en la provincia de Buenos Aires. Buenos Aires: CELS-UBA-UNICEF.
- Berger P. L. y Luckmann, T. (1997). *Modernidad, pluralidad y crisis de sentido. La orientación del hombre moderno*. Barcelona: Paidós.
- Berger P. L. y Luckmann, T. (2006). *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Boltanski, L. (1975). *Los usos sociales del cuerpo*. Buenos Aires: Periferia.
- Borges, J. L. “El evangelio según Marcos”. En el Informe de Brodie (pp. 99-108).
Barcelona: Alianza Editorial.
- Bourdieu, P. (1993). “Los ritos como actos de institución”. En Pitts-Rivers, J. y Peristyani, J. G. (eds.) *Honor y Gracia*. Madrid: Alianza Universidad.
- Bourdieu, P., Chamboredon, J.C., Passeron, J.C. (2002). *El oficio del sociólogo. Presupuestos epistemológicos*. Buenos Aires: Siglo XXI editores.
- Bourdieu, P. (2003). *La dominación masculina*. Barcelona: Anagrama.
- Bourdieu, P. (2007). *El sentido práctico*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Bourdieu, P. y Wacquant (2008). *Una invitación a la sociología reflexiva*. Buenos Aires: Siglo XXI editores.
- Castel, R. (1997). *La metamorfosis de la cuestión social. Una crónica del salariado*. Buenos Aires: Paidós.
- Castel, R. (2010). *El ascenso de las incertidumbres. Trabajo, protecciones, estatuto del individuo*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Daroqui, A. y Guemureman, S. (2001). *La niñez ajusticiada*. Buenos Aires: Del Puerto.
- de Certeau, M. (1996). *La invención de lo cotidiano I. Artes de hacer*. México D.F.: Universidad Iberoamericana.

- Douglas, M. (1996). *La aceptabilidad del riesgo según las ciencias sociales*. Buenos Aires: Paidós.
- Durkheim, E. (1998). *El suicidio*. Madrid: Ediciones Akal.
- Duschatsky, S. y Corea, C (2004). *Chicos en banda. Los caminos de la subjetividad en el declive de las instituciones*. Buenos Aires: Paidós.
- Elías, N. (1993). *El proceso de la Civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Elías, N. (1990). *La sociedad de los individuos. Ensayos*. Barcelona: Ediciones Península.
- Gadamer, H-G. (1998a). *Verdad y Método I*. Salamanca: Ediciones Sígueme.
- Gadamer, H-G. (1998b) *Verdad y Método II*. Salamanca: Ediciones Sígueme.
- García Mendez, E. (1997). *Derecho de la Infancia-Adolescencia en América Latina: de la situación irregular a la protección integral*. Ibagué (Tolima): Forum Pacis.
- García Mendez, E. (2004) “Entre el autoritarismo y la banalidad: Infancia y Derechos en América Latina”. En *Justicia y Derechos del Niño*, 6, 9-26. UNICEF. Disponible en http://www.unicef.cl/archivos_documento/116/JusticiayDerecho6.pdf
- García Silva, R. (2008). “La salud de niños y adolescentes en situación de calle: Once y Constitución.” En Panaia, M. (Coord.). *Sociología del Riesgo. Accidentes de trabajo en el sector informal*. (pp. 53-141), Buenos Aires: Miño y Dávila.
- García Silva, R. (2009), “Naturaleza de la entrevista y problemas de su uso en investigaciones sobre «chicos de la calle»”. Ponencia presentada en XVII Congreso ALAS, Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires. Buenos Aires, 31 de agosto al 4 de septiembre.
- García Silva, R y Anzorena, M. L. (2010). “Tensiones y paradojas de un programa para chicos en situación de calle”. Ponencia presentada en VI Jornadas de Sociología de la Universidad de La Plata. La Plata, 9 y 10 de diciembre.
- García Silva, R. (2011). “Cuerpo y Riesgo en los niños de la calle”. En Panaia, M. (Coord). *Trabajos, cuerpos y riesgos* (pp. 75-120), Buenos Aires: Luxemburg.
- Garriga Zucal, J. (2005). *Haciendo amigos a las piñas. Violencia y redes sociales de una hinchada del fútbol*. Tesis de maestría en antropología social. Buenos Aires., IDES-UNSAM.
- Gauchet, M. (2007) “Ensayo de psicología contemporánea”. En *Revista de Psicología*, 16(2), 97-125. Universidad de Chile. Disponible en <http://redalyc.uaemex.mx/redalyc/pdf/264/26416205.pdf>
- GCABA (2007). *Censo niños, niñas y adolescentes en las calles de la Ciudad de Buenos Aires*. Buenos Aires: Dirección General de Gestión de Políticas y Programas-Consejo de los Derechos de Niños, Niñas y Adolescentes-Dirección General de Niñez y

- Adolescencia-Subsecretaría de Promoción Social-Ministerio de Desarrollo Social-Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires.
- GCABA (2008). *Censo niños, niñas y adolescentes en las calles de la Ciudad de Buenos Aires*. Buenos Aires: Dirección de Políticas Públicas e Investigación-Dirección General de Gestión de Políticas y Programas-Consejo de los Derechos de Niños, Niñas y Adolescentes-Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires.
- Geertz, C. (2005). *La interpretación de las culturas*. Barcelona: Gedisa.
- Gentile, M. F. (2006). “L’Enfance à la rue’. L’expérience de la vie dans les rues chez les enfants d’une institution d’assistance à Buenos Aires”. Tesis de Máster en Sociología en la École de Hautes Études en Sciences Sociales, París.
- Gentile, M. F. (2007). “La interacción cotidiana en un centro de atención para niños y adolescentes en situación de calle, desde la experiencia de los chicos que participan”, en *Actas de la 1ª Reunión Nacional de Investigadores/as en Juventudes (RENIJ)*, Noviembre, Universidad Nacional de La Plata.
- Gentile, M. F. (2008). “Ser niña o niño y estar en la calle: género y sociabilidad.” En Pojomovsky, J., Gentile, F y Cillis, N. *Cruzar la calle. Vínculos con las instituciones y relaciones de género entre niños, niñas y adolescentes en situación de calle. Tomo 2.* (pp. 153-174) Buenos Aires: Espacio Editorial.
- Grima, J. M. y Le Fur, A. (1999). *¿Chicos de la calle o trabajo chico?* Buenos Aires: Lumen.
- Guber, R. (1990). *El salvaje metropolitano*. Buenos Aires: Legasa.
- Guber, R. (2010). *La etnografía. Método, campo y reflexividad*. Buenos Aires: Siglo XXI editores.
- Guemureman, S. (2002). “La contracara de la violencia adolescente-juvenil: la violencia pública institucional de la agencia de control social judicial”. En Gayol, S. y Kessler, G. (comps) *Violencias, delitos y justicias en la Argentina*. Buenos Aires: Manatíal-Universidad de General Sarmiento.
- Isla, A. (2007) (comp.). *En los márgenes de la ley: onseguridad y violencia en el Cono Sur*. Buenos Aires: Paidós.
- Jelin, E. (1998). *Pan y afectos. La transformación de las familias*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Jimeno, M. (2002), “Crimen Pasional: Con el corazón en tinieblas”. Brasilia: Série Antropología. Disponible en: <http://vsites.unb.br/ics/dan/Series323empdf.pdf>
- Kessler, G. (2002) “De proveedores, amigos, vecinos y barberos: acerca de trabajo, delito y

- sociabilidad en jóvenes del Gran Buenos Aires”, En Beccaria, L., Feldman, S., González Bombal, I., Kessler, G., Murmis, M. y Svampa, M., *Sociedad y sociabilidad en la Argentina de los 90* (pp. 137-170). Buenos Aires: Biblos-Universidad Nacional de General Sarmiento.
- Kessler, G. (2004). *Sociología del delito amateur*. Buenos Aires: Paidós.
- Jock, Y. y Lea, J. (2008). *¿Qué hacer con la ley y el orden?* Buenos Aires: Del Puerto.
- Le Breton, D. (2004). “The anthropology of adolescent. Risk taking Behaviours.” En *Body & Society*. SAGE Publications (London, Thousand Oaks and New Delhi), 10(1), 1–15.
- Le Breton, D. (2007). *El sabor del mundo. Una antropología de los sentidos*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Le Breton, D. (2009). *Las pasiones ordinarias. Antropología de las emociones*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Leonelli, C. Machado Rondinoni, M. y Troncoso, A. (2008). “Representaciones sociales acerca del «ser mujer» en adolescentes mujeres con experiencia de vida en calle”. Trabajo final de Investigación para la licenciatura en Trabajo Social de la Facultad de Ciencias Sociales (UBA).
- Lewkowicz, I., Cantarelli, M., GRUPO DOCE (2003). *Del Fragmento a la situación. Notas sobre la subjetividad contemporánea*. Buenos Aires: Altamira.
- Lewkowicz, I. (2006). *Pensar sin estado. La subjetividad en la era de la fluidez*. Buenos Aires: Paidós.
- Lewkowicz, I. (2007) “Escuela y Ciudadanía”. En Corea, C. y Lewkowicz, I. *Pedagogía del aburrido. Escuelas destituidas, familias perplejas* (pp. 19-40). Buenos Aires: Paidós.
- Lezcano, A. (2002), *Condiciones de vida y laborales de los niños y niñas que transitan la Ciudad Autónoma de Buenos Aires*. Buenos Aires: Dirección General de Niñez y Familia-Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires. Disponible en:
http://dim.buenosaires.gov.ar/areas/des_social/chicos/censo.pdf
- Lescano, M. J. y Doménech, E. (2008). La nueva normativa de protección a la infancia y la adolescencia en al provincia de Buenos Aires: análisis de su puesta en vigencia y su impacto. Ley 13298 y leyes modificatorias. IDN-UNLP-UNICEF. Disponible en:
http://www.unicef.org/argentina/spanish/protección_a_la_infancia_12_11.pdf
- Litichever, C. (2009). *Trayectoria Institucional y Ciudadanía de Chicos y Chicas con Experiencia de vida en Calle*. Tesis de maestría en Diseño y Gestión de Programas y Políticas Sociales. Buenos Aires: FLACSO.

- Llobet, V. (2006). “¿Retratos de niño? Políticas sociales y derechos de niñas y niños en situación de calle”. En Carli, S. (comp) *La cuestión de la infancia: entre la escuela, la calle y el shopping*. Buenos Aires: Paidós.
- Llobet, V. (2010). *¿Fábricas de niños?: Las instituciones en la era de los derechos de la infancia*. Buenos Aires: Centro de publicaciones educativas y material didáctico-Noveduc.
- Llorens, M., Alvarado, C., Hernández N., Romero, M. y Souto, J. (2005). “El trauma crónico”. En En Llorens et. al. *Niños con experiencia de vida en la calle. Una aproximación psicológica*. Buenos Aires: Paidós.
- Lucchini, R. (1999) *Niño de la calle. Identidad, sociabilidad, droga*. Barcelona: Los libros de la Frontera.
- Machain, J., Avila Testa, M. C. y Venere, J. (2007). “Patronato, prácticas y discursos persistentes en la etapa de la protección integral de niñas/os y adolescentes. Políticas Públicas en la perspectiva de los Derechos Humanos”. Ponencia presentada en III Congreso Mundial sobre Derechos de la Niñez y la Adolescencia. Barcelona, 14 al 19 de noviembre.
- Mead, G. H. (1973). *Espíritu, persona y sociedad: desde el punto de vista del conductivismo social*. Barcelona: Paidós.
- Mendes Diz, A. M (2001). *El riesgo en los jóvenes. Una alternativa de vida. Aportes a la comprensión de las conductas de riesgo en los jóvenes*. Buenos Aires: Corregidor.
- Merklen, D. (2000). “Vivir en los márgenes: la lógica del cazador. Notas sobre sociabilidad y cultura en los asentamientos del Gran Buenos Aires hacia fines de los 90”. En Svampa, M. (Ed) *Desde abajo. Las transformaciones de las identidades sociales* (pp. 81-119). Buenos Aires: Biblos-UNGS.
- Merklen, D. (2005). *Pobres Ciudadanos: Las clases populares en la era democrática (Argentina, 1983-2003)*. Buenos Aires: Gorla.
- Míguez, D. (2002). “Inscripta en la piel y en el alma: cuerpo e identidad en profesionales, pentecostales, y jóvenes delincuentes.” En *Religiao e Sociedade*, 22(1), 21-56.
- Míguez, D. (2004). *Los pibes chorros. Estigma y marginación*. Buenos Aires: Claves para todos.
- Míguez, D. (2008). *Delito y Cultura. Los códigos de la ilegalidad en la juventud marginal urbana*. Buenos Aires: Biblos.
- Murmis, M. y Feldman, S. (2002). “Formas de sociabilidad y lazos sociales”. En En Beccaria, L., Feldman, S., González Bombal, I., Kessler, G., Murmis, M. y Svampa, M., *Sociedad y sociabilidad en la Argentina de los 90*. (pp. 13-26) Buenos Aires: Biblos-Universidad Nacional de General Sarmiento.

- Nietzsche, F. (2008). *La genealogía de la moral*. Buenos Aires: Alianza Editorial.
- Ortner, S. B. (2005) “Geertz, subjetividad y conciencia posmoderna”, en Revista *Etnografías Contemporáneas*, Año 1, Universidad Nacional de San Martín.
- Panaia, M. (Coord) (2008). *Sociología del Riesgo. Accidentes de trabajo en el sector informal*. Buenos Aires: Miño y Dávila.
- Peretti-Watel, P. (2000). *Sociologie du Risque*. París: Armand Colin.
- Pojomovsky, J., Gentile, F y Cillis, N. (2008). *Cruzar la calle. Niñez y adolescencia en las calles de la ciudad*. Tomo 1. Buenos Aires: Espacio Editorial.
- Pratesi, A. R. (1999). “Los chicos trabajando”. En Roze, J. P., Pratesi, A.R., Benítez, M. A., Mobilio, L. I. *Trabajo, moral y disciplina en los chicos de la calle*. (pp. 65-150). Buenos Aires: Espacio Editorial.
- Rosanvallon, P. (1995) *La nueva cuestión social*. Buenos Aires: Manantial.
- Rossi, J. (2000). Niños y Adolescentes. Informe Anual 2000. Buenos Aires: CELS-EUDEBA.
- Roze, J. P. (1999) “Los chicos en la calle”. En Roze, J. P., Pratesi, A.R., Benítez, M. A., Mobilio, L. I. *Trabajo, moral y disciplina en los chicos de la calle*. (pp. 23-64). Buenos Aires: Espacio Editorial.
- Sennett, R. (2006). *La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*. Barcelona: Anagrama.
- Shaw, K. (2002). “Hacia una teoría general de la calle”. Shine a Light, la red internacional pro niños de la calle. Disponible en: <http://www.cit-dr.org/sal/library.html>
- Stake, R.E (2007), “*Investigación con estudio de caso*”, Morata, Madrid.
- Sunkel, G. (2006). “El papel de la familia en la protección social en América Latina”, *Serie Políticas Sociales*, Número 120. CEPAL. Disponible en: http://www.eclac.org/publicaciones/DesarrolloSocial/0/LCC2530PE/sps/20_LC_L2530.pdf
- Svampa, M. (2005). *La sociedad excluyente: la Argentina bajo el signo del neoliberalismo*. Buenos Aires: Taurus.
- Tonokonoff, S. (2001). “Meter caño: jóvenes populares urbanos: entre la exclusión y el delito”. En *Delito y Sociedad, Revista de Ciencias Sociales*, Núm. 15-16, pp. 171-182
- Tonokonoff, S. (2003). “Microdelitos, juventudes y violencias: la balada de los Pibes Chorros”, En *Delito y Sociedad, Revista de Ciencias Sociales*, Núm. 18-19, pp. 109-124.
- Torrado, S. (2003). *Historia de la familia en la Argentina moderna (1870-2000)*. Buenos Aires: Ediciones de la flor.

- Velásquez, G. (2008). *Geografía y bienestar. Situación local, regional y global de la Argentina luego del Censo 2001*. Buenos Aires: EUDEBA.
- Vitale, G., Ábalos, C., Centurión, F. (2008). “Entre suspensiones y prórrogas. El sinuoso camino hacia el estado de derecho en materia de infancia y adolescencia en la Provincia de Buenos Aires”. Recuperado de <http://new.pensamientopenal.com.ar/01072009/nino06.pdf>
- Wainerman, C. (2005). *La vida cotidiana en las nuevas familias ¿Una revolución estancada?* Buenos Aires: Lumiere.
- UCA (2010). *Barómetro de la deuda social de la infancia*. Buenos Aires: Observatorio de la Deuda Social Argentina. Pontificia Universidad Católica Argentina.
- Yin, R. K. (1994), “Investigación con estudios de caso. Diseño y Métodos”. Applied Social Research Methods Series, Vol. 5. Thousand Oaks, Sage Publications.